REX D. EDWARDS

Cada Creyente, un Ministro

Ediciones Ministeriales

Cada Creyente, un Ministro

Rex D. Edwards

Asociación Ministerial
Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día
Silver Spring, MD 20904

Los fondos para esta serie han sido provistos por
J. A. Thomas & Associates, Inc.
Atlanta, Georgia

Créditos Bíblicos:

A menos que se indique otra cosa, los textos bíblicos citados en esta obra han sido obtenidos de la Versión Reina-Valera, revisión de 1960. Usados con permiso de las Sociedades Bíblicas en América Latina.

Publicado por la
Asociación Ministerial de la
Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día
12501 Old Columbia Pike
Silver Spring, MD 20904

© 1999 Ministerial Association
Printed in the U.S.A. by: Pacific Press® Publishing Association
Nampa, Idaho 83687-3186

Dedicado
a todos los testigos incógnitos
que con ingenio inagotable han proclamado y vivido
su fe en las fronteras de los pequeños mundos
en que han desempeñado su actuación vocacional y profesional
en calidad de "ciudadanos del reino".

Indice

Prefacio 5

Capítulo 1 Los Envié al Mundo..... 11

Capítulo 2 Fueron y Predicaron en Todas Partes 23

Capítulo 3 Somos Embajadores de Cristo 45

Capítulo 4 Un Sacerdocio Real 61

Capítulo 5 Para el Bien de los Demás 81

Capítulo 6 Me Seréis Testigos 89

Solicitud de Registro en Educación Complementaria 105



Obtenga Crédito de Educación Complementaria*

Todos los capítulos de este libro concluyen con una sección de tareas de repaso, preparadas por Educación Complementaria Ministerial. Si usted lee todos los capítulos y completa fielmente los ejercicios, puede obtener dos Unidades de Educación Complementaria (UEC). Llene la solicitud de inscripción para UEC que aparece en la última página.

Nunca piense que ya ha aprendido suficiente, y que ahora puede descansar. La mente cultivada es la medida de un hombre o una mujer. Su educación debiera continuar durante toda su vida; debiera aprender algo cada día y usar en forma práctica los conocimientos obtenidos.

** Las Unidades de Educación Complementaria no confieren crédito académico; por lo tanto, no se las puede aplicar para completar una carrera.*

Prefacio

Ninguna época, desde el primer siglo, ha ofrecido a los cristianos oportunidades más propicias para difundir su fe por todo el mundo, que el tiempo presente. La revolución tecnológica actual ha facilitado la proclamación del Evangelio "a todo el mundo".

Una rueda no giraba más rápido en los días de la independencia de América que en los del emperador romano Julio César; pero las ruedas y las máquinas giran con tanta rapidez en la actualidad, que podemos recorrer más distancia en un día que la que nuestros antepasados podían cubrir durante toda su vida. Países que hasta hace poco no permitían la predicación del Evangelio, ahora dan la bienvenida a la evangelización cristiana. En contraste, los cristianos progresan con tanta languidez que confirman la creencia de que la civilización corre el riesgo de entrar en la era poscristiana. Cuando procuramos encontrar las razones de esta inercia, sólo podemos concluir que existe un número muy limitado de cristianos que procuran propagar su fe en las fronteras del mundo en forma profesional.

"Ni siquiera uno de cada cien de nosotros está haciendo nada, fuera de dedicarse a empresas mundanas comunes. Desconocemos casi totalmente el valor de las almas por quienes Cristo murió".[1] Este juicio contra la iglesia se emitió hace más de 70 años. La publicación reciente de *Patterns of Seventh-day Adventist Church Growth in America*,[2] no revela un cambio significativo desde que se dio este testimonio en 1904. En relación con esto, viene a la mente el caso de alguien llamado Billy Bray, quien acompañaba a un moribundo que dijo: "Si tuviera mis fuerzas, gritaría: ¡Gloria a Dios!". Billy contestó: "Qué lástima que no haya gritado 'Gloria' cuando tenía sus fuerzas". La situación de este pobre paralítico ejemplifica la experiencia de numerosos cristianos que no han comprendido plenamente cuál es su responsabilidad en el mundo ni la naturaleza de la iglesia.

El propósito que me ha motivado a escribir esta obra es repasar los privilegios y responsabilidades espirituales del laico cristiano desde la

perspectiva de la Biblia y la historia. Las funciones y las actividades específicas de los laicos escapan del alcance de esta obra, la cual se concentra mayormente en interpretar los principios bíblicos básicos que afectan directamente cómo comprende el laico lo que es su ministerio en la vida común, en su trabajo o en su vecindario. Si el laicado poseyera una comprensión adecuada de la iglesia y del llamamiento de los laicos en su relación con ella, sería innecesario adoptar medidas compelentes para asegurar su colaboración. La participación del laico en las tareas de la iglesia debiera ser el resultado espontáneo de su comprensión de su ministerio y de lo que es la iglesia.

El Nuevo Testamento presenta a la iglesia en su relación vital y cotidiana con todos los elementos del mundo por medio de las vidas de sus miembros. Ya fuera que los cristianos del primer siglo estuvieran reunidos para estudiar, adorar o dispersos, procuraban continuamente llevar a cabo todas las tareas a la luz de su relación viviente con el Cristo resucitado. Las iglesias del Nuevo Testamento eran confraternidades ministradoras, y en las comunidades eran agencias ministradoras. Ninguna diferencia de rango o condición dividía al pueblo de Dios. Los dirigentes de iglesia eran responsables principalmente de preparar a la congregación para el servicio productivo y para dar testimonio ante la gente con quien se relacionaban. La iglesia no se consideraba una sociedad musical que contrataba a los músicos y se sentaba a disfrutar del concierto. La iglesia era la orquesta en la que cada miembro tenía una parte asignada que debía ejecutar.

Cristo encargó su ministerio a toda la iglesia.

> *"El mandato que dio el Salvador a los discípulos incluía a todos los creyentes en Cristo hasta el fin del tiempo. Es un error fatal suponer que la obra de salvar almas sólo depende del ministro ordenado".*[3]

Debido a que "cada verdadero discípulo nace en el reino de Dios como misionero"[4] en el vecindario, en el pueblo o ciudad donde vive, también cada miembro es un ministro cristiano.

Entonces, la necesidad de tener un laicado bien informado, educado y equipado resulta evidente para todos. Pero todavía hay que dilucidar este interrogante: ¿Existe una base bíblica sólida para interpretar el papel del laico en el ministerio? Este libro es un intento de esclarecer este fundamento.

En mis investigaciones en las bibliotecas he llegado a concordar con

la conclusión de Hans-Ruedi Weber en cuanto a que "la situación difícil en que se encuentra cualquiera que intente reunir una bibliografía sobre el laicado, se debe a la gran incertidumbre que existe actualmente acerca del criterio correcto para juzgar cuáles publicaciones deben incluirse".[5] Reconozco que numerosos autores, fuera de los que aparecen en las listas de referencias al final de cada capítulo, han influido en mi manera de pensar aunque no los haya incluido en las listas.

---

[1] Ellen G. White, *Testimonies,* t. 8, p. 148.

[2] Gottfried Oosterwald, *Patterns of Seventh-day Adventist Church Growth in America* (Berrien Springs, Michigan: Andrews University Press, 1976).

[3] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes,* p. 761.

[4] Elena G. de White, *Servicio cristiano,* p. 14.

[5] Hans-Ruedi Weber, *Laici in Ecclesia: An Ecumenical Biography in the Life and Mission of the Church* (Génova: World Council of Churches, Department of the Laity, 1961), p. vi.

Capítulo 1

Los Envié al Mundo

Cierta vez una dama admiradora de Winston Churchill le preguntó si él era una columna de la iglesia. Churchill replicó que más bien era como un contrafuerte. "La apoyo desde afuera", le dijo. ¿Dio este sabio estadista inglés una lección a los miembros de iglesia ociosos, una lección sobre el valor de la actividad? Los obreros de todas las profesiones podrían muy bien añadir su testimonio cristiano a su trabajo cotidiano. Elton Trueblood, que ha influido poderosamente en algunos movimientos laicos contemporáneos, ha descrito "la creciente ola de interés en la religión laica" como "la revuelta de los laicos".[1] Aunque nada tan violento como una revolución se ha producido entre los laicos cristianos, numerosas indicaciones de su interés y preocupaciones cambiantes revelan que estamos viviendo en una época de transición eclesiástica. Un autor que promueve la necesidad de un cambio radical y la comprensión de lo que es el verdadero trabajo de los miembros de la iglesia, sugiere:

> *"La necesidad de restaurar la conexión rota entre la Iglesia y la vida como se vive actualmente, exige una comprensión radicalmente nueva del lugar y la función de los miembros laicos de la Iglesia... Se necesita una revolución en esta perspectiva de la Iglesia".*[2]

Los arquitectos de la eclesiología saben que la gran comisión (Mateo 28:19-20) no puede ser llevada a cabo por miembros de una élite ministerial, muchos de los cuales son prisioneros administrativos del sistema de una compleja parroquia moderna. La tradición que asigna al pastor derechos exclusivos sobre la predicación, ha privado al laicado de su papel legítimo en el ministerio. La obra del laico y la obra del ministro debieran considerarse como equivalentes. Sin embargo, la mayoría que se sienta en los "cómodos bancos de iglesia" de la Denominación Ociosilandia está incómoda e inquieta.

El problema no es ajeno al vocabulario de una cultura religiosa. ¿Cómo llama usted a un cristiano que no está relacionado profesional o vocacionalmente con la obra de la iglesia? ¡"Un laico"!

El vocablo "laico" goza de una amplia gama de significados, y una característica común es que se lo define en términos contrastantes. Una definición expresa el contraste referido al empleo de la persona *fuera* de la iglesia:

> *"Usamos el vocablo 'laicado' para referirnos... al vasto cuerpo de miembros de iglesia que pasan sus vidas en lo que se denomina una ocupación secular que absorbe la mayor parte de su tiempo".*[3]

Otra definición de "laicos" expresa el contraste en términos del empleo de la persona *dentro* de la iglesia:

> *"El término 'laicos' se emplea aquí para establecer una diferencia entre la función de los demás miembros de la iglesia y la función profesional del ministro, sin la intención de dar a entender que exista alguna distinción entre ellos en lo que concierne a la vocación cristiana fundamental... El pastor es el ministro empleado por la iglesia, que dedica todo su tiempo a ella; mientras que el laico es un ministro voluntario de Jesucristo que dedica una parte de su tiempo al ministerio de la iglesia donde lleva a cabo funciones definidas que le son asignadas".*[4]

Un precedente bíblico de estos contrastes ha sido establecido por otro erudito, quien declara:

> *"En la Biblia, la expresión* ho laos *(el laicado) se emplea en relación con el pueblo judío para establecer una distinción entre sus sacerdotes y sus dirigentes, en Mateo 26:5, Hechos 5:26, etc., y especialmente en lo que concierne a la distinción entre el sumo sacerdote y los sacerdotes, en Hebreos 5:3, 7:5, 7:27; también en el Antiguo Testamento, en Exodo 19:24, 2 Crónicas 24:10. Similarmente* ho laos *se usa con frecuencia en las liturgias griegas para diferenciar la congregación del sacerdote oficiante".*[5]

Los eruditos bíblicos posteriores han enfocado su atención en el contraste existente entre los que se han constituido *como* el pueblo de Dios y los que *no son* el pueblo de Dios. Hendrik Kraemer señala que "la palabra 'laico' proviene del vocablo griego antiguo *laikos*... Su significado original es: que pertenece al *laos*; es decir, al pueblo elegido de Dios,

tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamentos. En esta luz, todos los miembros de la Iglesia son *laikos".*[6] Entonces, si *laos* significa "el pueblo de Dios", según la raíz de la palabra, los ministros también son laicos.

Lo que surge aquí es un pesado residuo semántico del concepto romanista del sacerdocio. Y la recuperación que hizo Lutero del concepto del sacerdocio de todos los creyentes, combinada con nuestro tributo histórico a la misma verdad ("Tampoco recae únicamente sobre el pastor ordenado la responsabilidad de salir a realizar la comisión evangélica. *Todo* el que ha recibido a Cristo está llamado a trabajar por la salvación de sus prójimos")[7] —esto no ha llegado aún al diccionario.

El diccionario inglés de sinónimos de Webster anota *secular, temporal y profano* como significados paralelos al término "laico"; mientras que *espiritual, religioso y sagrado* aparecen como palabras contrastantes.

Una consideración superficial de este empleo de las palabras en evidente conflicto revela una inconsecuencia básica que nos ha mantenido cautivos durante años. Si por nuestras palabras seremos justificados (Mateo 12:37), entonces tal vez convenga que consideremos profundamente lo que subyace en esta esquizofrenia verbal acerca del uso religioso contemporáneo de la palabra "laico". Estoy convencido de que nuestras palabras son realmente un exponente veraz de nuestras actitudes interiores y subconscientes.

El Nuevo Testamento enseña claramente que todos los cristianos deben ser ministros. Lo que no concuerde con esto viola claramente las exigencias del discipulado presentadas por nuestro Señor. Cuando él habló de la abnegación o sacrificio personal, de tomar cada día la cruz y del compañerismo con él, nunca ni siquiera sugirió vagamente que se dirigía con exclusividad a una capa superior selecta de cristianos profesionales, y que existiera un segundo estrato de aficionados para los cuales fuera aceptable un nivel inferior de dedicación.

Las exigencias del discipulado no sólo golpean duro contra nuestra manera de pensar tradicional sobre este asunto, sino que la estructura de la iglesia del Nuevo Testamento se constituyó para preparar a los santos (todos nosotros) para la obra del ministerio (Efesios 4:12). Dios nos ha reconciliado consigo por medio de la cruz y nos ha encomendado el ministerio de la reconciliación (2 Corintios 5:15-20). Si la reconciliación es para todos, resulta obvio que el ministerio también es para todos.

En el sentido más profundo, ninguno de nosotros ha sido llamado a una obra, sino a Cristo mismo. Este hecho es central. Dentro del contexto de nuestra vida en él, se nos ha dado nuestra obra y vocación. Algunos

han sido designados pastores, maestros y evangelistas para la edificación de la totalidad del ministerio de la iglesia y la extensión del reino.

La Cuarta Iglesia Presbiteriana de Wáshington, que tiene como pastor al Dr. Richard Halverson, cuenta con más de 1.500 miembros. ¿Cuál es el propósito de Dios para esta congregación? ¿Es que tenga un solo pastor y 1.500 miembros que apoyen a su pastor? No, Dios ha llamado a 1.500 ministros, cada uno como testigo, cada uno ministrando, cada uno apoyando al Dr. Halverson y los unos a los otros en sus ministerios personales.

Los ministros en la línea de avanzada, peleando la solitaria batalla por Dios; los miembros en la retaguardia haciendo súplicas para que su representante pagado pueda pelear con más bravura; esto es una parodia de la enseñanza del Nuevo Testamento. Convierte al predicador en un funcionario de relaciones públicas para Dios, mientras el laico sirve como el socio silencioso, y hasta invisible, que apoya informalmente a la iglesia pero sintiéndose independiente de ella.

Esto podría interesar a la inclinación egoísta, perezosa y materialista de algunos miembros de iglesia. También podría atraer al pastor que obtiene su satisfacción de su posición como autoridad religiosa, prestigio y reconocimiento pero ha abandonado los principios del testimonio cristiano y de la movilización de la iglesia. El laico se encuentra en la vanguardia, *lejos* del edificio de la iglesia, en su hogar, oficina, taller o club. Se encuentra ahí como hombre de Dios en medio de la vida diaria. Este reconocimiento de la religión en la vida indujo a Elena G. de White a presentar la siguiente exhortación, escrita en 1901:

> *"Que el hombre de negocios lleve a cabo sus transacciones comerciales en tal forma que glorifique a su Maestro por su fidelidad. Que haga que su religión participe en todo lo que haga, y revele el Espíritu de Cristo a la gente. Que el mecánico sea un representante diligente y fiel de Aquel que trabajó en las humildes ocupaciones de la vida en los pueblos de Judea. Que todo aquel que pronuncia el nombre de Cristo trabaje de tal manera que la gente que ve sus buenas obras pueda ser inducida a glorificar a su Creador y Redentor".*[8]

También el pastor participa en la lucha, pero él se concentra en su función de preparar y adiestrar a las tropas para la batalla que pelean. "La mayor ayuda que pueda darse a nuestro pueblo consiste en enseñarle a trabajar para Dios",[9] cualquiera sea su vocación. El pastor en la actua-

lidad preservará su vida sólo derramándola en los ministerios de sus laicos. Para insistir en la analogía pastoral, no es tarea del pastor engendrar ovejas. Eso les toca a las ovejas. El pastor las mantiene en buena salud para que produzcan otras ovejas.

Elton Trueblood tiene sentimientos tan intensos acerca de la confusión moderna entre ministerio y laicado, que manifiesta antipatía por el término "laico". Prefiere hablar del "ministerio de la vida común". Arnold Come da un paso más al sostener que es necesario producir una solución abrupta de la distinción entre pastor y laico. En la siguiente declaración causa la impresión de ser un revolucionario:

> *"Si la sola palabra 'laicado' se preserva en nuestra terminología eclesiástica, todas las distinciones tradicionales entre ministerio y laicado volverán a reafirmarse por sí mismas... La iglesia está ahora lista para el abandono total de la distinción entre ministerio y laicado, y la misión encomendada por Dios lo exige en la actualidad".*[10]

H. H. Walz proyecta una conclusión, que provee un contrapeso para esta posición un tanto extrema:

> *"De cualquier modo, no es solución declarar, ya sea que en principio no hay laicos en la Iglesia, o que todos los miembros de la Iglesia son laicos porque pertenecen al pueblo de Dios. Afirmar esto es ser doctrinario".*[11]

Yo mismo no he abandonado el uso de la palabra laico, porque denota una distinción para la cual no tenemos otro término con qué expresarla en forma adecuada. Pero espero ansiosamente que se encuentre una mejor, una palabra que restaure el significado bíblico del laicado y describa los hechos, y al mismo tiempo censure el error. Cada creyente, un "ministro laico": esto por lo menos es un buen comienzo.

Tengo la convicción de que se producirá un despertar cuando asaltemos a nuestra generación con un ejército cristiano realmente movilizado. Para decirlo con las palabras del obispo Paul Moore: "Muchas personas que nunca habían estado ni remotamente interesadas, repentinamente se encienden cuando la iglesia comienza a verse como una iglesia". Estoy seguro que en ese ejército, los laicos constituirán las tropas. Los generales no ganan batallas peleando solos. Confieso que me siento tentado a identificarme con el comentario hecho por Ernie Pyle durante la guerra: "Soy un movimiento rabioso integrado por un solo

hombre, dispuesto a perseguir y aplastar a todos los que en el mundo no aprecian plenamente al soldado común de vanguardia". Tal vez yo no quiero que nadie *aplaste* a quienes no aprecian el potencial de ese laico común de avanzada, pero existe algo que se denomina *transformación* del cristiano.

En el nombre del Cristo encarnado, rechazamos el concepto según el cual, debido a que una persona se gana la vida en el mundo secular, Dios espera que le dedique sólo una parte de su vida. En medicina, tecnología y ciencia, el vocablo "laico" significa casual, indiferente, no informado y aficionado, en contraste con el especialista totalmente dedicado a su tarea. Si eso es lo que el lector considera que es el cristianismo laico, entonces me opongo en forma irreconciliable al concepto, y favorezco la abolición de este vocablo.

Un oficial militar trabajaba en el departamento de información secreta durante la guerra, como especialista en documentos secretos. Después de la guerra estudió en un seminario y trabajó como predicador metodista, y posteriormente llegó a ser obispo. En la actualidad tiene sobre su escritorio dos bandejas para cartas y otros documentos. La que contiene las cartas de los predicadores de su conferencia tiene un rótulo que dice: SAGRADO; la bandeja para las cartas y otros materiales de sus compañeros obispos lleva este rótulo: ULTRASAGRADO. La vida, para cada cristiano, es *ultrasagrada.*

Muchos utilizan los peldaños de una escalera para clasificar la dedicación o consagración. En el extremo superior se encuentra el misionero y especialmente el que trabaja en el extranjero al servicio del reino de Dios. El peldaño inmediatamente inferior corresponde al pastor. El peldaño siguiente es para el obrero religioso profesional. Finalmente, el último peldaño inferior está reservado para el humilde laico, quien a veces se pregunta si realmente le corresponde algún lugar en la escalera. El laico se ha convertido en una especie de cristiano perdedor o fracasado, cuya función principal consiste en pagar las cuentas del pastor y llenar los asientos durante los servicios de la iglesia.

Vivimos en la era del espectador. En el campo del atletismo, los deportes de participación como natación, tenis, vóleibol o básketbol atraen poca atención y escaso público. En cambio los estadios que anuncian eventos (fútbol, boxeo, lucha libre, baloncesto, etc.), donde la mayor parte de los adultos son espectadores de lo que otros hacen, atraen mucho interés sensacionalista y llenan las páginas de los diarios. Nosotros mismos no jugamos. Sólo observamos lo que otros hacen.

Pero la era del espectador ha trascendido el campo atlético y ha invadido nuestras casas. Ha conquistado el hogar norteamericano. Si encuentro por casualidad a mi hijo menor estudiando su lección a la luz vacilante de la pantalla del televisor (aunque pongo fin sumariamente a esa práctica inconveniente), pienso: "Quién sabe, tal vez estemos formando toda una generación tipo Abraham Lincoln, capaz de obtener sus conocimientos en medio de circunstancias adversas. . .

Somos una nación de adictos a la televisión, espectadores profesionales. La familia norteamericana mira televisión seis horas y media diarias como promedio. En el lapso que media entre el nacimiento y el final de los estudios secundarios, los niños y adolescentes pasan el doble de tiempo mirando televisión que asistiendo a clases.[12]

Desde el momento que se enciende el televisor en la mañana, hasta que se lo apaga en la noche permanecemos sentados con los ojos saltones, pegados a nuestos asientos, mudos, con las mentes en neutral y las emociones engranadas. Los resultados de esta adicción no son difíciles de predecir: una raza de gente con cabezas adornadas por ojos descomunales como platos, con cerebros reducidos a su mínima expresión y prácticamente inservibles, y con posteriores grotescos, deformes. Si seguimos esta tendencia, llegaremos a parecernos a un personaje de tira cómica llamado Schmoo, que es todo trasero rematado por enormes ojos y sin cabeza. Ese será el resultado final de la era de los espectadores, el final viviente.

Todavía podemos sonreír ante esta caricaturización de los que se limitan a mirar en vez de participar. Pero el resultado que esto produce en nuestras iglesias no es nada gracioso, sino más bien es causa para sentir aflicción, lágrimas y arrepentimiento. Hemos desarrollado una cristiandad espectadora en la que pocos hablan y muchos escuchan. La iglesia del Nuevo Testamento comenzó con Jesús diciendo a cada uno de sus seguidores, tanto a los apóstoles como a los creyentes comunes: "Id por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura" (Mar. 16:15). Estas palabras no se dijeron en una convención de pastores ni en las aulas de un seminario. Fueron dichas a todos los discípulos de todos los tiempos.

> *"La diseminación de la verdad de Dios no está confinada a un reducido grupo de ministros ordenados. La verdad debe difundirse por todos los que aseveran ser discípulos de Cristo".*[13]

Pero lo que comenzó como un movimiento laico se ha deteriorado hasta convertirse en lo que cáusticamente, pero con mucho acierto, se ha

denominado "un pulpitismo profesional financiado por espectadores laicos".

Uno de los males más graves del cristianismo podría ser el "pecado de escuchar sermones". Elena G. de White diagnosticó este problema en 1897, cuando publicó *An Appeal to Our Churches in Behalf of Home Missionary Work* [Un llamado a nuestros hermanos en beneficio de la obra misionera local], en el que increpa a la iglesia por limitarse a escuchar pero sin actuar.

> *"Durante años ellos [los miembros de iglesia] han escuchado en forma complaciente las verdades más solemnes, verdades que inquietan el alma, pero no las han practicado ellos mismos".*[14]

Luego hizo esta amonestación adicional:

> *"Los miembros de la iglesia han sido acostumbrados a confiar en la predicación, y hacen muy poco por Cristo. No llevan fruto, sino que aumentan en egoísmo e infidelidad. Colocan su esperanza en el predicador y dependen de sus esfuerzos para mantener viva su débil fe".*[15]

"Hacedores de la palabra, y no sólo oidores", es una actitud que provee sermones vivientes cada día. La iglesia que Dios planeó es una comunidad vibrante que ofrece redención, llena de compasión, misión, servicio, testimonio, amor y adoración. No es una fraternidad de aficionados de la fe.

Los espectadores profesionales casi siempre se convierten en críticos profesionales. Los aficionados del fútbol, el lunes de mañana se convierten en los jugadores de defensa; los asistentes profesionales al teatro llegan a ser versiones caseras de Brooks Atkison. Los perennes ocupantes de las bancas del estadio de béisbol, son los expertos que saben cuándo deben matar al árbitro. El observador profesional del gobierno que nunca participa personalmente, es el cínico que nos informa doctamente que todos los políticos son unos corrompidos.

Los cristianos espectadores finalmente se convierten en críticos, despreciativos, indiferentes, cínicos, estériles e improductivos. Observan y critican a otros, pero nunca se comprometen a dar lugar a Jesús en sus vidas.

Lo dicho me recuerda de un chico que unció su perro a la máquina de cortar zacate. El perro se paraba con frecuencia a ladrar a la gente que pasaba. El niño decía: "No se preocupe del perro. Está ladrando como excusa para descansar. ¡Para él es más fácil ladrar que jalar la máquina!"

Resulta más fácil criticar que participar. El cristiano espectador, por lo tanto, no es cristiano, aunque asista a la iglesia.

Teodoro Roosevelt dijo lo que sigue acerca de esas personas que rehusan participar:

> *"Lo que importa no es el crítico que comenta sobre el tropezón dado por un hombre fuerte, o cómo una persona activa pudo haber hecho mejor. El crédito pertenece al hombre que participa en la contienda, que tiene la cara sucia por el polvo, el sudor y la sangre; que lucha valerosamente; que yerra y falla una vez y otra, pero que posee tremendo entusiasmo y gran dedicación, y que se gasta en su esfuerzo".*

El cristiano está comprometido. No puede evitarlo. Participa en la misión redentora de Dios mediante la iglesia, y no es un observador crítico. Participa en el mundo, en sus asuntos, su cultura, su hambre, sus afanes y sus lágrimas, porque ama a la gente. No puede ser un espectador, porque Jesús dijo: "No ruego que los quites del mundo... Como tú me enviaste al mundo, así yo los he enviado al mundo" (Juan 17:15-18). El laico es enviado al mundo exactamente en la misma forma como Cristo fue enviado: como agente de redención. Un método seguro para impedir la difusión del Evangelio es aislar a sus portadores —los cristianos— del resto de la gente.

> *"Sobre... los enfermeros misioneros, los médicos cristianos, los cristianos individuales, ya sean comerciantes o agricultores, profesionales o mecánicos, sobre todos ellos descansa la responsabilidad. Nuestra obra consiste en revelar a los hombres el Evangelio de su salvación. Cada empresa en la que participamos debiera ser un medio para alcanzar este fin".*[16]

La siguiente pregunta aparece con insistencia en la mente de los que sienten la preocupación de ver a los laicos sirviendo en los confines de su mundo vocacional: ¿Reconocerá la iglesia la función de los laicos? Hendrik Kraemer dice con razón:

> *"A pesar de la importancia evidente y aun decisiva de los laicos, nunca han alcanzado relevancia teológica en el pensamiento de la Iglesia relativo a sí misma".*[17]

Sin embargo, es posible que sea demasiado pesimista cuando declara:

"El laicado o cuerpo de miembros laicos de la Iglesia, nunca en la historia de la Iglesia ha disfrutado de la distinción de ser tratado con cuidado solícito y seriedad, como asunto de importancia o valor teológico específico.[18]

Luego continúa escribiendo en el mismo estilo:

"Todavía no se ha efectuado un intento sistemático para establecer un fundamento teológico y una motivación referentes al lugar del laico y a su significado como inherentes a la naturaleza y a la vocación de la Iglesia. Por lo menos, en la parte no romana del mundo 'cristiano'".[19]

Uno de los mayores énfasis, sin embargo, en la Segunda Asamblea del Concilio Mundial de Iglesias de 1954, fue el que se colocó sobre un informe acerca del laicado. Esta fue "la primera vez en la historia del movimiento ecuménico que el tema 'El cristiano y su vocación' o 'El laicado' se presentaba a una congregación ecuménica con un énfasis tan marcado".[20]

Como resultado de este interés la importancia del laicado para la Iglesia se está explorando en diversos países europeos: por las Academias Evangélicas Europeas y por la Parishfield Community de Brigthton, Inglaterra. Y en los Estados Unidos, el Instituto Yokefellow, de Richmond, Indiana; la Christian Faith-and-Life Community, de Austin, Texas; y Christian Men Incorporated, de Corpus Christi, Texas. Pero no se sabe de ninguna denominación cristiana que por sí misma esté llevando a cabo estudios y experimentos en esos sectores de interpretación y acción en gran escala, aunque es evidente que tienen gran importancia para la vida de cada denominación. El gran problema es que la importancia teológica de los laicos de la iglesia en general no se ha comprendido ni practicado entre los cristianos desde el primer siglo.

La confusión general en nuestro tiempo concerniente a la dicotomía ministro-laico, está teniendo un efecto paralizante sobre el esfuerzo de los laicos para encontrar su función en el ministerio. Kraemer evalúa el potencial misionero del laicado como un "potencial mayor y más cortante que el de las 'campañas' y 'cruzadas' evangelísticas". Ciertamente el entendimiento de los adventistas es que una "obra terminada" depende de la movilización del vasto batallón de laicos, porque:

"La obra de Dios en esta tierra jamás podrá terminarse hasta que los hombres y las mujeres que forman la feligresía de nuestras iglesias

se congreguen para realizar la obra, y unan sus esfuerzos con los esfuerzos de los ministros y los dirigentes de iglesia".[21]

Algunas denominaciones fuera de los adventistas están considerando seriamente las implicaciones de la comisión dada por Cristo a su iglesia, como está registrada en las Sagradas Escrituras. Un grupo de estudio anglicano ha declarado puntualmente.

"La orden que Cristo impartió en ocasión de su ascensión, y el subsiguiente don del Espíritu Santo, no se limitaban a los doce apóstoles, que eran ministros ordenados, sino que se dieron a todos los miembros de la incipiente iglesia. Por eso el deber de dar testimonio ha sido encomendado a la totalidad de la iglesia de Cristo, a ministros y laicos por igual, y el poder para testificar es conferido por igual".[22]

La conclusión de este estudio era predecible:

"No es, por lo tanto, un asunto de conveniencia el que coloquemos la movilización de los laicos para la obra del evangelismo en primerísimo lugar de nuestras recomendaciones. Es cuestión de simple obediencia a una orden divina".[23]

Tales recomendaciones han sido promovidas vigorosamente por los adventistas desde los días de Elena G. de White hasta la publicación de la obra clásica de Oosterwald, *Mission: Possible* [Misión posible], en 1972, reafirmada posteriormente en "Un Estudio de la Función de los Laicos en la Misión de la Iglesia", durante el Congreso de 1976. Para la iglesia, la aceptación del ministerio completo de los laicos será una demostración de "la prueba... de amor". Para el cristiano individual será demostrar "mi fe por mis obras". No es posible ignorar el énfasis de estas palabras de Kraemer: "Es asunto de 'hacer o morir' y 'actúe en conformidad con los privilegios divinos y el llamamiento en los que está inmerso, o reconozca su incredulidad'".[24]

Es necesario volver a formular en forma refrescante y persuasiva una base bíblica esencial para comprender la naturaleza y la obra de la iglesia. Es necesario determinar la responsabilidad de las funciones de la iglesia y asignarlas a las personas adecuadas. Cada cristiano tiene la obligación de descubrir cuál es su puesto dentro de la vida de la iglesia, dentro del territorio en el que vive y en el lugar donde trabaja, hasta que "los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo" (Apoc. 11:5).

[1] Elton Trueblood, *Your Other Vocation* (New York: Harper & Bros, 1952), pp. 9, 35.

[2] J. H. Oldham, *Life Is Commitment* (New York: Association Press, 1952), pp. 97-98.

[3] World Council of Churches, Preparatory Commission VI, *The Laity-The Christian in His Vocation* (New York: Harper & Bros, 1954), p. 1.

[4] Franklin M. Segler, *A Theology of Church and Ministry* (Nashville, Tenn.: Broadman Press, 1906), p. 75.

[5] James Hastings, ed., *Encyclopedia of Religion and Ethics,* t. 8, p. 766.

[6] Hendrick Kraemer, *A Technology of the Laity* (Philadelphia: Westminster Press, 1958), p. 49.

[7] Elena G. de White, *Los hechos de los apóstoles*, p. 90.

[8] Elena G. de White, "El uso de los Talentos", *The Bible Echo*, t. 16, No. 24, p. 372.

[9] Elena G. de White, *Testimonies*, t. 7, p. 19.

[10] Arnold Come, *Agents of Reconciliation* (Filadelfia: Westminster Press, 1966), p. 99.

[11] Hans Herman Walz, "Lay, Theology of the Laity, Layman's Work (A lexicographical study)", *Ecumenical Review,* julio de 1954, p. 472.

[12] "TV Violence Is Harmful", *Reader's Digest*, abril de 1973, p. 37).

[13] Ellen G. White, *Christian Service*, p. 68.

[14] Elena G. de White, Manuscrito 151, 1897.

[15] *Ibíd.*

[16] *Ibíd.*

[17] Kraemer, *A Theology of the Laity*, p. 48.

[18] *Ibíd.*, p. 9.

[19] *Ibíd.*, p. 10.

[20] W. A. Visser't Hoof, ed., *The First Assembly of the World Council of Churches* (Nueva York: Harper & Bros., 1949), p. 153.

[21] Kraemer, *A Theology of the Laity,* p. 136.

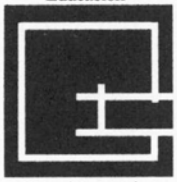
[22] Elena G. de White, *Gospel Workers*, p. 352.

[23] Iglesia de Inglaterra, preparado por la comisión de Evangelismo del Arzobispo, *Towards the Conversion of England* (Westminster, England: Imprenta y Junta de Publicaciones de la Asamblea de la Iglesia, 1945), p. 39.

[24] *Ibíd.*, p. 51.

[25] Kraemer, *A Theology of the Laity*, p. 171.

Educación



Complementaria •

Tarea

1. El autor arguye que los "ministros son laicos". ¿Qué evidencia menciona en defensa de su posición?

2. ¿Cuál es el significado bíblico de laos? ¿Cómo se entiende la palabra "laicos" en el mundo secular?

3. Analice su estilo pastoral. ¿Tiene una congregación de "ministros" o de "espectadores"? Describa una estrategia que podría poner en práctica para evitar lo último.

Capítulo 2

Fueron y Predicaron en Todas Partes

El fallecido Dr. W. R. Inge, el célebre "decano sombrío" de la catedral de San Pablo, en Londres, fue invitado cierta vez a escribir un manuscrito acerca de la vida de Cristo, para una colección de libros publicados por una firma bien conocida. Envió la siguiente respuesta en una tarjeta: "Como no existen materiales informativos referentes a la vida de Cristo, no puedo cumplir con su pedido".[1]

La misma escasez de información se advierte en nuestros intentos de definición del rol y la función de los laicos, puesto que tenemos a nuestro alcance únicamente las exiguas fuentes disponibles del período que siguió a la muerte de los apóstoles. A pesar de la extensión de nuestra ignorancia, resulta inequívocamente claro que la iglesia del primer siglo era una iglesia auténticamente misionera. Aun antes de que los últimos apóstoles terminaran su obra, la luz que surgió en Palestina había invadido estas grandes penínsulas: Grecia e Italia; una generación después había llegado a casi toda la costa del Mediterráneo y luego, a una cantidad de países. Siguió en la huella de la dispersión judía: dondequiera que hubiera una colonia hebrea, había también una iglesia cristiana. Los mercaderes traían de regreso de sus viajes noticias de la "Perla de gran precio". Los mensajeros de paz seguían a los ejércitos romanos, y los cautivos liberados llevaban a sus hogares la noticia de la nueva religión que iba compenetrando el Imperio. En todas partes, desde el taller hasta el palacio, se encontraban hombres dedicados que trabajaban silenciosa-mente pero con fervor en la promoción del Evangelio. Para fines del pri-mer siglo, el cristianismo había trascendido de los estratos más inferiores de la población romana. Había sobrevivido los primeros intentos de supre-sión, y comenzaba a infiltrarse en las familias más nobles, aun en la familia imperial misma. Hay razón para creer que una de las mujeres más importantes

del imperio, sobrina de Domiciano y madre de dos hijos, uno de los cuales estaba destinado a ser el sucesor de Domiciano, era cristiana. Harnack comenta:

> *"¡Qué cometido! Entre 50 y 60 años después que el cristianismo invadió Roma, una hija del emperador abrazó la fe, y 30 años después de la terrible persecución de Nerón, los presuntos herederos del trono se criaron en un hogar cristiano".*[2]

La iglesia del primer tiempo tenía pocos predicadores notables como Apolos y Bernabé. Pero habían trastornado "el mundo entero" (Hech. 17:6), porque podía contar "con el testimonio anónimo e inédito de los fieles".[3] La iglesia de Antioquía fue establecida por misioneros voluntarios que habían huido de Jerusalén después del asesinato de Esteban (Hech. 11:19-21). Pero éstos distaban mucho de ser los únicos. No se nos ha dicho cómo llegaron allá, porque el tiempo ha arrojado un manto de oscuridad sobre todo esto.

Lo que sí está claro es que cada cristiano era un testigo. Después de la persecución de Jerusalén (Hech. 8:1-4), "los cristianos dispersados salieron por toda Judea y Samaria; *nolen volens* [sin querer, queriendo] actuaron como misioneros".[4] Donde había cristianos, había también una fe viviente y encendida, y antes de mucho, una comunidad cristiana en rápido crecimiento.

Algunos de los primeros cristianos, frente a la alternativa de la muerte, negaron a quien se esperaba que confesaran, pero algunos confesaban a quien se esperaba que negaran. En una ocasión cuando se efectuó una representación dramática ante el emperador Diocleciano como burla del cristianismo, uno de los actores estaba vestido con una túnica blanca para ser bautizado. "¡Me siento muy pesado! —exclamó y cayó al suelo en el escenario como si estuviera enfermo—. ¡Quisiera sentirme liviano!"

—¿Cómo lo conseguiremos? —preguntó su compañero—. ¿Quieres que te cepillemos como lo hacen los carpinteros?

—¡No sean idiotas! Quiero ser un cristiano y volar hacia Dios.

Entonces enviaron en busca de un actor que hacía el papel de ministro religioso, quien comenzó a decir palabras cristianas. Sucedió que el actor, cuando niño, había sido criado en un hogar cristiano en Galia (Francia). Cuando esas palabras fueron dichas en son de burla y la gente se reía de buena gana, recordó a su madre y a su padre y lo que le habían enseñado como muchacho, de modo que gritó: "¡Quiero recibir la gracia de Cristo! ¡Quiero nacer de nuevo!". La gente rió estrepitosamente, pero

el actor dijo al emperador: "Ilustre emperador y todos vosotros que habéis reído con tantas ganas, creedme cuando os digo que Cristo es el Señor". Cuando Diocleciano comprendió que el actor hablaba en serio, lo hizo torturar. Le arrancaron las carnes con garras metálicas y lo quemaron con antorchas, pero él seguía exclamando: "¡No existe otro rey fuera de Cristo, a quien he visto y adorado. Moriría mil veces por él. Lamento mis pecados y por convertirme tan tardíamente en soldado del verdadero Rey".

En tiempos posteriores, grandes iglesias pretendieron tener un origen apostólico, pero en realidad pocas, o ninguna, de esas iglesias fueron fundadas por los apóstoles. Nada es más notable que la anonimidad de esos primeros misioneros. En el siglo segundo había tres centros principales de vida cristiana en el Mediterráneo: Antioquía, Roma y Alejandría. Lucas, autor de los Hechos no mencionó ni un solo nombre de los pioneros que pusieron el fundamento de la iglesia en Antioquía. Es posible que Pedro y Pablo hayan *organizado* la iglesia en Roma. Por cierto que no la *fundaron*. Los primeros cristianos de quienes tenemos noticias fidedignas de que viajaron por Roma, son Aquila y Priscila (Hechos 18:2). Eran compañeros de Pablo. En cuanto al origen de la iglesia de Alejandría no sabemos absolutamente nada sobre sus fundadores o la fecha cuando se originó. Se considera que San Marcos fue su fundador y primer obispo. Dionisio, que fue obispo en el año 246, fue uno de los hombres más famosos del tiempo cuando se produjo la violenta persecución ordenada por el emperador Decio.

De modo que el cristianismo en tres siglos había penetrado en la mayor parte del Imperio Romano, y en algunos casos hasta había trascendido sus límites. Tal vez no debiéramos entender literalmente la expresión retórica de los primeros apologistas cuando nos dicen que los cristianos habían llenado las cortes, los campamentos, las cámaras de los concilios, y hasta los palacios del César;[5] pero está claro que en el tiempo del emperador Constantino, si los cristianos no constituían la mayor parte de sus súbditos, eran los más poderosos; durante la declinación del patriotismo romano, no quedaba ningún otro cuerpo de hombres que fuera tan numeroso y estuviera tan extendido como la iglesia cristiana, animada por un mismo espíritu y sujeta a una misma ley. El obispo Neil hace este comentario sobre el tema:

> *"Esa era la mayor gloria de la iglesia en esos días. La Iglesia era el cuerpo de Cristo con la morada interior del Espíritu; y lo que Cristo había comenzado a hacer, la iglesia continuaría haciéndolo a través*

de todos los tiempos y hasta en los lugares más alejados de la tierra, hasta su impredecible pero seguro regreso".[6]

Eusebio Panfilio, obispo de Cesarea (315 d.C.) declara que el cristianismo había penetrado hasta los últimos rincones del Imperio Romano.

"Así, entonces, bajo la influencia y colaboración celestiales, la doctrina del Salvador, como los rayos del sol, iluminó rapidamente todo el mundo. Pronto, de acuerdo con la profecía divina, la voz de sus evangelistas y apóstoles inspirados se había escuchado en toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo. En todas las ciudades y aldeas, como el suelo de un galpón lleno de productos, las iglesias se multiplicaban rápidamente y se llenaban de miembros de todos los pueblos".[7]

Si se le hubiera pedido razón que explicara esta increíble expansión de "la doctrina del Salvador", Eusebio habría explicado que muchos testigos "anónimos e inéditos" tomaron el lugar de los apóstoles.

"Estos, como santos discípulos de tales hombres, también edificaron las iglesias donde anteriormente los apóstoles habían colocado el fundamento en todas partes. Aumentaron los medios de promulgar el Evangelio cada vez más, y esparcieron las semillas de la salvación del reino celestial cerca y lejos, hasta cubrir todo el mundo".[8]

Contrariamente a este testimonio del tercer siglo, los miembros laicos de las iglesias antiguas no se destacaban por llevar a cabo actividades misioneras, tanto en el lugar donde vivían como cuando viajaban. Latourette escribe:

"Probablemente sería una equivocación pensar que cada cristiano que vivió durante los primeros trescientos años después de Cristo procuraba agresivamente hacer conversos. Las descripciones de estas primeras comunidades cristianas que encontramos en el Nuevo Testamento... no garantizan esta conclusión. En ninguna parte se da indicio alguno de que los miembros de la iglesia cristiana consideraran siquiera como una parte insignificante de su deber compartir su fe con otras personas".[9]

Debe comprenderse la razón de la hostilidad manifestada contra los cristianos. Debemos ser justos y tratar de imaginar lo que hacía que los cristianos aparecieran como herejes ante los romanos. Los romanos

adoraban a su emperador y quemaban incienso en su altar. Debido a que los cristianos desistieron de esa costumbre, fueron llamados "ateos" porque no aceptaban la realidad de los "dioses". Los cristianos no asistían al teatro porque las representaciones eran crueles y vulgares. No favorecían los combates de los gladiadores, en los que los romanos, sólo para divertir a la multitud, forzaban a los prisioneros de guerra y a los esclavos a batirse a muerte en el circo romano. Los cristianos tampoco se querellaban en las cortes de justicia porque el apóstol Pablo había dicho que cuando los seguidores de Cristo se peleaban unos con otros, debían arreglar sus asuntos entre ellos mismos. Podría suponerse que los cristianos no tenían inconvenientes para ir a un hospital, pero los hospitales romanos funcionaban bajo el patrocinio del dios Esculapio, y mientras los enfermos yacían en sus lechos, el sacerdote se paseaba entre las camas entonando letanías a su dios. Podría suponerse también que los cristianos no tenían dificultades para asistir a la escuela; pero los textos escolares contenían historias acerca de los dioses paganos, y no como simples relatos, sino como hechos verdaderos.

Aun un escultor cristiano se encontraba en dificultades, porque era casi seguro que le pedirían que hiciera ídolos para los paganos. Recuerdo haber visto lápidas funerarias fuera de una catacumba romana, en las que un escultor cristiano aparece esculpiendo cabezas de leones. En otra lápida había esculpido ballenas. Esos temas escultóricos eran perfectamente legítimos, aunque las lápidas con leones o ballenas no se vendían con facilidad. Los paganos querían, además, esculturas con sus dioses. Pero cuando las pedían, el escultor cristiano se negaba a hacerlas.

Historias extrañas circulaban acerca de los cristianos, lo cual intensificaba el resentimiento que la gente sentía contra ellos. El emperador Nerón los acusó de haber incendiado a Roma, y muchos cristianos fueron clavados en cruces, embadurnados con brea y encendidos como antorchas en sus jardines. En una carta de un gobernador provincial al emperador Trajano, se mencionaba la acusación de canibalismo. Esa historia comenzó porque el rito de la Santa Cena se practicaba en secreto. Se difundió el chisme de que en esas "reuniones secretas" se estaban comiendo a alguien. Jesús había dicho en la Ultima Cena: "Este pan es mi cuerpo. Este vino es mi sangre". "Muy bien —decían los paganos—, entonces deben estar comiendo carne y bebiendo sangre humana".

Se puede comprender por qué los paganos no apreciaban a los cristianos, y hasta los consideraban enemigos. Si se les permitía vivir, ciertamente harían enojar a los dioses. El ganado moriría; el río Tíber

inundaría la tierra. Tenían que desaparecer. "¡Echémoslos a los leones!"

Policarpo fue una de esas víctimas. Un capitán, cuya propia hermana era cristiana, fue con sus guardias a detenerlo en su casa. Tal vez deseando ahorrarle al anciano las indignidades que le esperaban, le dijo: "¿Qué daño hay con decir: 'César es dios' y ofrecer incienso para salvar tu vida?" Pero Policarpo rehusó escuchar su sugerencia, y fue llevado al coliseo romano, donde el procónsul de Asia en persona procuró disuadirlo. "Respeta tu edad —le dijo—. Jura por la divinidad de César. Arrepiéntete y di: 'Que desaparezcan los ateos'". "Que desaparezcan los ateos", exclamó solemnemente Policarpo mientras señalaba con la mano a la multitud que llenaba el coliseo. Pero el procónsul insistió: "Presenta el juramento y te dejaré en libertad; execra a Cristo". Entonces el anciano expresó su noble confesión: "Le he servido durante ochenta años, y él no me ha hecho nada malo; ¿cómo podría, entonces, blasfemar a mi Salvador y Rey?" Otros argumentos aducidos por el romano resultaron igualmente inútiles. Y Policarpo fue enviado a la hoguera, porque había "despreciado a las bestias" con las que el procónsul lo había amenazado. La oración que profirió antes de morir refleja su certeza de que su sacrificio sería un testimonio adicional de su fe.

> *"Señor Dios Todopoderoso, Padre de Jesucristo, te bendigo por haberme considerado digno de esta hora para que forme parte entre los mártires en la copa de Cristo para levantarme nuevamente con el Espíritu Santo. Que sea un sacrificio aceptable. Te alabo, te bendigo y te glorifico por medio de Jesucristo".*

Todos los cristianos de esta primera época estaban conscientes de no ser sólo una tercera raza, el pueblo peculiar del Señor de los Ejércitos, sino también un sacerdocio real (1 Pedro 2:9), con la comisión divina de llevar salvación al mundo. Por eso la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes emerge como un concepto básico en la interpretación de los laicos y de su misión en la iglesia antigua.

Nuevamente es necesario subrayar que cuando examinamos el rol misionero del laico antiguo, nuestras deducciones necesariamente serán restringidas debido a la escasez de información documentada. Por lo tanto, examinaremos *todas* las funciones del laico antiguo y nos contentaremos con vislumbres ocasionales de actividad misionera laica específica obtenida de algún documento.

Nuestra comprensión de los laicos no se formará principalmente en términos de ordenación o de la falta de la misma, ni de educación

teológica o de la carencia de la misma, sino más bien en términos de la iglesia reunida para adorar, para recibir instrucción y para deliberar, frente al igualmente importante concepto de la "iglesia" dispersada o sembrada en el mundo cotidiano como la levadura en la masa (¡y no como el trigo entre la cizaña!). En esta concepción, hasta el clérigo ordenado es un "laico" en cierto sentido, en su acción como mayordomo y ciudadano. Sin embargo, no podremos percibir el rol de los laicos en la comunidad reunida *(ekklesía),* en contraposición con los laicos esparcidos en el mundo *(diáspora),* porque nuestras fuentes mayormente clericales, nos proporcionan relativamente poco acerca de los laicos fuera de la congregación. El historiador R. W. Southern tuvo problemas similares cuando examinó el período entre los años 600 d.C. y 1.000 d.C., y admitió:

> *"Lo primero que se debe destacar acerca de la religión del laicado durante este período, es la extensión de nuestra ignorancia. No nos ha llegado casi nada escrito por un laico; y aun cuando podemos tener la seguridad de que nuestros documentos contienen expresiones de intención laica, es necesario tener en cuenta que una mano monástica casi siempre ha dado forma y definición a su pensamiento".*[10]

En este capítulo nos limitaremos a considerar la evolución del laico en la *ekklesía* y en la *diáspora*, desde el Pentecostés hasta el final de las persecuciones. El reconocimiento del cristianismo por Constantino, como de casi todas las demás cosas en la historia de la iglesia, concluye claramente un período en la evolución del laicado como un auténtico orden con su distintivo rol litúrgico, constitucional y testimonial; y marca la culminación de la diferenciación gradual del "pueblo de Dios" entre laicado y clero, con la atrofia concomitante de las funciones laicas.

Antes de efectuar un análisis adicional de la naturaleza y las funciones del laicado anterior a Constantino, primero tenemos que afirmar la concepción teológica del nivel asignado a los laicos en la iglesia.

Clemente de Roma fue el primero que usó el término *hombre laico.* Por el año 95 d.C, al concluir su breve referencia a los participantes en la liturgia, asevera que "el hombre laico está obligado por las ordenanzas laicas".[11] Debe comprenderse que Clemente, al asignar al "laico" un rol subordinado en la liturgia está reflejando el uso griego general de la palabra "laico" y llevándola en una dirección específicamente cristiana. Hasta ese tiempo la palabra griega se había usado en su forma adjetiva para distinguir entre la masa de la gente y sus dirigentes. En las traduc-

ciones del Antiguo Testamento al griego se usaba comúnmente para distinguir lo secular de lo sagrado. Clemente empleó el término en una forma que insistía en la competencia litúrgica del laico, por limitada que fuera. Sin embargo, es necesario insistir en que a pesar del rol humilde del laico, desde el comienzo éste fue un *participante* en la alabanza litúrgica del Creador y Redentor, y no solamente un espectador en las ofrendas de agradecimiento, el pan y vino.

Clemente insiste adicionalmente en el creciente carácter distintivo entre la congregación y sus dirigentes al establecer una diferencia entre las responsabilidades de cuatro órdenes en el desarrollo de la liturgia: el "sumo sacerdote" (¿obispos?), los sacerdotes (¿ancianos?), los levitas (¿diáconos?) y los laicos. Poco tiempo después, probablemente en la primera o segunda década del segundo siglo, Ignacio, obispo de Antioquía, que se describió a sí mismo llamándose "Teóforo" ("portador de Dios"), llegó a decir que no es posible tener una iglesia sin obispos (sobreveedores de la congregación local), presbíteros (dirigentes en una congregación local) y diáconos.[12] Dice adicionalmente que el obispo, o la persona que él autorice, debe celebrar la eucaristía, y además debe autorizar los bautismos y las fiestas de amor.[13] Debiera hacerse notar en defensa de esta autoridad delegada, que una de las razones para establecer dirigentes con autoridad era la preocupación de Ignacio, de que la iglesia no se corrompiera con la herejía.

Herejías como el agnosticismo y el docetismo (este último consideraba la humanidad y los sufrimientos del Cristo terrenal como aparentes antes que reales), como se refleja en el evangelio y las epístolas de Juan, eran ya de cierta importancia; y debido a que la congregación en general carecía de conocimientos, los dirigentes tenían como una de sus funciones principales la preservación de la pureza de la doctrina así como impedir los cismas dentro de la iglesia.

Para el tiempo de Ireneo, obispo de Lyon en la última parte del siglo segundo, la estratificación se había tornado más clara, por lo que él escribe:

> *"Por lo tanto está bien obedecer a los presbíteros en la Iglesia, es decir a los que poseen la sucesión de los apóstoles, como he demostrado, quienes, juntamente con su sucesión en el episcopado, recibieron el seguro don de la verdad según la buena voluntad del Padre".*[14]

Aun así, Ireneo al parecer no tuvo intención de establecer una visión

totalmente sacerdotal del ministerio, porque en otro lugar de la misma obra afirma: "He demostrado que todos los discípulos del Señor son levitas y sacerdotes".[15] Poco después, en la primera parte del siglo tercero, Cipriano amplió aun más la división entre el clero y el laicado cuando estableció claramente la institución divina del episcopado.

A mediados del siglo tercero los obispos habían asumido poder de supervisión sobre el clero menor, y el clero había asumido más control sobre el laicado. Por cierto que todavía podía haber un maestro laico como Orígenes lo fue durante la primera parte de su vida, aunque es significativo que haya sido removido de su cargo tres veces por el obispo Demetrio, mayormente a causa de supuesta insubordinación. Finalmente aceptó la ordenación, posiblemente para hacer más segura su posición. Las declaraciones de George Williams acerca de Orígenes revelan lo que estaba sucediendo, o tal vez lo que ya había sucedido en la iglesia: "Orígenes era en cierto sentido el último de los maestros cristianos carismáticos e independientes."[17] Posiblemente Seeberg también está en lo correcto cuando concluye que con Calixto, obispo de Roma en la primera parte del siglo tercero, que se arrogó el derecho de extender el perdón de los pecados, la idea de la iglesia como el pueblo santo de Dios llegó a su final, por lo menos en Roma.[18]

Retornemos ahora a la interpretación de 1 Pedro 2:9-10 que hace Clemente: "Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a la luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios [*laos theou*]". Clemente llamó a este pasaje el *locus classicus* de la doctrina del sacerdocio de todos los creyentes. No sólo son los cristianos el nuevo Israel, sino el único sacerdocio autorizado o válido. Corporativamente, son los sucesores del sacerdocio del antiguo Israel, con el derecho de acceso directo a Dios mediante el sacrificio incruento o espiritual de agradecimiento hecho posible a través de Cristo. Justino Mártir, un apologista cristiano del segundo siglo, que fue el primer pensador cristiano que reconcilió las exigencias de la fe con las de la razón, volvió a exponer el principio del sacerdocio de todos los creyentes cuando escribió:

> *"Por haber sido inflamados por la palabra de su [de Cristo] vocación, somos la verdadera raza sumo-sacerdotal de Dios".*[19]

El apologista ateniense Arístides llevó el tema a sus últimas consecuencias cuando declaró con asombrosa especificidad que todos los

cristianos podían hacer arrancar su genealogía del Sumo Sacerdote, Jesucristo.[20]

El bautismo fue la ocasión para la "ordenación" de los laicos al ministerio mediante el ungimiento acompañante. En el ungimiento bautismal, los catecúmenos eran ingresados en el "sacerdocio real", porque los reyes y los sacerdotes de Israel habían sido consagrados mediante el ungimiento. Tertuliano, un padre de la iglesia africana y el primer teólogo cristiano que escribió en latín, destaca el carácter sacerdotal del ungimiento bautismal cuando escribe:

> *"Por consiguiente, cuando salimos del bautisterio, somos ungidos con la santa unción, lo mismo que los sacerdotes de la Vieja Dispensación eran ungidos con aceite del cuerno del altar. De donde viene el término Christus, de la crisma que es el lugar del ungimiento, nombre que ahora se da al Señor".*[21]

Tertuliano sostenía que la "ordenación" bautismal calificaba al recipiente de la gracia para que él mismo bautizara a otros, porque "lo que se recibe por igual puede darse por igual".[22] Al mismo tiempo arguyó en beneficio del orden que lo que era legal podría no ser conveniente, que sólo *hombres* laicos podían realizar el sacramento y sólo en ausencia de un clérigo, y que una *mujer* laica en ninguna circunstancia debía suponer que podía bautizar. Pero admitió —con cierto disgusto— que algunas mujeres se aventuraban a "enseñar, debatir, exorcisar, prometer curaciones, y probablemente hasta a bautizar".[23]

En cuanto al rol profético, así como a la calidad real y sacerdotal de cada laico ungido en el bautismo, coheredero con Cristo, el divinamente ungido sacerdote, profeta y rey, Crisóstomo, el notable "doctor de la iglesia" del cuarto siglo, y obispo de Constantinopla, se expresa con particular precisión:

> *"De modo que tú mismo eres hecho rey y sacerdote y profeta en la pila bautismal: un rey, habiendo echado por tierra todas las obras de maldad y muerto al pecado; un sacerdote, en el sentido que te ofreciste a ti mismo a Dios, y en que sacrificaste tu cuerpo, y al mismo tiempo en morir tú mismo, porque si morimos con él, dijo Pablo (2 Tim. 2:11), también viviremos con él; finalmente como un profeta, sabiendo lo que será y siendo inspirado por Dios y sellado. Porque así como se pone un sello a los soldados, así también el Espíritu es puesto sobre los fieles... Sabiendo entonces todo esto, y*

considerando nuestra elevada posición, mostremos una vida digna de gracia".[24]

Además de su ordenación como sacerdote real, el laico en algunos sectores, notablemente en la tradición de Alejandría, podía aspirar a la condición del gnóstico ideal, cuya iluminación posbautismal gradual y crecimiento en disciplina interior lo capacitaban para transitar por los grados espirituales de diácono, presbítero y obispo.

En suma, el laico de la era apostólica recibía una "ordenación" indeleble como sacerdote, profeta y rey, no más en esclavitud al mundo, sino liberado mediante Cristo para conocer la verdad, para ejercitar soberanía sobre el templo del yo y unirse en la acción de gracias corporativa de los redimidos.

Y en este período, ¿cuáles eran los derechos y los deberes de los laicos, desde los puntos de vista litúrgico, constitucional, disciplinario, caritativo y evangélico?

Ya citamos a Tertuliano en relación con la legalidad de la administración del bautismo por parte de los laicos en ausencia de un clérigo. Mucho antes que él, el manual más antiguo de disciplina eclesiástica, el *Didache* o "Enseñanzas de los Doce Apóstoles", daba por sentado que cualquier cristiano, incluyendo un laico, podía bautizar con tal que ayunara lo mismo que el candidato, "por uno o dos días antes" del bautismo.[25] Ambrosiaster, en el siglo cuatro, mirando hacia atrás a los primeros días del cristianismo, dice que "todos bautizaban";[26] y su contemporáneo Jerónimo hizo notar que, "si es necesario que así sea, aun los laicos pueden bautizar y frecuentemente lo hacen".[27]

Debiera añadirse para completar el cuadro, que en el bautismo y el ungimiento de los catecúmenos mujeres, las viudas y las diaconisas que eran esencialmente personas *laicas,* desde el comienzo habían adoptado una parte activa en ayudar al obispo o presbítero en todo, excepto el ungimiento de la cabeza.

El laicado, por virtud de su bautismo, hemos hecho notar, llegó a ser participante del sacerdocio real y en consecuencia podría bautizar en ausencia de un clérigo, y también podría realizar el sacramento de la Cena del Señor. Justino Mártir, en una plática con el judío Trifo especifica la función de los laicos:

"Ahora somos la verdadera raza sumo-sacerdotal de Dios... Por lo tanto, hace mucho que Dios ha dado testimonio de que todos los sacrificios ofrecidos en su nombre, que Jesús el Cristo aprecia, es

decir, en la eucaristía del pan y la copa que los cristianos presentan en todo lugar de la tierra, son muy agradables para él. Pero los que son hechos por ti y por medio de esos sacerdotes tuyos, él los rechaza totalmente".[28]

¿Cuál era el rol constitucional del laicado? La elección (en Hechos 1:15) de un sucesor de Judas en presencia de precisamente *"ciento veinte* representantes de la multitud" y (en Hechos 6:5) la elección de los diáconos, también por toda la multitud (aunque esta narración no necesita ser necesariamente una relación etiológica del comienzo del diaconato) sirvió de modelo y de aprobación apostólica para la elección de los clérigos por parte de los laicos durante todo el período apostólico. La *Didache* confirma este procedimiento, e Hipólito, teólogo del segundo siglo, en la *Tradición apostólica* (conocida anteriormente como "Orden Eclesiástico Egipcio") registra que el obispo es aún elegido por el pueblo".[29]

El poder de los laicos cristianos será tan bien conocido para aprobar o desaprobar a sus dirigentes, que aun el emperador Alejandro Severo (222-235), que estaba suficientemente bien informado para saber acerca de su regla de oro y quien deseaba erigir un templo a Cristo como uno de los dioses, adoptó de los cristianos la práctica de hacer pública una lista con los nombres de sus candidatos para cargos públicos con el fin de asegurar el testimonio público en relación con su carácter. Dijo que sería una cosa "monstruosa" si se omitiera es precaución en el caso de gobernadores provinciales a quienes se encomendaban las "vidas y las fortunas de los hombres".

Los laicos también participaban con los presbíteros y los obispos en la disciplina corporativa de la iglesia. La admisión a la comunión de los santos, por supuesto, se efectuaba mediante el bautismo. El despido de los que habían perdido la fe y de los descarriados, que originalmente era una acción disciplinaria imprevista, como también procedimientos constitucionales para la readmisión de los penitentes, se desarrollaron lentamente. Pablo ordenó por carta (1 Cor. 5) que los miembros de la iglesia de Corinto reunidos borraran a un miembro particularmente "perverso" y lo entregaran a Satanás. La autorización para una acción comunal como ésa tenía su pauta prescripta anteriormente en Mateo 18:15-20. Eventualmente, por supuesto, la pauta apostólica-episcopal, en la cual el pastor, por medio del sacramento de la penitencia, asumía la responsabilidad por la excomunión y readmisión de los miembros subordinados de la iglesia, llegó a prevalecer sobre la acción comunitaria.

Aunque el control clerical de la acción disciplinaria llegó a prevalecer, un ejemplo de la fuerte persistencia de la voz comunitaria en asuntos constitucionales se hizo evidente por medio de Policarpo en Smirna, quien presentó una clara indicación de que toda la iglesia, y más específicamente los laicos con sus presbíteros, tienen derecho a deponer o excomunicar no sólo a una persona laica, sino también a uno de sus presbíteros. Aparentemente un cierto Valens, y su esposa, habían caído en el error en relación con un desfalco de los fondos comunitarios. Policarpo urge a toda la iglesia que restaure a la pareja si es que se han arrepentido con sinceridad.[30]

Los laicos de esta época también se distinguían en el servicio cristiano. Lucas describe en los Hechos (2:44, 4:32 a 5:11) el comunalismo de los santos, y los ebionitas judeo-cristianos retuvieron por más tiempo el ideal de la comunidad de los bienes. Aunque la iglesia del período anterior a Constantino en su mayor parte abandonó la comunidad absoluta de los bienes, continuó reconociendo la comunidad de las cosas hechas santas en la comunión de la liturgia. Las ofrendas litúrgicas de aceitunas, queso y aceite mencionadas en la *Tradición apostólica* de Hipólito, tuvieron como destino más allá del altar, a los pobres y los necesitados de la parroquia.

Los actos caritativos están registrados en una fecha posterior y en otra tradición, como Tertuliano describe el carácter voluntario de la ofrenda para el "arca del dinero".

> *"Aunque tenemos una especie de arca del dinero, no es para la recolección de derechos oficiales, como si la nuestra fuera una religión de precios fijos. Cada uno de nosotros coloca una pequeña donación en el día señalado de cada mes, o cuando se elija, y sólo si uno elige y si puede hacer la donación; porque nadie está obligado, ya que la ofrenda es voluntaria. Esto es como si se tratara de un fondo de bondad. Porque no sacamos dinero de este fondo para gastarlo en fiestas o en bacanales con bebidas, o en vulgares parrandas; sino para pagar por la comida y los funerales de los pobres, para ayudar a niños y niñas huérfanos o destituidos; y a la gente de edad confinada a su casa, y a los náufragos; y a los que trabajan en las minas o que han sido desterrados a las islas, o que están en la cárcel o son prisioneros a causa de sus convicciones, siempre que estén sufriendo porque son seguidores de Dios".*[31]

El altruismo de las iglesias era reconocido entre las comunidades de los gentiles. Dionisio de Alejandría descibe los cuidados médicos y de

otra índole y los servicios funerarios proporcionados a los que habían sido afectados por alguna plaga, y contrasta la acción de los "presbíteros, diáconos y muchos de los laicos que se transferían la muerte a sí mismos" para socorrer a otros, con el comportamiento bajo y miserable de los paganos, que abandonaban apresuradamente aun a sus familiares cercanos.[32]

Justino Mártir, entre muchos otros, se refiere al ejemplo de las vidas cristianas que convertían a otros:

> *"Porque podemos presentar pruebas de esto aun en el caso de muchos que una vez pensaban en la misma forma que vosotros. Pero que cambiaron su disposición violenta y tirana, habiendo sido vencidos ya sea por la constancia de la que han sido testigos en las vidas de sus vecinos, o bien por el extraordinario dominio sobre sí mismos observado en sus compañeros de viaje cuando eran defraudados, o por la honradez de las personas con quienes realizaban transacciones comerciales".*[33]

Recordamos a una autora de tiempos más recientes que reconoció la irresistible fuerza de la bondad personificada en obras, como un inigualado instrumento evangelístico, al escribir:

> *"Si nos humilláramos delante de Dios, y fuéramos bondadosos, corteses, compasivos y considerados, habría cien conversiones a la verdad donde ahora hay una sola".*[34]

Del tributo que Dionisio de Alejandría presenta en un párrafo anterior a los obreros laicos en tiempo de plaga, pasamos a la práctica especializada médico-religiosa del exorcismo en la iglesia antigua, y al papel que los laicos desempeñaron en eso. El exorcismo y la renuncia al diablo y todas sus obras era una parte integral del rito bautismal, y el obispo pronunciaba las fórmulas. Pero además de este solemne exorcismo sacramental, existía el exorcismo terapéutico llevado a cabo por practicantes laicos carismáticos comunes. El ministerio de curación por medio de la oración a Cristo para echar fuera espíritus de locura y enfermedad siguiendo la pauta apostólica, es mencionado brevemente por Orígenes, quien dice: "Es mayormente gente sin preparación la que hace esta obra".

Ireneo estaba impresionado por la multiplicidad de dones que se ejercían dentro y fuera de sus congregaciones.

> *"Por lo tanto, los que son verdaderamente sus discípulos, que reciben gracia de él, llevan a cabo milagros en su nombre, con el fin de*

promover el bienestar de otras personas, según el don que cada uno ha recibido de él. Porque algunos cierta y verdaderamente echan demonios, y como resultado los que han sido limpiados de malos espíritus de este modo con frecuencia creen en Cristo y se unen a la Iglesia... ¿Y qué más puedo decir? Es imposible contar el número de dones que la Iglesia, esparcida en todo el mundo, ha recibido de Dios... y que ejerce día a día para beneficio de los gentiles, no engañándolos ni tomando ninguna recompensa de ellos. Porque así como ha recibido abundantemente de Dios, también ministra abundantemente en favor de otros".[35]

Los sanamientos eficaces figuraban entre las credenciales más convincentes de los cristianos que procuraban convertir a sus vecinos paganos. Veamos a continuación el papel de los laicos en la comunicación del Evangelio por medio del ejemplo y los preceptos.

Cuando pasamos de las buenas obras y el ejercicio de la disciplina a la comunicación de la tradición mediante el evangelismo misionero, la instrucción y la enseñanza, encontramos que ahí también, después de un período de plena participación con el clero ordenado, el papel de los laicos declinó, hasta que prácticamente se extinguió con la iniciación de la era de los grandes concilios.

Originalmente, "todos enseñaban" la fe redentora que les pertenecía, dice Ambrosiaster, al reflexionar en el período anterior a los obispos que como sucesores de los apóstoles vinieron para ejercer la función magisterial en la iglesia.[36] Por ejemplo, para el compilador de la *Didache,* el profeta y maestro llamado por Dios, claramente tiene que ser sostenido por los laicos. Las *Constituciones Apostólicas,* una colección de leyes eclesiásticas que datan de la segunda mitad del siglo cuarto, reflejan la conclusión de la tradición del maestro carismático cuando dictamina de mala gana que "aun si un maestro es un laico, si es hábil en la palabra y con hábitos de reverencia, dejad que enseñe".[37] Entre la *Didache* y las *Constituciones* podemos ubicar la emergencia transicional de la orden de enseñanza como el *choros* intermediario entre el clero y el laicado. Justino Mártir y Orígenes fueron maestros notables del "coro de maestros".

Justino Mártir, nacido de padres paganos en el primer siglo, estudió todo en filosofía, desde el estoicismo al platonismo y finalmente abrazó el cristianismo en el año 130. Enseñó en Efeso, pero posteriormente se trasladó a Roma y abrió un colegio cristiano. Veinticinco años después, durante el reinado de Marco Aurelio, él y algunos de sus discípulos fueron

denunciados como cristianos; y después de rehusar ofrecer sacrificios a los "dioses", fueron azotados y decapitados. La enseñanza y la predicación eran una parte aceptada del rol de Justino Mártir.

Tampoco le fue muy bien a Orígenes, un siglo más tarde. En una visita a Palestina los obispos de Cesarea le pidieron que predicara. Como era sólo un laico, se consideró eso como una transgresión de la disciplina eclesiástica alejandrina. En consecuencia, su obispo, Demetrio, lo hizo volver y en presencia de los obispos lo reprochó por predicar y enseñar, aun habiendo sido invitado. Orígenes aceptó de buena gana el reproche, y durante los doce años siguientes se dedicó sin interrupciones —como asignaciones magisteriales—, a las actividades literarias. Luego en el año 230 volvió a Palestina, donde fue ordenado como sacerdote por el mismo obispo que lo había invitado anteriormente a predicar. Nuevamente el pomposo Demetrio ejerció su desaprobación eclesiástica no sólo privándolo de su cátedra en Alejandría y degradándolo, sino además exiliándolo, no, como sus opositores aseveraron, por ofensas doctrinales, sino por la irregularidad de su ordenación. Nuevamente encontró asilo en Cesarea, donde estableció un colegio que alcanzó fama, y donde continuó su obra literaria y se dedicó a la predicación. Posteriormente, en el año 250, durante las persecuciones del emperador Decio, fue encarcelado y sometido a prolongadas torturas, a las que sobrevivió sólo pocos años.

Incidentalmente, el obispo de Orígenes, Demetrio, también reprochó a los obispos responsables (de Jerusalén y Cesarea) por permitir que un laico predicara y se sentara en la *cathedra* episcopal, el sillón en el que se sentaban los obispos para decidir las disputas. (Posteriormente, cuando el sillón se colocaba en una iglesia, esa iglesia recibía el nombre de catedral.) La defensa de sí mismos presentada por los obispos, fue preservada por Eusebio —obispo de Cesarea y llamado con frecuencia "padre de la historia de la iglesia", debido a su célebre obra *Historia eclesiástica*—, en un documento que sugiere que ese uso del sillón, a pesar de la magnanimidad de los obispos, en realidad estaba en vías de desaparición. Los obispos informan que Demetrio añadió en la carta que les dirigió:

> *"Nunca se había escuchado cosa semejante, ni tampoco había ocurrido hasta entonces, que los laicos debieran predicar en presencia de los obispos; aunque no sé por qué él dice lo que evidentemente no es verdad. Por ejemplo, donde se encuentran personas capaces de ayudar a los hermanos, también son invitadas a predicar al público por los santos obispos; por ejemplo... en Iconio, Paulino fue invitado*

por Celso, y en Synnada, Teodoro fue invitado por Atico, nuestros benditos hermanos obispos. Y es probable que este asunto suceda en otros lugares sin que nosotros lo sepamos".[38]

Más importante que las proezas de laicos eruditos como Orígenes era el rol de los laicos anónimos y menos doctos que según parece participaron activamente, no sólo en las sesiones disciplinarias de la iglesia, sino también en los sínodos efectuados para el esclarecimiento de la fe y la práctica recibidas. Nuestro material más interesante y concluyente tiene que ver con acciones relacionadas con Orígenes y en forma más general, con Egipto.

En un papiro registrado en forma estenográfica con el debate entre Orígenes y Heráclito, tenemos evidencias procedentes de las fuentes originales acerca de la modesta pero importante parte desempeñada por simples laicos en la formación de doctrinas; porque literalmente podemos oír al gran teólogo, que era esencialmente un laico, aseverar solemnemente en un sínodo árabe (convocado para tratar con problemas de la Trinidad y de la resurrección final):

"En conformidad con el permiso de Dios, en segundo lugar de los obispos y en tercer lugar de los presbíteros y los laicos, volveré a decir lo que pienso del tema".

Luego, después de resumir su posición, vuelve a referirse a los laicos:

"Si usted concuerda con estas declaraciones, también ellas con el solemne testimonio de los laicos deben hacerse legalmente obligatorias y establecidas".[39]

Pareciera que al final del sínodo las formulaciones doctrinales se establecieron formalmente, y la totalidad de la asamblea, incluso los laicos, las ratificaron. Además, los laicos probablemente tuvieron mucho que ver con la iniciación de las peticiones originales que ocasionaron el sínodo.

La competencia doctrinal de los laicos en el sentido de sentirse responsables por una fe explícita y por tener el derecho de exigir esclarecimiento acerca de puntos disputados de la tradición y la Escritura, de nuevo se advierte vívidamente en una carta del obispo Dionisio de Alejandría, que fue preservada por Eusebio. Un cierto Nepos, basándose en el libro de Apocalipsis, había estado enseñando un milenio en la carne. El concepto de la iglesia acerca del reino y del lugar de Apocalipsis en el canon de las Escrituras del Nuevo Testamento, que todavía no estaba

bien establecido, se encontraba de ese modo comprometido. El obispo habla de su traslado al centro de la región afectada, Arsinoe, para analizar la totalidad del problema en forma razonable y caritativa:

> *"Entonces, cuando llegué a la región de Arsinoe, donde, como usted sabe, esta doctrina de Nepos había prevalecido por largo tiempo, reuní a los presbíteros y a los maestros (laicos) de los hermanos de la aldea; había también presente hermanos que desearon venir; y los urgí a que llevaran a cabo públicamente el examen del asunto".*

A continuación sigue una descripción de una amistosa formulación de concesiones mutuas. Dionisio declara:

> *"La mayor admiración... por su firmeza, amor por la verdad, facilidad para seguir un argumento, e inteligencia manifestada durante nuestro planteamiento en orden y con paciencia de los diversos asuntos, las dificultades que se presentaban y los puntos de acuerdo; además, por una parte su negativa a aferrarse obstinadamente y a todo costo (aunque estaban evidentemente equivocados) a opiniones sostenidas anteriormente; y por otra parte su determinación a no eludir los contraargumentos, sino que hasta donde era posible abordar los asuntos que se tenían a mano y resolverlos".*[40]

Dionisio llega a admitir que no siempre podía comprender el libro de Apocalipsis, y reconoce además que "si uno es convencido por la razón" de parte de esos ingeniosos y serios presbíteros, maestros laicos y simples laicos, no se "avergonzaba de cambiar nuestra opinión (episcopal) y dar asentimiento".

Además de su enseñanza en clases de catequización y su competencia doctrinal limitada pero importante en sínodo, los laicos también se dedicaban a la comunicación directa del Evangelio, cada creyente por cuenta propia, y no era infrecuente que concluyeran en su propio martirio.

Harnack efectúa esta observación:

> *"Los misioneros más numerosos y exitosos de la religión cristiana no eran los maestros regulares, sino los cristianos mismos, a fuerza de su lealtad y valor. ¡Cuán poco oímos de los primeros y de sus resultados! ¡Pero cuánto acerca de los efectos de los últimos! Sobre todo, cada confesor y mártir era un misionero; no sólo confirmaban la fe de los que ya habían sido ganados, sino además reclutaban nuevos miembros mediante su testimonio y su muerte".*[42]

Hubo una niña esclava de Galia, llamada Blandina, cuya emocionante historia fue contada por testigos oculares en Viena, en el año 177 d.C., y su carta fue reproducida casi íntegramente por Eusebio.[42] Blandina era una reciente conversa, y su ama sentía temor no por su vida, sino por la posibilidad de que Blandina se retractara frente a la muerte. No tenía necesidad de preocuparse. Cuando la torturaron con diabólico ingenio, ella siguió diciendo: "Soy una mujer cristiana y nada malo sucede entre nosotros".

Quemada en una parrilla, echada a las bestias en la arena, forzada a presenciar el asesinato de sus compañeros cristianos, empalada en una estaca aguda, esta notable niña, "aunque estaba debilitada y era despreciada, se había revestido de Cristo, el grandioso e invencible atleta, y a través de numerosas pruebas ganó la corona de la inmortalidad". Finalmente fue despachada cuando la pusieron en una red e hicieron que un toro la hiciera acornear. Pero no murió antes de haber infundido suficiente valor en un muchacho de 15 años, llamado Ponticus, para que siguiera su ejemplo y también muriera en el martirio, y de haber orado ferviente y repetidamente por sus perseguidores. Si mujeres como éstas eran típicas en todas las capas sociales de la iglesia, no sorprende que el Evangelio venciera los enormes obstáculos en su progreso y comenzara a capturar al Imperio Romano.

Varios otros ejemplos servirán para reforzar el penetrante testimonio dado por Papylas, presumiblemente un miembro laico de la iglesia de Pérgamo, durante la persecución bajo Marco Aurelio, quien contestó orgullosamente al procónsul que le había preguntado si tenía hijos: "En cada distrito y ciudad tengo hijos en Dios. ¡Sí, y muchos de ellos, gracias a Dios!"[43]

Alejandro, el médico frigio renombrado en Galia por su amor a Dios y el valor con que hablaba, "porque no estaba sin su parte del don apostólico", animaba a los confesores hasta que él mismo fue detenido y llevado con ellos al anfiteatro.[44]

Marcelo, el centurión martirizado (muerto en 298), fue llevado ante la corte marcial bajo el prefecto de la guardia pretoriana. Pero su ejemplo de verdadero soldado al responder al enrabiado examinador, convirtió a Casiano, estenógrafo de la corte, quien, totalmente disgustado, arrojó al suelo su libro de notas y siguió el camino cristiano.[45]

En cuanto a los maestros misioneros, la mayor parte de ellos en esos días eran laicos antes que clérigos. Orígenes dice lo siguiente sobre el tema:

"Hasta donde pueden hacerlo, los cristianos no dejan piedra sin remover en su afán de difundir la fe en todas partes del mundo. Algunos, de hecho, han efectuado el trabajo de ir no sólo a las ciudades, sino también a las aldeas y casas de campo para hacer que otros mostraran su devoción hacia Dios. Nadie podría decir que lo hacían por interés en las riquezas, puesto que en ocasiones ni siquiera aceptan dinero para sus necesidades de la vida; y si alguna vez se sienten compelidos a aceptarlo por necesidad, se conforman con lo indispensable, y nada más, aunque hay varias personas que están dispuestas a compartir con ellos y darles más de lo que necesitan".[46]

Pero un observador más elocuente es Celso, el enemigo filosófico de la cristiandad, cuyas acusaciones fueron refutadas por Orígenes, quien dedicó una obra importante a ese fin. Las desdeñosas caricaturas que hace Celso de la gente insignificante (hombres, mujeres y niños) quienes estaban siempre dispuestos a morir como mártires, que llevaban el Evangelio hasta los últimos rincones de la sociedad y que, aunque anónimos y despreciados por los observadores cultos e informados como este publicista filosófico, probablemente hicieron más aun que los obispos, los apologistas y los teólogos, para preparar la repentina conquista del mundo greco-romano en el cuarto siglo por parte del cristianismo. Celso escribe:

"En las casas privadas vemos obreros de la lana, zapateros, lavanderas y los campesinos más iliteratos y bucólicos, que no se atreverían a decir nada frente a sus mayores y más inteligentes amos. Pero cuando se reunían privadamente con los niños o mujeres de edad, hacían asombrosas declaraciones como, por ejemplo, que no debían prestar atención a su padre ni a sus maestros de la escuela, pero deben obedecerles; dicen que ellos hablan necedades y carecen de comprensión, y que en realidad no saben o son incapaces de hacer algo bueno, pero les encanta la plática vacía y sin sentido. Pero dicen, en cambio, que sólo ellos conocen la forma correcta de vivir, y que si los niños les creen se pondrán felices y también harán felices sus hogares".[37]

Un escritor filosófico describe aquí, mejor de lo que suponía, aunque despreciativamente, cómo en efecto fue la gente insignificante, los hombres y mujeres laicos del período post-apostólico, la que con su testimonio espontáneo ocasionó la asombrosa extensión del cristianismo.

El historiador anticristiano del siglo dieciocho, Edward Gibbon, reconoció que la evangelización era una urgencia intrínseca del cristiano, y afirmó: "Llegó a ser el deber sagrado de un nuevo converso difundir entre sus amigos y amistades la bendición que había recibido".[48] "Así que las iglesias eran confirmadas en la fe, y aumentaban en número cada día" (Hech. 16:5).

---

[1] Una historia similar fue referida por el decano Inge en la revista *Evening Standard* (Londres), 14 de agosto, 1944.

[2] Adolph Harnack, *Princeton Review,* 1 (1878), p. 269.

[3] Stephen Neil, *A History of Christian Missions* (Aylesbury Books, Hacell Watson & Viney Ltd., 1971), p. 24.

[4] Adolph Harnack, *The Expansion of Christianity in the First Three Centuries* (Nueva York: G. P. Putnam's Sons, 1904), t. 1, pp. 57-58.

[5] Ver: Tertuliano, *Apologet,* 37; Justin Martyr, *Dialogue With Trypho,* c. 117; Irenaeus, *Haeres,* I. qo; Arnobius, *Dis. adv. Gentes,* I. 16.

[6] Neill, *A History of Christian Missions,* p. 25.

[7] Eusebio, *An Ecclesiastical History,* trad. Rev. C. F. Cruse (Londres: Samuel Bagster & Sons, 1867), lb. II, cp. II, p. 72.

[8] *Ibid.,* lb. III, cp. xxxvii. p. 140.

[9] Kenneth Scott Latourette, *The Mission and Expansion of Christianity* (Nueva York/Londres, 1937), t.1. p. 117.

[10] R. W. Southern, "The Church of the Dark Ages (600-1000)", en *The Layman in Christian History,* ed. Stephen Neill y Hans-Ruedi Weber (Filadelfia: Westminster Press, 1963), p. 88.

[11] Ver: Clemente de Roma, *The Apostolic Fathers* (Londres: William Heineman, 1928). t. 1, pp. 48-51.

[12] Ignacio, *To the Trallians,* t. 3.1, 2; en Cyril C. Richardson, ec. y trad., *Early Christian Fathers,* The Library of Christian Classics, t. l (Filadelfia: Westminster Press, 1953), p. 99.

[13] Ignacio, *To Smyrnaeans,* 8.1, 2; en Early Christian Fathers, p. 113,

[14] Ignacio, Adversus Haereses, IV. xxvi.2; en S. L. Greenslade, ed. y trad., *Early Latin Theology,* The Library of Christian Classics, t. 5 (Filadelfia: Westminster Press, 1956), p. 72.

[15] Ignatius, Adversus Haereses, V.xxxiv.3, citado por George H. Williams, "The Ministry of the Ante-Nicene Church (ca. 125-325)", en *The Ministry in Historical Perspectives,* ed. H. Richard Niebuhr y Daniel Day Williams (Nueva York; Harper & Bros., 1956), p. 36.

[16] Anthony Hanson, *The Pioneer Ministry: The Relation of Church and Ministry* (Filadelfia: Westminster Press, 1961), p. 117.

[17] George H. Williams, "The Ministry of the Ante-Nicene Church (ca. 125-325)", en *The Ministry in Historical Perspectives,* ed. H. Richard Niebuhr y Daniel Day Williams (Nueva York: Harper & Bros., 1956) p. 45.

[18] Reinhold Seeburg, *History of Doctrines in the Ancient Church,* Textbook of the History of Doctrines, t. 1 (Grand Rapids, Míchigan: Baker Books House, 1952), p. 177.

[19] Justino Mártir, *Dialogue With Trypho,* cxvi; en Alexander Roberts y James Donaldson, eds., *The Ante-Nicene Fathers* (Nueva York: Charles Scribner's Son, 1926), t. 1.

[20] Arístides, *Apol. II*

[21] Tertuliano, *De baptismo, 7.*

[22] *Ibid.,* 17.

[23] Tertuliano, *On Prescription Against Heretics,,* xli.

[24] Crisóstomo, S. Juan. *Homily on 2 Cor.:* en *The Nicene and Post-Nicene Fathers* serie 1, t.

XII, tr. Ph. Schaff y H. Wace (Grand Rapids, Mich: Eerdmans Publishing Co., 1955), 111, 7.

[25] The Didache; en J. B. Lighfoot, ed. y trad., *The Apostolic Fathers* (Grand Rapids, Míchigan: Baker Book House, 1965), p. 126.

[26] Ambrosiaster, *Commentary on Ephesians,* en *Texts and Studies,* t. 7, No. 4 (Cambridge University Press, 1905), iv. 11.

[27] Jerónimo, *Dialog contra. Lucifer.*

[28] Justino Mártir, *Dialogue With Trypho*, cxvi-cxvii.

[29] B. S. Eaton, tr., *Apostolic Tradition of Hippolytus* (Cambr.: University Press, 1934), p. 33.

[30] Policarpo, *The Letter of St. Polycarp,* 11.

[31] Tertuliano, Apol. 39; citado en *A New Eusebius,* ed. J. Stevenson (Londres: SPCK, 1968), pp. 174-175.

[32] Dionisio, *A Letter to the Brethren,* c. 252; en Eusebio, *Eclesiastical History,* vii, 22, 7f.

[33] Justino Mártir, Apology i.16; citado en Stevenson *A New Eusebius*, p. 61.

[34] Ellen G. White, *Testimonies,* t. 9, p. 189.

[35] Ireneo, *Adv. Haer. ii,* 32.4; cf. Aristides, *Apol. xv* (Versión siriaca).

[36] Ambrosiaster, *Commentary on Eph. 4:11.*

[37] *Apostolic Constitutions,* viii. 31

[38] Eusebio, *Ecclesiastical History,* vi, 19, 18.

[39] Jean Scherer, ed., *Library of Christian Classics,* t. 2, p. 128.

[40] *Ibid.,* p. 134.

[41] Harnack, *Princeton Review,* 1 (1878), p. 458.

[42] E. C. E. Owen, *Some Authentic Acts of the Early Martyrs* (Oxford, 1927), pp. 42f.

[43] E. C. E. Owen, *Some Authentic Acts of the Early Martyrs* (Oxford, 1927), pp. 42f.

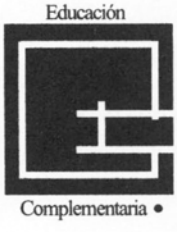
[44] Eusebio, *Ecclesiastical History,* v. 1, 49.

[45] Owen, *Some Authentic Acts of the Early Martyrs,* p. 121.

[46] *Contra. Cel.* iii.55.

[47] Citado por Orígenes, *Contra. Cel.* iii.55.

[48] Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire* (Nueva York: The Heritage Press, 1946), t. 1. p. 152).



Tarea

1. *Explique cómo el cristianismo floreció en el medio hostil del mundo romano. ¿Cuál piensa usted que fue el factor clave de este crecimiento fenomenal?*

2. *Describa la gradual diferenciación del "pueblo de Dios" en laicos y clérigos. ¿ Cuándo comenzó? ¿Qué influencia ejerció Ireneo en esta tendencia que estratificó la iglesia en creyentes de clase "alta" y de clase "baja"?*

3. *¿Mediante qué acto fueron los "laicos" del siglo tercero alistados en el "sacerdocio real"? Identifique al padre de la iglesia que promovió este rito. ¿Aumentaría la restitución de este rito el nivel de participación de nuevos creyentes? ¿Cómo incorporaría usted esa ceremonia en la forma tradicional en que se practica el rito?*

Capítulo 3

Somos Embajadores de Cristo

Un joven pastor se paseaba nerviosamente por su casa la noche antes de predicar su primer sermón. De pronto se lamentó: "Soy indigno de este elevado honor. Es pura presunción de mi parte pensar que puedo recomendar a otros un estilo de vida mejor". Su esposa lo abrazó con ternura y le dijo: "Querido esposo, lo único que tienes que hacer es *hablar* de Dios, y no *ser* Dios".

La pregunta que surge en la mente es ésta: "¿Qué es un pastor? Un estudio de tres años de duración y de un costo de medio millón de dólares ha determinado las cualidades que los feligreses norteamericanos y canadienses desean encontrar en sus jóvenes ministros y sacerdotes. Un informe preliminar resumía las conclusiones de este modo:

> *"El pueblo de Dios no está buscando un pequeño dios o alguien que pretenda ser perfecto. Más bien busca a alguien que sea capaz de hacer frente a todas las limitaciones humanas y que sin embargo sea un instrumento del testimonio y el servicio de Dios en el mundo necesitado".*[1]

En 1960, bajo la dirección de la Asociación Norteamericana de Colegios de Teología, se estableció un centro para *El Estudio de la Educación Teológica en los Estados Unidos y Canadá.* La comisión dirigida por H. Richard Niebuhr y Daniel Day Williams, había sondeado el enigma de la incapacidad de la iglesia para determinar lo que un ministro debía ser.[2] Los estudiantes seminaristas tienen sólo una vaga noción acerca de la naturaleza de la vida congregacional y las exigencias del ministerio en sus situaciones futuras como encargados de una parroquia.

No escasean las personas que confían en que pueden definir el rol del "ministro", pero cuando ponen sus explicaciones por escrito tan sólo añaden nueva evidencia de que la iglesia se encuentra profundamente

confundida en lo que atañe a su ministerio. "¿Qué es un ministro?" pregunta James D. Smart al intentar una definición:

> *"Es un evangelista. Es un predicador. Es un sacerdote. Es un administrador religioso. Es un reformador social. Es un director de empresas valiosas para la comunidad. Es una especie de psiquiatra aficionado. Es un educador. Es un intérprete de la vida más o menos en la onda del poeta. Es la voz de la conciencia de la comunidad. Es el custodio de los valores de la civilización democrática. Es un hombre de sabiduría y virtud superiores cuya tarea de cada semana consiste en mostrar a los hombres y las mujeres cómo vivir con mayor sabiduría y virtud.*[3]

¿Causa admiración que ministros jóvenes, y algunos no tanto, se encuentren arrastrados en una docena de direcciones diferentes en su esfuerzo por procurar satisfacer las exigencias del ministerio?

Por supuesto que estas elevadas exigencias que pesan sobre el ministerio no carecen de tremendas consecuencias. Un pastor le pidió a su ayudante, hombre de edad, que pusiera el título de su sermón en la pizarra de los anuncios: "¿Están los ministros perdiendo la razón?" El ayudante, que no oía bien, puso así el anuncio: "¡Nuestro ministro está perdiendo la razón!"

Se ha argumentado que las exigencias que pesan sobre el ministro siempre han sido grandes. Si usted hubiera sido un ministro en una diócesis de Crisóstomo, en el siglo cuarto, habría tenido en su biblioteca un ejemplar de su "Opúsculo para el Sacerdocio". En él, Crisóstomo define claramente el rol del ministro como sigue:

> *"El instructor de su pueblo por medio del púlpito, como hábil teólogo, debe ser capaz de refutar a los herejes y los paganos. Como predicador tendrá que competir con las tragedias y los entretenimientos musicales [la contraparte antigua de la televisión]. Tiene una función pastoral y debe ser capaz de mezclarse con hombres de todas las profesiones. Si no hace visitas cada día algunos se sentirán indeciblemente ofendidos. Debe distribuir su sonrisa con total imparcialidad, y no exagerarla con nadie en particular. Las vírgenes están bajo su cuidado, y debe tratar de mantenerlas confinadas en sus hogares, excepto en caso de una necesidad inexorable. Las viudas pondrán a prueba su paciencia, puesto que son locuaces y quejumbrosas. Debe visitar a las mujeres casadas cuando*

están enfermas, reconfortarlas cuando están afligidas, y reprobarlas cuando están ociosas; y en todo esto, debe andar con cuidado y reconocer que las mujeres castas pueden ser más perturbadoras aún que las sensuales".

Con un conjunto de calificaciones tan formidable, ¿cómo podría un hombre satisfacer las expectativas de una compleja parroquia moderna?

La respuesta para este problema multifacético puede encontrarse en un enfoque más *integrado* del ministerio. Este concepto cuenta con el respaldo del Nuevo Testamento y sugiere que el ministerio cristiano es en uno de sus aspectos mejor comprendido como un "ministerio" para los ministros. Por lo tanto, el "ministerio" pertenece a la totalidad de la iglesia y no es responsabilidad exclusiva de una élite clerical que ya está sobrecargada. La tarea total de la iglesia se agrupa en dos categorías; edificación y testimonio. La tarea de edificación —el compartir y edificarse mutuamente de los cristianos— incumbe a cada creyente como miembro del cuerpo de Cristo y es llevada a cabo mediante una variedad de procesos como la adoración, la conversación, la vida familiar y las asociaciones de negocios.

El testimonio, que es la otra dimensión de la tarea de la iglesia, se refiere a su extensión hacia el mundo. El término se aplica a la manifestación de la fe y la vida del cristiano que comenzaron en él por medio de Cristo. Por lo tanto, se aplica a la obra de edificación, pero se refiere en particular a la ganancia de hombres y mujeres para Cristo, ya que el cristiano recomienda en primer lugar el Evangelio por su vida y luego habla de él para que los demás oigan. Pero que nadie argumente: "¿Qué es más importante en el acto de testificar: la vida que vivo o las palabras que hablo?" Esta pregunta pone la consecuencia de nuestras vidas y nuestro testimonio hablado en una falsa antítesis. Es como preguntar cuál de las dos alas de un avión es más importante, la derecha o la izquierda. Resulta obvio que ambas son indispensables, y no se tiene nada sin las dos. La vida y la voz son inseparables en un testimonio efectivo para Cristo. En efecto, "cuando atesoramos el amor de Cristo en el corazón, así como una dulce fragancia, no puede ocultarse", y "tan pronto como uno acude a Cristo nace en el corazón un vivo deseo de hacer saber a otros cuán precioso amigo encontró en el Señor Jesús. La verdad salvadora y santificadora no puede permanecer encerrada en el corazón... No podremos guardar silencio. Si hemos probado y visto que el Señor es bueno, *tendremos algo que decir a otros".*[4] Entonces, hablar del Evangelio

en forma que edifique a los creyentes y gane a los incrédulos, es una extensión natural, si no lógica, de la experiencia personal del cristiano, un deber que no necesita ser legislado.

La renuencia de muchos ministros a compartir su "ministerio" está bien ilustrada en una experiencia de Carlos Wesley con un cierto arzobispo Robinson, de Londres. El arzobispo, hablando del hermano de Carlos, Juan, comentó: "Conocí bien a su hermano Juan. Nunca podré dar crédito a todo lo que he escuchado acerca de él y de usted; pero una cosa en su comportamiento nunca podré explicármela, y es el hecho de que usted emplee a laicos".

—Excelencia —replicó Wesley—, usted y sus hermanos tienen la culpa.

—¿Cómo es eso? —inquirió el obispo.

—Porque usted no habla, y las piedras claman.

—Pero me han dicho —continuó el primado, esperando quedar con la última palabra—, que son hombres incultos.

—Algunos lo son —replicó Wesley— y también un pobre burro reprochó al profeta.

Pero el arzobispo no era el único que sentía repugnancia por el ministerio laico y la predicación laica. Juan Wesley mismo, al comienzo pensaba que era escandaloso. Se impedía que los laicos participaran en los deberes del "púlpito", aun cuando las "Bandas y Sociedades" —las asambleas de los seguidores de Wesley— eran dejadas a su cuidado durante la ausencia de Juan y Carlos. En cierta ocasión Juan se encontraba de viaje, y el grupo de Londres quedó a cargo de un laico, Thomas Maxfield. Los deberes de Maxfield habían sido limitados a leer y explicar las Escrituras. Pero bajo ninguna circunstancia debía suponer que podía predicar. Sin embargo, en esta ocasión hizo algo sin precedentes: predicó. Cuando Juan lo supo, se apresuró a regresar a Londres. El autoritario dirigente del metodismo no estaba de buen talante. Cuando entró intempestivamente en la fundición en Mill Hill, tropezó con su madre. Se le notaba en el rostro su descontento. Susana le preguntó cuál era la razón, y Wesley replicó fríamente: "Me he enterado de que Maxfield se ha hecho predicador". Su madre contestó: "Cuidado con lo que haces con respecto a ese joven, porque ha sido llamado a predicar por Dios, tan ciertamente como tú. Examina cuál ha sido el fruto de su predicación, y escúchalo tú mismo".

Ese fue el sabio consejo que la madre de Wesley dio a su hijo cuando estaba por desanimar a un joven converso que, lleno de celo por el

Evangelio, había comenzado a exhortar a otros. El sacerdotalismo ritualista de Juan siempre estaba en pugna con la dirección del Espíritu Santo; pero esta vez admitió sensatamente: "Es el Señor. Que haga lo que le parezca bien. ¿Quién soy yo para oponerme a Dios?" Posteriormente fue constreñido a decir: "Pensamos que los que han sido llamados solamente por Dios y no por el hombre, tienen más derecho de predicar que los que han sido llamados solamente por el hombre y no por Dios. Los clérigos que condenan a las almas me someten a más dificultades que los laicos que salvan a las almas".

La iglesia actual ha heredado en diversos sentidos esta tradición de exclusivismo ministerial. Sin embargo, hay que evaluar constantemente la práctica actual, comparándola con el concepto bíblico de "ministerio".

Aunque el Nuevo Testamento es particularmente abundante en sinónimos para denotar el acto de servir, la palabra característica para "ministerio" es *diakonía.* Es la forma favorita para referirse inclusivamente a las actividades fundamentales de la iglesia. Examinaremos brevemente dos pasajes en los que aparece *diakonía.*

El primero se encuentra en 2 Corintios 5:16-20: "De manera que nosotros de aquí en adelante a nadie conocemos según la carne... De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación... Y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogara por medio de nosotros". Este pasaje es reconocido como el estatuto del ministro ordenado para proclamar la Palabra de reconciliación. ¿Sería posible considerar esta declaración como también un estatuto para el ministerio de *todos* los cristianos, laicos y ministros por igual?

"Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación".

¿Qué conclusión extraemos del uso de estos pronombres en plural? ¿A quiénes reconoce Pablo como comisionados con el ministerio de la reconciliación? Con asombrosa unanimidad los comentaristas rehusan ver en el segundo "nos" un uso inclusivo del pronombre plural. Pablo se está refiriendo a sí mismo, o a sí mismo juntamente con sus colaboradores; sin embargo, no incluye a sus lectores. Moffatt hasta tradujo el plural por el singular: "Y todo esto proviene de Dios, quien *me* reconcilió consigo mismo por Cristo, y *me* dio el ministerio de la reconciliación". El que Pablo se refiera a sí mismo con el pronombre plural en numerosas ocasiones

es obvio. El que se refiera a sí mismo en el contexto también resulta claro. Notemos el vers. 16: "De aquí en adelante a nadie conocemos según la carne". Notemos también el vers. 20: "Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros". Sin embargo el contexto inmediato debiera rendir la traducción de Moffatt por lo menos dudosa. "De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es... Y todo esto proviene de Dios, quien *nos* reconcilió consigo mismo por Cristo". Además, "al mundo", que en el vers. 19 se refiere como siendo reconciliado con Dios en Cristo, parece ser el "nos" del vers. 18 extendido hasta sus límites máximos. Parece extraño que los numerosos comentaristas, mientras reconocen la función inclusiva del pronombre en la primera mitad de 2 Cor. 5:18, sin embargo restringen el segundo "nos" a Pablo o a Pablo y sus compañeros. ¡Esta gimnasia mental desafía la razón! Nos movemos del "alguno" con sentido muy general del vers. 17, a un "nos" inclusivo en el versículo siguiente y en el mismo segmento sintáctico, y procedemos de inmediato en el vers. 19 a la expresión "al mundo". El que la mayoría de los comentaristas hayan elegido apoyar este punto de vista es una fuerte evidencia de la fuerza de la preconcepción dogmática. Convierten el ministerio de la reconciliación en la función exclusiva del clero ordenado y no pueden conceder que Pablo esté enseñando de otro modo.

El segundo pasaje que hemos seleccionado en el que *diakonía* ocurre en Efesios 4:8-13 y que dice: "Por lo cual dice: Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad, y dio dones a los hombres. Y eso de que subió, ¿qué es, sino que también había descendido primero a las partes más bajas de la tierra? El que descendió, es el mismo que también subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo. Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y ma -estros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo". La Versión Moderna rinde de este modo el vers. 12: "Para el perfeccionamiento de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo". La diferencia con la Versión Reina-Valera, 1960, es que pone correctamente una coma al final de la frase "para la obra del ministerio", con lo que el versículo consta de tres frases, y no de dos como en la otra versión. La puntuación en la Versión Moderna, y también en diversas versiones en otros idiomas, sugiere que las *tres frases* del vers. 12 deben considerarse

paralelas. Una vez más en este caso existe cierta ambigüedad en el uso de la palabra en su contexto, pero aquí la mayoría de los comentaristas cree que Pablo está atribuyendo el "ministerio" a todos los creyentes. Cristo ha dado sus servidores a la iglesia por *tres razones estrechamente coordinadas:* (1) para perfeccionamiento de los santos, (2) para la obra del ministerio, (3) para la edificación del cuerpo de Cristo. La variación en las preposiciones que ocurren entre la primera y la segunda cláusulas (*pros y eis*) no indica necesariamente una falta de paralelismo de pensamiento. Los comentaristas que creen que *diakonía* aquí, como también en 2 Corintios 5, se refiere a un *ministerio oficial* de la Palabra, naturalmente favorecen esta rendición. En un contexto como éste se afirma que cuando los cargos o funciones de la iglesia están en discusión, *diakonía* sólo puede significar servicio oficial; lo cual no pertenece a los santos en general. Sin embargo, como ya se hizo notar, la mayor parte de los comentaristas prefieren ver progreso y desarrollo de pensamiento en este pasaje, en el que la segunda frase surge de la primera, y la tercera sugiere el objetivo final de la ministración de Cristo mediante los santos mismos para la obra del ministerio.

La ausencia de puntuación en este pasaje en griego entre la primera y la segunda frase añade peso a la interpretación. Pero —y esto es una cosa curiosa— si *diakonía* aquí describe a todos los santos, entonces, se nos dice, se refiere a la *mutua ministración de los santos* mediante obras de amor y *no* se refiere al "ministerio de reconciliación". ¿Por qué no? ¡Porque ésta es una función oficial!

De modo que esto se puede tomar en ambos sentidos. Si la *diakonía* en cuestión es el ministerio de la Palabra, entonces debe referirse a los *servidores oficiales* de Cristo en la iglesia; pero si el contexto sugiere la atribución de la *diakonía* a todos los miembros de la iglesia, entonces debe referirse a algún *ministerio secundario.*

Una u otra de estas dos interpretaciones de los pasajes mencionados puede o no ser correcta. No es mi propósito discutir el significado de una sola palabra en dos contextos dados. La verdad exegética nunca se encuentra a lo largo de ese camino. En cambio mi propósito ha sido señalar dos importantes hipótesis que sirven de fundamento a la mayor parte de estas interpretaciones y que dictan el entendimiento del ministerio en las mentes de la mayoría de nosotros, la mayor parte del tiempo. Estas hipótesis fundamentales son como sigue: (1) Hay dos ministerios: uno es el ministerio de la Palabra, el otro es la ministración del amor. (2) El *ministerio de la Palabra* está ligado al oficio del ministerio; el *ministerio del*

amor es un ministerio general entre todos los santos.

Con cierta vacilación y con plena comprensión de que la verdad aquí no puede confinarse a ningún conjunto de proposiciones, quisiera ofrecer dos contrahipótesis o tesis: (1) El ministerio esencial de la iglesia es el ministerio de reconciliación. (2) El ministerio de reconciliación pertenece a todos los santos de Dios, tanto como un privilegio como una obligación.

Si estas hipótesis resultan correctas, por lo menos aproximadamente, entonces los servidores *oficiales* de Cristo en realidad podrían muy bien considerarse como "ministros" para los ministros.

Elena G. de White define positivamente el rol y la función del ministro "oficial" con una asombrosa especificidad cuando escribe:

> *"Los ministros... tienen una obra más amplia de lo que muchos se imaginan. No sólo han de servir al pueblo, sino también enseñar a servir. No sólo han de instruir a sus oyentes en los buenos principios, sino también educarlos para que sepan comunicar estos principios... Todo miembro de iglesia debe empeñarse en alguna manera de servir al Maestro".*[5]

A continuación la autora señala la razón que causa la falta de participación de muchos de los miembros: "Muchos trabajarían con gusto si se les enseñara cómo empezar". Necesitan instrucción y aliento".[6] La declaración que sigue refleja con impactante franqueza un sentimiento expresado anteriormente: "la obra de Dios está siendo retardada por una incredulidad increíble en su poder para usar a la *gente común* para hacer avanzar con éxito su obra".[7] ¿Estaba Elena de White consciente de una tendencia de parte de los ministros "oficiales" a "acaparar el mercado" y excluir a los laicos de un rol de "ministerio" activo? Si se obedece el consejo según el cual "cada iglesia debe ser escuela práctica de obreros cristianos",[8] entonces realmente el ministro *oficial* será un "ministro" ocupado en el negocio de preparar ministros.

Pero volvamos a la interpretación de *diakonía* en los casos en análisis. Es verdad que no siempre hace énfasis sobre la obra del amor activo. 2 Corintios 16:15; Hechos 21:19. Esto está en conformidad con el significado original de la palabra. *Diakonía* denota básicamente servicio prestado en la mesa; un *diákonos* es un servidor en una mesa. De modo que cuando en Hechos 6 se contraste un servicio de la Palabra con el servicio en la mesa, es probable que parte del significado original se adhiera al concepto anterior de servicio como también al concepto posterior en este contexto;

es la copa de la vida lo que se ofrece en la proclamación del Evangelio. Especialmente esclarecedor es el conjunto de pasajes en los que *diakonía* o uno de sus cognados se refiere a la recolección apostólica de dinero para los necesitados de la congregación de Jerusalén. (Ver Hechos 11:29; 12:25; Romanos 12:30-32.) *Diakonía* se refiere aquí a una obra de amor muy específica.

La palabra, sin embargo, puede usarse debidamente para indicar cualquiera y toda obra de servicio como las que Jesús hizo: "Entonces también ellos le respondieron diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, sediento, forastero, desnudo, enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá diciendo: De cierto os digo que en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis" (Mat. 25:44-45). Entonces existe cierta validez en aislar un ministerio de amor activo de otras formas concebibles de servicio.

También es cierto que *diakonía* se emplea para referirse a oficios específicos de la iglesia, especialmente el oficio de *apóstol.* (Ver Hechos 1:17, 25; 20:24; 21:19; Romanos 11:13; 2 Corintios 4:1.) Además, el servicio de la *Palabra* y el servicio de *amor* en algunos casos se emparejan en una forma que podría sugerir una división del trabajo. Notemos 1 Pedro 4:10-11: "Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios le da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos". La multiforme gracia de Dios causa la impresión de resolverse en la *expresión de palabras,* por una parte, y en la *prestación de servicios,* por la otra.

El ejemplo más claro de una división del trabajo, por cierto, es el pasaje ya mencionado de Hechos 6:2-4: "Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es bueno que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas... Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes encargaremos de este trabajo. Y nosotros persistiremos en la oración y en el ministerio de la palabra". Aunque el título *diakoníano* se emplea para designar a los siete, la mayor parte de los comentaristas y muchos historiadores de la iglesia ven en este relato el primer comienzo del *diaconato* que surgió posteriormente. Esto puede ser correcto. Sin embargo sería erróneo suponer una división de trabajo absoluta entre los siete y los doce, ver a los siete confinarse

exclusivamente al bienestar físico de la congregación, y a los doce dedicarse únicamente a su bienestar espiritual. El propósito principal de Lucas al referir esta historia *no* es dar información etiológica para el *diaconato*; en cambio, su preocupación principal es relacionar a sus lectores con Esteban y Felipe, dos de los siete. Esteban, lejos de confinar su actividad al servicio de bienestar, podría muy bien considerarse como el primer teólogo creativo de la iglesia apostólica. Fue él quien extrajo la implicación universalista del Evangelio, lo cual le costó la vida. Era odiado, no por lo que hizo sino por lo que dijo. Fue muerto, no por ser un dirigente de las Dorcas, sino más por ser un predicador. "Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este lugar santo y contra la ley" (Hech. 6:13). Y desde el punto de vista particularista judío, los testigos falsos estaban en lo correcto. En el caso de Felipe, es el primer misionero que puede mencionarse. "En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén; y todos fueron esparcidos por las tierras de Judea y de Samaria, salvo los apóstoles... pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio" (Hech. 8:1-4). Felipe fue a Samaria y allí proclamó a Cristo. Es digno de notarse que el ministerio de la Palabra era tan escasamente responsabilidad exclusiva de los doce apóstoles, que enviaron específicamente a uno de los siete como el primer misionero. Lo que es aún más notable, es que él es uno solo entre una hueste anónima de misioneros laicos. John R. Mott hace esta observación:

> *"El comerciante convertido compartía con los miembros de su oficio el conocimiento de su recién encontrado Salvador. El soldado contaba a otros miembros de su legión acerca del Cristo maravilloso. El discípulo discutía con su maestro y sus compañeros la verdad cristiana que se había arraigado en forma tan poderosa en él. El esclavo que había caído bajo la influencia de Aquel que había venido a proclamar libertad a los cautivos, no podía refrenarse de mostrar al Gran Libertador. En cualquier parte donde fueran esparcidos los discípulos, la evidencia multiplicaba al cristianismo como levadura que leudaba la masa para la conversión de un hogar tras otro.*[9]

La descripción que Cristo hizo de sus seguidores reviste interés singular. Por ejemplo: "El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo" (Mat. 23:11). "Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, ahí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará" (Juan 12:26). En un estudio efectuado sobre este tema, leemos:

> *"Todos los cristianos son diakonía,* ***ministros, llamados a un ministerio...*** *Todo el énfasis se encuentra en diakonía, el ministerio de todos los miembros, porque la iglesia como un todo se encuentra bajo el mismo distintivo de su Señor, el servicio".*[10]

Con eso llegamos al meollo del asunto. Todos los seguidores de Cristo son ministros y servidores, porque él, que vino en forma de siervo, los ha llamado a seguir en sus pasos. "Yo estoy entre vosotros como el que sirve", dijo él. "El que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo" (Mat. 20:26-27).

¿Cuál es el argumento que respalda este precepto imperativo? "Como el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos" (Mat. 20:28). Según esto, esta declaración deja de ser un imperativo y se transforma en una *descripción* de cualquier vida vivida en comunión con el Siervo sufriente.

Este concepto es fundamental, porque hace comprender que la vida de todo miembro de la iglesia es, para emplear la frase de Manson, "una continuación del ministerio mesiánico".[11] Esto significa su continuación *por* el Mesías. Ser cristiano auténtico, estar en Cristo y en su cuerpo, significa ser un ministro:

> *"Los mensajeros de Dios han sido comisionados a encargarse de la misma obra que Cristo hizo mientras estuvo en la tierra".*[12]

Nuestra primera tesis según la cual el ministerio de la Palabra es básicamente *uno,* a saber, el ministerio de la reconciliación, está confirmada por nuestro Señor. El anduvo entre nosotros como *diákonos,* de modo que toda su vida, tanto en palabra como en obra, fue una *diakonía,* un ministerio. Nuestra segunda tesis, según la cual todos los cristianos participan en el ministerio esencial de la iglesia, también tiene la corroboración de la imperiosa Palabra del Señor de la iglesia. Esto se comprende mejor con ayuda de la cruz:

> *"Todas las facetas del ministerio de Jesús alcanzan su expresión culminante en la cruz. Aunque parezca extraño, fue en su muerte donde su ministerio se cumplió con la mayor manifestación de poder. Nuevamente nos encontramos con la unicidad del Evangelio, el ministerio y la persona. La cruz, por medio de la cual los hombres intentaron silenciar definitivamente a Jesús, se convirtió en la revelación del misterio de quién era él y del instrumento mediante el cual él completó su ministerio de reconciliación".*[13]

En la iglesia, las buenas nuevas y las buenas obras no pueden separarse: el ministerio de la Palabra y el ministerio del amor en acción. Todo ministerio cristiano es básicamente uno; es un ministerio de reconciliación. Kraemer lo señala significativamente en la siguiente frase: "La iglesia no tiene un ministerio, sino que *es* un ministerio".[14]

El ministerio esencial de la iglesia, entonces, es éste: "el ministerio de reconciliación". Todos los cristianos son comisionados con este ministerio. ¿Pero cuál es la relación de esta función ministerial universal con el oficio del ministerio? O bien, dicho en forma diferente, ¿cuál es la relación del *ministro llamado* de la Palabra con la *congregación ministradora?* Esta pregunta ha sido contestada de diversos modos. Nos limitaremos a presentar dos puntos de vista definidamente antitéticos, y buscaremos una síntesis en la comprensión del oficio como un ministerio para los ministros.

Primero, lo que podría rotularse el *punto de vista protestante inferior* es explicado por Donald Miller:

> *"El oficio sacerdotal es compartido por todos los cristianos. En consecuencia, el ministerio oficial de la iglesia no tiene una condición diferente de la del laico. La diferencia es únicamente de función. Además, la función especial de ministrar la palabra y administrar el sacramento pertenece al ministerio solamente en virtud del hecho de que la iglesia los ha dedicado como sus representantes en este respecto. Aparte de consideraciones prácticas, sería innecesario que existiera un orden ministerial separado en la iglesia. Pero para dar a los hombres tiempo para un estudio prolongado de la fe a fin de que puedan predicar y enseñar el Evangelio, y manifestar orden y decoro en los servicios de adoración y en la administración de los sacramentos, la iglesia ordena a los ministros para que hagan estas cosas en su nombre. Pero esto de ningún modo los exalta a una posición diferente de la de los demás".*[15]

Según este concepto el oficio del ministerio es nada más que un arreglo prudente de la iglesia, pero de ningún modo es indispensable para la vida de la iglesia.

Segundo, también está el *punto de vista católico superior,* articulado por J. V. Langmead Casserly:

> *"Donde quiera que los laicos están capacitados y dispuestos a aceptar su propia medida de responsabilidad pastoral, evangelística y*

teológica, es inútil y erróneo negar semejante representación. Por otra parte de ningún modo es indispensable para la vida e integridad de la iglesia militante, ya que existen sectores de la vida de la iglesia, por ejemplo iglesias misioneras que ministran a gente sencilla y no desarrollada, en los cuales nada de lo mencionado es posible por el momento. Siempre es deseable, pero en ninguna parte es esencial".[16]

Notemos, entonces, las dos posiciones contrastantes: Miller quiere eliminar toda distinción de posición entre pastor y pueblo, entre clero y laicado. En cambio Casserey conserva el entendimiento anterior a la Reforma de la iglesia, según el cual el clero en un sentido especial es la iglesia y los laicos sólo pertenecen a la iglesia. Si la iglesia es *diakonía,* y si toda *diakonía* esencial es la sola prerrogativa del clero, entonces en un sentido el laicado no es la iglesia.

¿Se encuentra la verdad entre estos dos puntos de vista? Afortunadamente, no estamos forzados a elegir. Ambos puntos de vista son correctos en lo que afirman, pero ambos están equivocados en lo que niegan tácitamente.

Miller está en lo correcto cuando afirma el sacerdocio universal de todos los creyentes. Sin embargo, está equivocado al negar autoridad e importancia final al ministerio especial. La enumeración de los dones que Pablo hace en Efesios 4:11 pone su sello de aprobación en la legitimidad y en la necesidad del ministerio ordenado y designado de la iglesia.

Paradójicamente, el *punto de vista protestante inferior,* al intentar rebajar al clero también logra rebajar al laicado. Los miembros de la congregación entregan lo que son esencialmente sus propias prerrogativas a sus siervos ordenados. Entregan su ministerio en manos del ministro. Pero si queremos seriamente animar a todos los miembros de la congregación a convertirse en ministros activos de la Palabra, entonces debiéramos procurar encontrar alguna forma mejor de expresar la relación del pastor con su congregación: una forma que no prive al pastor de su autoridad ni a la congregación de su ministerio vital.

La expresión: "Esa es su responsabilidad, pastor", tal vez no sea tanto un residuo del *punto de vista católico superior* del ministerio, en el cual las funciones del clero son radicalmente distintas de las del laicado, como producto del *punto de vista protestante inferior,* en el cual existe una transferencia casi mecánica de prerrogativas.

Según el *punto de vista protestante inferior,* la relación entre el ministro

ordenado y su congregación es demasiado casual, casi accidental; según el *punto de vista católico superior,* la relación es demasiado remota y distante.

La corrección para estos dos puntos de vista extremos se encuentra en la tesis principal: el servidor ordenado de la Palabra es un ministro de ministros. El énfasis se aplica a la mutualidad de servicio en la vida común del cuerpo único de Cristo. (En la mayor parte de las referencias del Nuevo Testamento al ministerio, el énfasis yace claramente sobre las relaciones funcionales dentro de la comunidad cristiana. Ver 1 Corintios 12; Romanos 12; Efesios 4.) Entonces, la *función* del ministerio de ningún modo equivale al *oficio* del ministerio. Es la *función* la que ratifica al oficio, y no el *oficio* a la función.

Si esto es correcto, formular la pregunta sobre la posición equivale a indicar que no hemos comprendido el pensamiento del Señor. La relación entre el ministerio por *llamado* y el *sin llamado,* no es una relación de rango o posición relativos en una jerarquía posicional. La narración de Lucas pone en clarísimo foco el pensamiento de Jesús: "Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es el mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve" (Luc. 22:24-27). La implicación de las palabras de Cristo es inequívoca: ministros de ministros; ¡no hay una posición más elevada!

¿Qué sucedería si adoptáramos esta postura de siervos humildes y modestos? ¿Qué significaría si convirtiéramos este concepto de ministerio de ministros en el factor integrante en nuestra obra? ¿Qué sucedería si los ministros ordenados se dirigieran a las congregaciones de este modo: "Mis hermanos ministros"? ¿Se produciría una revisión radical de nues-tros ministerios? ¿Habría menos énfasis en programas, organizaciones y promociones? ¿Se pondría más énfasis en enseñar, preparar y animar, en capacitar para la obra del ministerio y para estimular a nuestros hermanos redimidos a ser lo que son, ministros de reconciliación? La tarea del laicato es infinitamente más difícil que la del ministerio. Los laicos se encuentran en la línea de ataque, donde la iglesia se encuentra con el mundo. Alguien hizo notar que "el mundo raramente se enfrenta a la iglesia en presencia de un teólogo". Dios hace frente al mundo con el ministerio de reconciliación por medio de los miembros comunes de la iglesia. El trabajo de la

iglesia, entonces, consiste en dedicarse a la tarea de entrenar ministros. Esta es su función *fundamental.* Este concepto se ha recomendado en términos explícitos:

> *"Cada iglesia debe ser escuela práctica de obreros cristianos. Sus miembros debieran aprender a... trabajar en favor de los inconversos".*[17]

> *"Cristo quiere que sus ministros sean educadores de la iglesia en la obra evangélica".* [18]

Temo que la mayoría de los miembros de la iglesia se disgustarían si se los instara sobre esta base. Generalmente están muy satisfechos como contribuyentes y con su función secundaria en la iglesia. Aunque ellos se sientan contentos, nosotros no debiéramos estarlo. Nadie pedirá a los ministros que compartan su púlpito con los laicos, pero es el Señor quien pide a los ministros que compartan su ministerio.

En el párrafo que sigue se efectúa una reevaluación de la función del laico en la iglesia:

> *"Posiblemente estamos experimentando un nuevo conocimiento de la naturaleza de la iglesia como institución ministradora, un cuerpo que ministra las necesidades del mundo por medio de sus miembros. El ministro puede funcionar como el dirigente, como fuente de inspiración, como organizador y administrador, pero no puede por sí mismo, y ni siquiera con sus colaboradores, llevar a cabo el servicio que es vocación de la iglesia. Las complejas y apremiantes exigencias... han traído consigo un renovado conocimiento de la función de la iglesia como cuerpo ministrador en el cual laicos y ministros ordenados son llamados como servidores del Evangelio, y no solo en la iglesia sino también el mundo".*[19]

Esperamos que llegue el día cuando lo que acabamos de leer sea más una expresión de los hechos que una melancólica profecía. Por lo menos no podemos hablar seriamente de una "obra terminada" en nuestra generación hasta que esta fórmula prescrita de un ministerio integrado produzca el fruto de la realización:

> *"La obra de Dios en esta tierra no podrá nunca terminarse antes que los hombres y mujeres que constituyen el total de miembros de nuestra iglesia se unan a la obra, y aúnen sus esfuerzos con los de los pastores y dirigentes de las iglesias".*[20]

Esta unión de esfuerzo poco común para alcanzar un objetivo común, hará que sea posible lo que parece imposible: terminar la obra de predicación del mensaje redentor.

---

[1] Art. "Cualidades buscadas en los clérigos", *New York Times,* abril 4, 1976.

[2] Ver H. Richard Niebuhr y Daniel Day Williams, ed. *The Ministry in Historical Perspectives* (Nueva York: Harper & Bros., 1956).

[3] James D. Smart, *The Rebirth of the Ministry* (Filadelfia: Westminster Press, 1960), pp. 17 y ss.

[4] Elena G. White, *El camino a Cristo,* pp. 77-78.

[5] Elena G. White, *El ministerio de curación,* p. 107.

[6] *Ibid.*

[7] Elena G. White, *Review and Herald,* 16 de julio, 1895.

[8] Elena G. White, *El ministerio de curación,* p. 107.

[9] John R. Mott (Ayr Lectures, Seminario Teológico de Rochester, 1931), *Liberating the Lay Forces of Christianity* (Nueva York: The Macmillan Co., 1932), p. 2.

[10] Hendrick Kraemer, *A Theology of the Laity* (Filadelfia: Westminster Press, 1955), p. 139.

[11] T. W. Manson, *The Church Ministry* (Filadelfia: Westminster Press, 1940).

[12] Elena G. White, *Testimonies,* t. 9, p. 130.

[13] Smart, *The Rebirth of the Ministry,* p. 28.

[14] Kraemer, *A Theology of the Laity,* p. 137.

[15] Donald Miller, *The Nature and Mission of the Church* (Richmond, 1958) p. 89.

[16] J. V. Langmead Casserley, *Christian Community* (London, 1960) p. 34.

[17] Elena G. White, *El ministerio de curación,* p. 107.

[18] Elena G. White, *El Deseado de todas las gentes,* p. 765.

[19] Robert Michaelson, *The Ministry in Historical Perspectives,* p. 266.

[20] Elena G. White, *Obreros evangélicos,* p. 365.

Educación Complementaria •

Tarea

1. *Desarrolle un estudio bíblico que demuestre que el "ministerio" es responsabiliad de todos los creyentes.*

2. *Del libro de los Hechos del Nuevo Testamento, describa cómo los "laicos" de la iglesia del Nuevo Testamento participaban en la obra de extensión misionera.*

Capítulo 4

Un Sacerdocio Real

Martín Lutero escribió:

> *"Somos todos sacerdotes en cuanto somos cristianos, pero los que llamamos sacerdotes son ministros elegidos de entre nosotros para que actúen en nombre nuestro, y su sacerdocio es nuestro ministerio".*[1]

La Iglesia Adventista, durante toda su historia ha mantenido la doctrina del sacerdocio de los creyentes como una de sus creencias fundamentales y características más distintivas. Sin embargo, a pesar de nuestra profesión hemos entendido muy mal y por cierto expresado en forma inadecuada el significado total de esta doctrina. Al romper con el concepto sacramental y eclesiástico de la iglesia, los adventistas en general han interpretado esta doctrina en el sentido de que sólo significa que cada creyente tiene acceso libre y directo a Dios sin necesidad de intermediarios o de un ministerio sacerdotal. Aunque esta interpretación es ciertamente verdadera, expresa sólo la mitad del significado esencial. Lo que no hemos logrado comprender en forma adecuada es que el sacerdocio de los creyentes también enseña que cada cristiano es un sacerdote o ministro y por lo tanto tiene un ministerio que llevar a cabo. Elton Trueblood ha señalado esto:

> *"La mayor parte de los protestantes sólo aparentan estar de acuerdo con la doctrina de la Reforma relativa al sacerdocio de cada creyente, pero con esto no quieren decir que cada cristiano sea un ministro. Muchos se apresuran a añadir que lo único que intentan decir con esta doctrina familiar es que nadie necesita confesarse con un sacerdote, puesto que cada uno puede hacerlo directamente con Dios. La idea de que esta doctrina borra la distinción entre laicos y ministros raramente se presenta con seriedad, y para algunos hasta resultaría chocante, pero no se requiere mucho estudio del Nuevo*

Testamento para comprender que los primeros cristianos realmente funcionaban sobre esta base revolucionaria.[2]

William Dallmann hace notar lo que sigue en un escrito publicado en ocasión del aniversario de los cuatrocientos años de la Reforma:

La distinción que hace el Antiguo Testamento entre sacerdote y pueblo, clérigos y laicos, ha concluido. Cristo, nuestro sumo sacerdote, ha convertido a todos los cristianos en sacerdotes de Dios. Todos los cristianos son clero de Dios, y no existe una orden clerical especial en la iglesia. El ministerio es una función y no una orden, y mucho menos una orden triple con obispos, sacerdotes y diáconos... La iglesia es un gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, y todos los cristianos son el pueblo".[3]

C. Abbetmeyer, por su parte, declara:

"La organización y la administración externas de la iglesia primitiva eran de la naturaleza que convenía al sacerdocio real de los hijos de Dios. En esa comunidad de hermanos todos eran de igual dignidad. Cada miembro tenía acceso personalmente a la Palabra y al corazón de Dios, y a todos en conjunto se dio una función, que es el ministerio de la Palabra.[4]

En los siglos subsiguientes a la Reforma, numerosos dirigentes que sabían expresarse claramente en el mundo cristiano, han vuelto a efectuar el llamado a un empleo funcional de los laicos en la vida y la misión de la iglesia. Sin embargo, Franklin Littell hace esta advertencia:

"Una iglesia que proclama el sacerdocio de todos los creyentes pero que en la práctica no provee los medios necesarios para que el sacerdocio general se exprese, no enseñará iniciativa, sino una dócil obediencia como la posición cristiana".

Algunos piensan que el sacerdocio de los creyentes puede interpretarse solamente en sentido colectivo.

"La expresión 'sacerdocio de los creyentes' es desafortunada porque lleva implícita la idea de un individualismo destructivo. El término 'sacerdote' en singular no aparece en el Nuevo Testamento aplicado al creyente, de igual modo como 'rey' en singular tampoco se aplica al creyente. Estas palabras en singular se aplican solamente a Cristo. Así como el término 'santo' se usa sólo colectivamente en el Nuevo

Testamento, 'sacerdotes' y 'reyes' se aplican colectivamente a la feligresía total de la iglesia.[5]

Sin embargo hay otros que piensan que esta doctrina tiene aspectos individuales y corporativos. Es decir, puede considerarse tanto desde la perspectiva de que cada cristiano individual es un sacerdote, y también desde la perspectiva del sacerdocio de la congregación.

"El sacerdocio de los creyentes significa que cada creyente ofrece su propio cuerpo: también significa a Cristo como sumo sacerdote que ofrece su cuerpo, la Iglesia. Estos dos aspectos de la ofrenda perpetua pueden distinguirse intelectualmente pero no pueden separarse en la práctica.[6]

Si es de importancia capital considerar esa distinción individual o colectivamente, es algo que dejaremos que los polemistas lo esclarezcan; pero el propósito *esencial* es siempre el mismo: el ministerio.

La necesidad actual es dar un fundamento teológico a la doctrina del sacerdocio de los creyentes. Hendrick Kraemer predice que los movimientos laicos fracasarán en última instancia si no se les proporciona ese firme respaldo.

"Aparecerá en el futuro sólo como una efervescencia transitoria o una erupción de actividad pasajera si no está firmemente apuntalado por una teología cuidadosamente estructurada del laicado sobre una base bíblica".[7]

Significa que una clara comprensión de la naturaleza y la vida de los cristianos debe encontrar sus raíces en nada menos que el propósito eterno de Dios. Significa que los laicos de la iglesia deben comprender que la vida cristiana es un ministerio, que este ministerio se lleva a cabo como respuesta al llamado de Dios y bajo el juicio de Dios. El problema de la iglesia en la actualidad no es que existe una vasta fuente inactiva de potencial humano disponible que necesita ser capturado y puesto a trabajar; el problema es que la iglesia debe conocer cuál es el designio de Dios para los laicos en su propósito eterno. Esto es lo que imprime dirección al ministerio laico. Esto es lo que da motivación al laico para su ministerio. Ningún programa de promoción puede tomar el lugar de esta comprensión bíblica fundamental.

¿Cuál es, entonces, el concepto que el Nuevo Testamento presenta acerca del ministerio de los laicos, que proveerá este fundamento teoló-

gico? La referencia más directa al sacerdocio de los creyentes se encuentra en 2 Pedro y Apocalipsis. Juan en Apocalipsis 1:5-6 dice: "Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios". En el "canto nuevo" que se cantará en alabanza a Cristo, se hace una referencia a los cristianos como "reyes y sacerdotes" (Apoc. 5:10). En Apocalipsis 20:6 se dice de los cristianos: "Serán sacerdotes de Dios y de Cristo". En 1 Pedro, se dice que los cristianos son "real sacerdocio" cuya tarea consiste en "anunciar las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9).

¿Cuál es la naturaleza del sacrificio que debe ofrecerse? Es importante que esto se entienda claramente, porque la naturaleza de los sacrificios determinará la naturaleza del ministerio. Una parte de la respuesta se encuentra en Hebreos donde se magnifica el carácter único en su género del sacrificio de Jesús, el Gran Sumo Sacerdote. "Su sacrificio se define como el cumplimiento de la voluntad de Dios. Era su cuerpo lo que Dios anhelaba, y no sacrificios ni ofrendas".[8]

¿Cuál es, entonces, la naturaleza del sacrificio que se presenta en el sacerdocio de los creyentes? Deben ofrecerse a sí mismos. Deben presentar sus cuerpos como sacrificio vivo (Rom. 12:1) para ser instrumentos de redención, "para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9). De este modo, cuando uno se incorpora a la comunidad de los creyentes, cuando uno entra en el sacerdocio de los fieles, se está uniendo con Jesús en el propósito redentor de Dios para con el mundo.

En la aldea de Upfingen, en los Alpes de Suabia, al norte de Alemania, existe una iglesia muy antigua. Al final de la Segunda Guerra Mundial se decidió renovarla. Mientras los obreros quitaban varias capas de pintura, apareció un fresco de un tal "Cristóbal", pintado en los días anteriores a la Reforma. San Cristóbal es el patrón de los viajeros. Una de las leyendas en relación con su nombre lo presenta como un poderoso gigante que se ganaba la vida llevando a los viajeros a través de un río. En cierta ocasión uno de sus pasajeros era un niñito cuyo peso lo abrumó y obligó a inclinarse. El niñito no era otro que el Cristo, y su peso era el de todo el mundo. El fresco de la pared de la iglesia evangélica de Upfingen refleja la costumbre medieval de colocar un gran cuadro mural del santo en una pared opuesta a la puerta del lado sur de la iglesia, en la creencia de que los pasajeros que miraran el cuadro desde lejos, estarían a salvo de accidentes ese día. El nombre Cristóbal significa literalmente "uno que llevó a Cristo". El propósito de la iglesia consiste en convertir a sus feligreses

en "Cristóbales". La iglesia, individual y corporativamente, debe ser la que "lleva" a Cristo al mundo.

En todo el Nuevo Testamento encontramos este énfasis sobre el ministerio de los laicos. Las epístolas de Pablo estaban dirigidas a las iglesias y a todos los miembros, y no sólo a los apóstoles. El les recuerda su "llamamiento santo" (2 Tim. 1:9) y su "ministerio" (2 Cor. 5:18-19). William Robinson señala que "el Nuevo Testamento abunda en expresiones como 'llamamiento', 'ser llamados' o 'siendo llamados', y siempre se refieren a *todos* los cristianos y no a los que denominamos 'ministros'. Todos los cristianos son ministros, 'llamados' a un ministerio".[9]

Es verdad que tanto *kleros* (clero) como *laos* (laicos) aparecen en el Nuevo Testamento, "pero, aunque parezca extraño decirlo, denotan a la misma gente y no a gente diferente".[10] Por ejemplo, en 2 Corintios 6:16 encontramos: "Porque vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Hablaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo *(laos)*". Mientras que en 2 Pedro 5:3 encontramos que el autor exhorta a los ancianos a no considerarse como teniendo "señorío sobre los que están a vuestro cuidado [*kleros*], siendo ejemplos de la grey". Por supuesto que esto no sugiere, como ya lo establecimos en el capítulo anterior, que no hubiera una clase de "ministerio oficial" en el Nuevo Testamento. En el pasaje que acabamos de citar, los ancianos se considerarían como el "ministerio oficial". Pero se les advirtió el peligro de establecer una distinción demasiado amplia entre ellos mismos y los laicos para no sentirse inclinados a ejercer "señorío" sobre ellos.

Hay que admitir prontamente que en la comunidad del Nuevo Testamento no había un cargo que correspondiera al concepto judío de sacerdote.

> *"Los únicos sacerdotes bajo el Evangelio, designados como tales en el Nuevo Testamento, son los santos, los miembros de la comunidad cristiana".*[11]

T. W. Manson señala que cuando los sacerdotes obedecían la fe (Hech. 6:7), no por eso llevaban a cabo las funciones de sacerdote (en el sentido judío) en la comunidad cristiana. En la relación de los ministerios que aparece en 1 Corintios 12:28-30 y Efesios 4:11-12 no se hace mención alguna de los sacerdotes. Por lo tanto, concluye que en la iglesia del Nuevo Testamento "no había lugar para un sacerdocio regular, según se entendía el sacerdocio en aquel tiempo".[12] Sin embargo, se reconoce la tendencia hacia el institucionalismo en este sector, porque admite que para el final

del segundo siglo, la función de obispo se había convertido en "una función de sacrificio, al estilo de la función de los sacerdotes judíos". Continúa diciendo:

> *"El hecho es que aquí se produce una bifurcación en el camino: el sacerdocio está totalmente comprometido con el derecho de un grupo especializado dentro de la iglesia para ofrecer el sacrificio eucarístico del pan y el vino identificados con el cuerpo y la sangre de Cristo. El sacerdocio de todos los creyentes, por otra parte, está en vías de convertirse sólo en un piadoso sentimiento con escasa o ninguna importancia en la práctica cotidiana de la iglesia en adoración".*[13]

Esta división resultó tan evidente en el siglo tercero que el historiador eclesiástico Williston Walker admite:

> *Es evidente que, aunque la antigua doctrina del sacerdocio de todos los creyentes pudiera recordarse ocasionalmente, tenía un valor únicamente teórico. A mediados del siglo tercero, en lo que concierne a la vida cristiana práctica, el clero constituía una jerarquía espiritual estrechamente unida, de la cual los laicos dependían para satis-facer sus necesidades religiosas, y que, a su vez, era sostenida por las ofrendas de los laicos".*[14]

La iglesia de los siglos primero y segundo había sido un cuerpo pequeño y muy unido, esparcido por las ciudades del Imperio Romano. Mientras mantuvo esa condición, los laicos retuvieron un rol importante en su organización y liturgia. Cuando Tertuliano describió a la iglesia establecida en el Africa romana, en el año 197, la llamó "una sociedad con un sentimiento religioso común, con unidad de disciplina y un vínculo de esperanza".[15] El Espíritu imponía la igualdad sobre sacerdotes y laicos.

Los laicos tenían una parte importante en la liturgia. La congregación se reunía para "leer los libros de Dios", tras lo cual "cada uno era llamado a loar a Dios con cantos ante los demás".[17] Detrás de estas prácticas yacía una eclesiología que consideraba al cristianismo, antes que una organización, más bien un estilo de vida bajo la dirección continua del Espíritu Santo.

El siglo tercero sería testigo de cambios radicales en este punto de vista. Para mediados del siglo, el episcopado monárquico se había convertido en el sistema universalmente reconocido de gobierno de la iglesia. El diácono estaba tendiendo a ser más pronunciadamente un adminis-

trador, con lo cual invadía las funciones que los laicos realizaban en el servicio de la iglesia. Medio siglo después, el diácono de más alto rango de Cartago se había convertido en el heredero presunto de la sede episcopal. El Espíritu Santo estaba siendo conducido firmemente por canales eclesiásticos.

A comienzos del siglo cuarto, las *Constituciones Apostólicas,* ocho libros que proveen un valioso testimonio de las prácticas y creencias religiosas de los primeros tres siglos, definían el rol de los laicos como sigue:

> *"Los laicos deben honrar al buen pastor (el obispo), respetarlo como a un padre, señor y maestro, como el sumo sacerdote de Dios y guía en la piedad... Quien oye al obispo oye a Cristo".*[18]

Se describe al obispo en la forma siguiente:

> *"El custodio del conocimiento, el mediador entre Dios y vosotros en las distintas partes de vuestro culto divino".*[19]

En los tiempos de la Reforma, el concepto bíblico del sacerdocio de los creyentes se había erosionado en una iglesia jerárquica y centrada en el sacerdocio. La confirmación de este principio que hizo Lutero fue una protesta contra el poder del clero.

Por cierto que hay numerosos y ampliamente difundidos ecos de esta doctrina aun antes de Lutero. El grupo semicristiano conocido como los cátaros se caracterizaba por su énfasis en el cristianismo laico, la predicación laica y el apostolado laico.[20] Los cátaros se extendían por la mayor parte del centro y sur de Europa en los siglos doce y trece.

Durante el mismo período surgió un movimiento ortodoxo, al comienzo en Francia, luego en el norte de Italia, bajo el liderazgo de un mercader de Lyons llamado Pedro Waldo. Deseando al comienzo sólo hacer obra misionera dentro de la iglesia, el grupo fue expulsado posteriormente, por lo que los valdenses se organizaron en una entidad separada con un énfasis laico considerable.

El movimiento de mística piedad del siglo catorce, que tuvo su origen en Meister Eckhart y Johannes Tauler, permaneció dentro de la iglesia y puso su énfasis no en la salvación sacramental, sino en la vida interior del individuo. Hermandades como los "Amigos de Dios" y los "Hermanos de la Vida Común", que consistían en clero y laicos, promovían un estilo de vida relativamente libre de los numerosos abusos de la Edad Media. Como vivían con sencillez y pobreza, y se dedicaban no sólo a predicar, sino también al estudio devocional de las Escrituras y a obras de servicio,

dejaban tras ellos una fragancia fuera de proporción con su número y fueron precursores del individualismo que antecedió a la Reforma.

Otro movimiento reformador existió en los siglos catorce y quince, que contó con hombres de la estatura de Marsilius, Ockham, Wiclef y Hus. En los días anteriores a la Reforma abogaron por la separación entre la Iglesia y el Estado, la investidura de autoridad basada en el servicio prestado por el individuo a Dios y al hombre, en vez de una investidura a través de una función sacerdotal, considerando como infalible la Escritura y no al papa.

Estas manifestaciones fueron sólo un prenuncio del rompimiento inevitable pero radical con el poder eclesiástico católico romano, y con la jerarquía de su sacerdocio exclusivo.

El muy interesante manual patrístico de los reformadores, *Unio Dissidentium* (1527)[21] gozó de notable popularidad en las comarcas regadas por el río Rin, en Francia y en Inglaterra. Contiene una sección titulada "Donde todos los cristianos son sacerdotes, reyes y profetas, pero no todos son ministros de la Iglesia", lo cual cuenta con el apoyo de escritos de los Padres Griegos, Orígenes, Cirilo, Crisóstomo y Eusebio.

Encontramos un eco contemporáneo reflejado en la controversia de Fraubrunner efectuada en Suiza (1522), cuando el deán católico hizo la siguiente observación para ridiculizar a Lutero: "Sí, vosotros los gramáticos aprendices del griego, ¡sois una linda muestra de sacerdocio real!"[22]

En la controversia sobre la vestimenta sacerdotal inglesa, Nicholas Ridley neutralizó hábilmente un argumento de John Hooper:

> *"Para mí... no es ningún inconveniente que algunos sean llamados hombres del clero y hombres del laicado, como tampoco lo es que en la universidad algunos sean llamados "eruditos" y otros "hombres de la toga",... pero San Pedro llamó sacerdotes a todos los hombres. Entonces le ruego que me diga... qué gana usted con eso de que todos los hombres tienen que tener... una misma vestimenta".*[24]

Juan Knox intuyó las implicaciones revolucionarias de la doctrina, en su magnífica carta dirigida a la Comunidad de Escocia (1558):

> *"Quisiera que estiméis que la reforma y las responsabilidades de la religión no os pertenecen menos porque no sois reyes, dirigentes, jueces, nobles ni autoridades. Amados hermanos, sois criaturas de Dios... y éste es el punto cuando digo que todos los hombres son iguales".*[24]

Lutero encontró esta doctrina del sacerdocio de los creyentes en pasajes bíblicos como 1 Pedro 2:5, 9; Apocalipsis 1:6; 5:10; 20:6. Sus referencias a esta doctrina, aun más tarde en su vida (por ejemplo en el Sermón de Torgau, 1544) demuestran que el reformador seguía considerándola como una verdad importante.

El historiador y teólogo Philip Schaff se refiere a Martín Lutero como "el líder principal de la Reforma que llevó al cristianismo de regreso a los primeros principios, y lo impulsó hacia nuevas conquistas". Lutero defendió el sacerdocio general de los creyentes. Schaff declaró:

> *"Este principio implica el derecho y deber de cada creyente de leer la Palabra de Dios en su lengua vernácula, de ir directamente al trono de la gracia, y de tomar parte activa en todos los asuntos de la iglesia de acuerdo con su don y llamamiento particulares... El principio del sacerdocio general del pueblo cristiano es la fuente de libertad religiosa y civil.*[25]

Debe recordarse que Lutero creó la expresión "el sacerdocio de los creyentes" para hacer frente a un problema histórico bien definido: una tiranía sacerdotal. En uno de los tratados más importantes de 1520, *Discurso para la Nobleza,* expresa su concepto en una declaración muy tersa: "Mediante el bautismo todos nosotros somos consagrados al sacerdocio, como San Pedro expresa en 1 Pedro 2:9: 'Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio'; y el libro de Apocalipsis dice (5:10): 'Y nos has hecho para nuestro Dios reyes y sacerdotes'".[26]

La iglesia, entonces es un sacerdocio. Esto es más fundamental y más exacto que decir que la iglesia *tiene* un sacerdocio. ¿Pero dónde coloca el acento Lutero? ¿En el "derecho" de cada cristiano a acercarse a Dios sin ningún intermediario sacerdotal? ¡De ningún modo! El *Tratado sobre la libertad cristiana* de Lutero es esclarecedor en este sentido. En él, el "Roble de Sajonia" expone la paradoja de que un cristiano es *perfectamente libre,* no está sujeto a nadie, y al mismo tiempo es *perfectamente un siervo,* sujeto a todo. El primer término de la paradoja describe la fe de un cristiano; el segundo término describe su amor. Pero al mirar más de cerca, encontramos una discusión de lo que significa el "sacerdote", y de por qué, por lo tanto, Cristo es el único Sacerdote verdadero, y en qué sentido, entonces, un cristiano es un sacerdote.

> *"Para poder indagar más profundamente en esa gracia que nuestro hombre interior tiene en Cristo, debemos considerar que en el Anti-*

guo Testamento, Dios santificaba para sí mismo a todo hijo primogénito varón, y que la primogenitura era muy apreciada porque tenía un doble honor, el del SACERDOCIO y el de la DIGNIDAD real. Porque el hijo primogénito era un sacerdote y señor sobre todos los demás, y era un símbolo de Cristo... él [Cristo] reina en las cosas celestiales y espirituales y las consagra... Tampoco su sacer-docio consiste en el esplendor exterior del atuendo y las posturas, como ese sacerdocio humano de Aarón y de nuestra Iglesia actual; sino que consiste en cosas espirituales, mediante las cuales él, por un servicio invisible, intercede por nosotros en el cielo ante Dios... Tampoco sólo ora e intercede por nosotros, sino también dentro de nuestra alma nos enseña por medio de la enseñanza viviente de su Espíritu, realizando así las dos funciones reales de un sacerdote, del cual las oraciones y la predicación de los sacerdotes humanos son símbolos visibles.

Ahora, tal como Cristo mediante su primogenitura obtuvo estas dos prerrogativas, del mismo modo las imparte y comparte con todos los que creen en él... De ahí que todos seamos sacerdotes y reyes en Cristo, tantos como creen en Cristo, como lo dice 1 Pedro 2:9...

El sacerdocio y la dignidad real los explicamos como sigue: Primero, en cuanto a la dignidad real, *cada cristiano es exaltado, por medio de su fe, por encima de todas las cosas, de modo que mediante un poder espiritual es señor de todas las cosas, sin excepción, por lo cual nada puede causarle ningún daño; aun más, todas las cosas le son sujetadas y compelidas a servirle para su salvación... (Rom. 8.28; 1 Cor. 3:22-23). No es que se ha puesto a cada cristiano sobre todas las cosas, para que las posea y controle mediante poder físico, lo cual es una locura que aflige a algunos sacerdotes, porque ese poder pertenece a los reyes, príncipes y hombres de la tierra... El poder al cual nos referimos es espiritual; gobierna entre los enemigos y es eficaz en medio de la opresión, lo que sólo significa que el poder se perfecciona en la debilidad, y que en todas las cosas puedo encontrar beneficio para salvación, de modo que la cruz, y aun la muerte misma, son compelidas a servirme y a obrar juntamente conmigo para mi salvación... Estos son el poder y la libertad inestimables de los cristianos.*

No sólo somos los reyes que gozan de más libertad, sino también somos sacerdotes para siempre, lo cual es mucho más excelente que

> *ser reyes, porque como sacerdotes somos* dignos de comparecer ante Dios y de orar por otros y enseñarnos unos a otros las cosas de Dios. *Estas son las funciones de los sacerdotes, y no se pueden otorgar a ninguno que no sea un creyente. En esta forma Cristo obtuvo para nosotros, si creemos en él, el beneficio de ser no sólo sus hermanos, coherederos y corregentes con él, sino también cosacerdotes con él, para que podamos presentarnos osadamente ante Dios en el espíritu de fe que clama 'Abba, Padre', orar juntos por otros y hacer todas las cosas que vemos hechas y prefiguradas en las obras exteriores y visibles de los sacerdotes... ¿Quién, entonces, podría comprender la elevada dignidad del cristiano? Por medio de su poder real gobierna sobre todas las cosas, la muerte, la vida y el pecado; y mediante su gloria sacerdotal es todopoderoso con Dios, porque Dios hace todas las cosas que él pide y desea... (Salmo 145:19). El hombre no tiene acceso a esta gloria por medio de sus propias obras, sino únicamente por la fe".*[27]

Es imposible no sentirse elevado en pensamiento y animado en espíritu por este recordativo de la "elevada dignidad" que entraña la posición del cristiano. Pero notemos que Lutero trata con el principio del sacerdocio de los creyentes en términos de la fe antes que del amor, porque este principio indica primordialmente lo que Dios *hace* al convertirnos en creyentes, antes que lo que el hombre hace. Este sacerdocio, verdaderamente, llega a ser en los que lo reciben un "derecho", pero en un sentido muy inusitado. Porque "rey" es la mejor palabra para destacar los *derechos* del creyente, y hasta éstos se interpretan como el poder que permite soportar victoriosamente el sufrimiento. La palabra "sacerdote" destaca su privilegiada responsabilidad hacia Dios y por tanto hacia todos sus prójimos, su llamamiento divino al servicio antes que su aproximación humana a Dios. "Sacerdote" indica la diferencia entre interceder ante Dios y persuadirlo con lisonjas para que haga algo, y también la diferencia entre el amor cristiano y el interés propio, por muy esclarecido que parezca. Revela la conexión decisiva entre la fe y la doctrina del amor cristiano, donde se nos dice —asombrosamente de parte de alguien que poseía una cristología tan elevada— que "cada uno debiera llegar a ser como si fuera un Cristo para los demás, a fin de que podamos ser Cristo unos para otros y Cristo pueda ser el mismo en todos; es decir, que podamos ser auténticamente cristianos".[28] Viene a la memoria el término latino *pontifex,* constructor de puentes. Todos los que pertenezcan al pueblo de

Dios deben ser constructores de puentes. El énfasis de Lutero indica una corrección decisiva del individualismo. Este sacerdocio, en primer lugar, no es una realización humana que se añade o que repite el sacerdocio de la reconciliación con sacrificio de Cristo, sino es el don de Cristo que él obtuvo para nosotros: únicamente Cristo es el sumo sacerdote";[29] en segundo lugar, pertenece a la iglesia corporativamente, y no a ningún individuo privativamente; en tercer lugar, es usado sólo en el servicio para los demás, y nunca para uno mismo.

Este principio, en su aplicación a las tareas cotidianas de la vida, fue ilustrado en la amonestación de Lutero relativa a la venta de mercan-cías. El hombre cristiano, exhorta, debiera efectuar una venta de tal manera que el vendedor esté más preocupado con la persona a quien está vendiendo el producto que con obtener una ganancia considerable.[30] Desde esta perspectiva, cualquier trabajo que se lleve a cabo con una actitud de confianza en Dios y con un espíritu de arrepentimiento, puede considerarse legítimamente una vocación cristiana. No existe duplicidad en esto, puesto que la devoción a Dios y el servicio al prójimo están inseparablemente unidos en el concepto del llamamiento, y "el llamamiento de Dios llega a cada persona en su relación con las tareas comunes".[31]

> *"Un zapatero, un herrero, un agricultor, cada uno tiene el trabajo y la función de su oficio, y sin embargo son todos igualmente sacerdotes y obispos consagrados, y cada uno mediante el ejercicio de su propio oficio debe beneficiar y servir a los demás, para que de este modo se puedan realizar diversas clases de trabajos para el bienestar corporal y espiritual de la comunidad, al mismo tiempo que todos los miembros del cuerpo se sirven mutuamente".*[32]

De este modo vemos cómo Lutero desarrolló la idea de la iglesia como sacerdocio real —un sacerdocio que se aplica a todos sus miembros en común. ¿Significa esto que la iglesia no deba tener un sacerdocio eclesiástico especial? Lutero fue desafiado a explicar este mismo concepto por uno de sus más acérrimos opositores, Jerónimo Emser, secretario del duque Jorge de Sajonia. Emser admitió que realmente existía un sentido en el que todos los cristianos constituían un "sacerdocio espiritual", pero arguyó que el Nuevo Testamento también establece un "sacerdocio consagrado".[33] Lutero ya había establecido su posición positiva en 1520, *antes* de escribir su larga refutación contra Emser. El reformador afirmó que el Nuevo Testamento no menciona ni una palabra acerca de un "orden espiritual" por encima de los laicos, marcado por un carácter

indeleble, equipado por derecho divino para dispensar la gracia divina y gobernar a los laicos. Sin embargo, insistió claramente en que un ministerio ordenado es necesario en la iglesia, no únicamente porque sería un arreglo prudente, sino porque es un ministerio apostólico y establecido por Cristo.

Tal "orden espiritual" se deriva del sacerdocio universal de los creyentes, y es responsable ante él.

> *"El que sale del agua bautismal puede jactarse de que ya es un sacerdote, obispo y papa* consagrado, *aunque no parece ser conveniente que todos* ejerzan el oficio. *De ninguna manera por el hecho de ser todos nosotros sacerdotes, nadie debe adelantarse y arrogarse sin nuestro* consentimiento y elección, *el derecho de hacer lo que es facultad de todos nosotros. Porque lo que es común a todos, nadie debiera atreverse a apropiarse de ello sin la voluntad y el consentimiento de la comunidad; y si llegara a suceder que una persona elegida para tal cargo fuera depuesta por mal comportamiento, entonces volverá a ser lo mismo que había sido antes de habérsele conferido el cargo. Por lo tanto un sacerdote en el cristianismo no es nada más que alguien que* detenta un cargo. *Cuando desempeña sus funciones, tiene precedencia sobre los demás; cuando ha sido depuesto, es un campesino o un habitante de la ciudad como cualquier otra persona".*[34]

A continuación Lutero establece una diferencia entre el rol y la función de los que son "llamados" y los que no son llamados:

> *"En realidad no existe ninguna diferencia entre los laicos y los sacerdotes, príncipes y obispos, 'espirituales' y 'temporales', como los llaman, excepto en lo que concierne al oficio y a los trabajos, pero no en lo que respecta al 'orden'; porque todos son del mismo orden —verdaderos sacerdotes, obispos y papas—, aunque no todos ellos se dediquen al mismo trabajo, tal como no todos los sacerdotes y monjes tienen el mismo trabajo. Esta es la enseñanza de San Pablo en Romanos 12 y 1 Corintios 12, y de San Pedro en 1 Pedro 1, como lo expresé en un párrafo anterior, a saber, que todos constituimos un cuerpo de Cristo, del cual él es la Cabeza, y todos nosotros formamos los miembros. Cristo no tiene dos cuerpos diferentes, uno 'temporal' y el otro 'espiritual'. El es la Cabeza y tiene un solo cuerpo".*

"Por lo tanto, tal como aquellos que ahora son llamados 'espirituales' —sacerdotes, obispos y papas— no son diferentes de otros cristianos ni superiores a ellos, excepto que se les ha encargado la administración de la Palabra de Dios y los sacramentos, lo cual constituye su trabajo y oficio, así también sucede con las autoridades temporales: llevan espada y vara para castigar el mal y proteger el bien".[35]

Para ser más explícito en lo que concierne a la naturaleza de este oficio, Lutero declara:

"Somos todos sacerdotes, como los llamamos, somos ministros, elegidos de entre nosotros, que hacemos todo lo que ellos hacen en nuestro nombre. Y el sacerdocio no es otra cosa sino un ministerio, como aprendemos de 1 Cor. 4:1: 'Así, pues, téngannos los hombres por servidores de Cristo, y administradores de los misterios de Dios".[36]

En su pugna contra su antagonista Emser, Lutero insistió:

"Las Sagradas Escrituras, particularmente en el Nuevo Testamento, donde concluyen los símbolos, hablan de uno solo, un sacerdocio espiritual, tal como dije en mi discusión sobre el papado que las Escrituras hablan sólo de una iglesia espiritual... Y aquí presento este desafío: si Emser puede presentar una sola letra de la Escritura en la cual su sacerdocio eclesiástico sea llamado un sacerdocio, le daré la razón. Pero él no aceptará el desafío".[37]

Y luego, con toda la autoridad definitiva derivada de su sólida condición de erudito, remata el punto en consideración:

"Las Escrituras nos hacen a todos sacerdotes por igual, como dije antes, pero el sacerdocio eclesiástico que actualmente es universalmente diferenciado del laicado y llamado exclusivamente un sacerdocio, en la Escritura recibe el nombre de ministerium, servitus, dispensatio, episcopatus, presbyterium, *y en ningún lugar* sacerdotium *o* spiritualis. *Tengo que traducir esto. Las Escrituras, afirmo yo, llaman al orden espiritual y al cargo sacerdotal, ministerio, servicio, oficio, presbiterio, servicio de adopción, guardianía, oficio de predicador, pastores".*[38]

Ahora bien, cuando Lutero llama al ministerio nada más sino un "oficio", ¿lo está menospreciando? ¿Acaso ignora su santidad única en

su género y reduce el ministerio a un concepto puramente utilitario? ¡De ninguna manera! Cuando sugirió eliminar el nombre de "sacerdote" para "los que tenían a su cargo la Palabra y el Sacramento entre la gente",[39] no lo hizo porque deseaba eliminar esa palabra del cristianismo, sino porque quería exaltarla y protegerla del mal uso sacerdotal. En realidad, "no existe otro nombre u honor mayor delante de Dios y los hombres que ser un sacerdote".[40]

Lutero insiste adicionalmente en que el "ministerio" no puede considerarse sólo como un motivo fundamental. La comunidad cristiana no puede estar sin la Palabra de Dios, y "la consecuencia lógica de esto es que debe disponer de maestros y predicadores para que administren la Palabra".[41] Este es el oficio mediante el que Cristo lleva a cabo su obra; aun podría decirse que el ministro lleva a cabo la obra de Cristo en la actualidad. "Tantas almas son enseñadas diariamente por él, convertidas, bautizadas y llevadas a Cristo y salvadas, redimidas de los pecados, la muerte, el infierno y el diablo, y mediante él tienen acceso a la justicia eterna, a la vida eterna y al cielo". El ministro realiza "grandes milagros", tal vez en forma corporal, pero muy ciertamente "espiritualmente en el alma, donde los milagros son mayores aún". A continuación añade: "¡No es que haga todo esto como *hombre!* Es su oficio, ordenado por Dios para este propósito, lo que lo lleva a cabo, eso y la Palabra de Dios la cual enseña: *él es sólo el instrumento para realizar todo eso".*[42]

Queremos decir con esto que si se debe distinguir entre la persona del ministro y el oficio de su ministerio, también es necesario distinguir entre el *oficio* encomendado al ministro y el "éxito" del servicio del ministro.

De este modo el ministerio como orden establecido por Dios es uno de los factores constituyentes de la iglesia. Esta es la apostolicidad del ministerio cristiano. No es simplemente una invención humana para asegurar la continuidad de la iglesia. El oficio es anterior a la fe.

Entonces, en conformidad con el punto de vista de Lutero, los cristianos son esencial y radicalmente iguales en dignidad dentro de la iglesia, y no hay lugar para la idea de que el clero "gobierna" a los laicos, o de que el clero está necesariamente jerarquizado internamente con el propósito de mandar. Lutero insiste en que el ministerio apostólico, de acuerdo con el Nuevo Testamento, es en esencia *un orden,* el sacerdocio que pertenece igualmente y comunitariamente a todos los creyentes. y el cual por lo tanto en consecuencia es asignado en forma especial, por causa de la decencia y el orden (1 Cor. 14:40), a ministros especiales elegidos

de entre nosotros, quienes hacen todo lo que hacen EN NUESTRO NOMBRE".[43] Este es el "ministerio de la Palabra y los sacramentos", no en el sentido simple del custodio de la Biblia, sino el oficio de "mayordomos de los misterios de Dios". Su ordenación lo convierte en un "servidor de sacerdotes... un servidor y un oficial del sacerdocio común... el representante de la totalidad de la iglesia".[44]

Lutero reconoce que los términos diácono, presbítero y obispo son bíblicos, aunque insiste en que "presbítero" y "obispo" eran originalmente intercambiables. Reconoce también que la iglesia puede ordenar estas jerarquías como lo encuentre más útil, de acuerdo con estos principios gemelos: que "edifique a la Iglesia" y que se haga "con decencia y buen orden". Pero que nadie se atreva a proclamar que las reglas humanas acerca de la jerarquía clerical son una obligación de origen divino.

La autoridad que el ministro tiene es para *servir* y no para mandar. Es un *oficio* y no un privilegio.

> *"Toda su jactancia [de los romanistas] de una autoridad que no permite oposición viene a ser como absolutamente nada. Nadie en el cristianismo tiene autoridad para causar daño, o para prohibir ofrecer resistencia contra el daño. No hay autoridad en la Iglesia a no ser para la edificación".*[45]

El reformador admite que "si Cristo mismo y todos los apóstoles no tenían ningún otro poder fuera del necesario para *ayudar* a las almas, y si no dejaron tras ellos ningún poder en la Iglesia",[46] la tiranía sacerdotal sería conspicua por su ausencia.

En resumen, la doctrina de Lutero referente al sacerdocio de todos los creyentes puede comprimirse en cuatro puntos:

1. Todos los cristianos tienen la misma posición delante de Dios, un sacerdocio en el cual entramos por el bautismo y mediante la fe.

2. Como camarada y hermano de Cristo, cada cristiano es un sacerdote y no necesita ningún mediador fuera de Cristo. Tiene acceso directo a la Palabra.

3. Cada cristiano es un sacerdote y tiene un oficio de sacrificio, no la misa, sino la dedicación de sí mismo a la alabanza y obediencia de Dios y a llevar la cruz.

4. Cada cristiano tiene el debe de transmitir el Evangelio que él mismo ha recibido.[47]

Lutero trató de mantener un curso medio para evitar tanto la tiranía eclesiástica como el racionalismo secularizado o el oportunismo. A ningún

hombre —insistió—, debía confiársele una autoridad ilimitada y no corregida, ni eclesiástica ni política. Si Cristo es la Cabeza de la iglesia, todas las transacciones y acciones humanas deben estar provistas con medios de comprobación y fiscalización. Tanto la fe como el orden en la iglesia han sido dados divinamente. Los arreglos que los cristianos hacen con ellos son un desafío constante y viviente y no deben plasmarse en formas rígidas. Lutero comprende la posición de los laicos cristianos como quienes detentan una responsabilidad activa en la iglesia, y concibe al ministro como un "padre espiritual" y no una autoridad sacerdotal, un virtuoso espiritual o nada más que un simple presidente de una junta administrativa religiosa. Estos puntos de vista constituyen una parte integral de la herencia protestante.

¿Pero cuáles son las implicaciones actuales del clamor por "el sacerdocio de todos los creyentes"? Para decir lo menos, la doctrina anticipa la plena participación de todos los cristianos en la accción evangelística de la iglesia. Ningún pastor puede cumplir el ministerio que Dios dio a la iglesia. Uno de los mayores ataques de la Reforma se concentró en el punto de recapturar el ministerio de los laicos. Pero, irónicamente, éste fue uno de los puntos en que los reformadores y sus seguidores no efectuaron un rompimiento suficientemente radical. Aquí es donde la iglesia moderna puede hacer una contribución importante y única, si en realidad somos suficientemente osados. Elton Trueblood señala que una de las características principales de la primera Reforma fue poner la Biblia abierta al alcance del "cristiano común", y:

> *"Ahora, después de tres siglos, podríamos, si lo quisiéramos, cambiar nuevamente* de marcha. Nuestra oportunidad para dar un gran paso consiste en hacer que el ministerio se abra al cristiano común, más o menos del mismo modo que nuestros antecesores abrieron la lectura de la Biblia al cristiano común. *Hacer esto significa, en un sentido, la inauguración de una nueva Reforma, mientras que en otro, significa la conclusión lógica de la Reforma anterior en la cual las implicaciones de la posición adoptada no fueron plenamente comprendidas ni lealmente seguidas".*[48]

La conclusión del Dr. Cyril Eastwood,[49] quien realizó el tratamiento histórico más abarcante de este tema, es solemne:

> *"El sacerdocio de todos los creyentes nunca se perdió totalmente, pero tampoco ha sido aceptado plenamente".*

Obtenemos una vislumbre de esta doctrina externalizada en el comportamiento de los cristianos originales, según está documentada en el libro de los Hechos. J.B. Phillips al introducir su traducción de este libro, dice lo que sigue de esos cristianos:

> *"Estos hombres no efectuaban actos de fe, sino que creían; no llevaban a cabo conferencias sobre medicina psicosomática, sino que simplemente sanaban a los enfermos... Pero aunque no padecían de las complicaciones de las normas modernas, tenemos que admitir tristemente que estaban abiertos hacia el lado de Dios en una forma que es casi desconocida en la actualidad... En consecuencia es cuestión de solemne historia el que nunca antes ningún grupo tan reducido de personas comunes haya conmovido de tal manera el mundo que hasta sus enemigos se vieron obligados a confesar que esos hombres 'trastornan el mundo entero'".*[50]

El futuro dará testimonio de si hemos tenido éxito en recapturar y aplicar la doctrina. Esta no es simplemente una doctrina deseable; sino que es la clave por medio de la cual podemos cumplir nuestra misión en el mundo y hacer que lo imposible sea posible. Por lo menos, capturar el énfasis del Nuevo Testamento sobre el ministerio de los laicos "significaría nada menos que una revolución en la concepción de la Iglesia, en relación con sus miembros y en relación con el mundo exterior, si se comprendiera en la plenitud de sus consecuencias".[51]

---

[1] Citado por Wilhelm Pauck, "El Ministerio en Tiempos de la Reforma Continental", *Lutero, Works* (Edición de Weimar), t. VI, p. 564, en *The Ministry in Historical Perspective,* ed. H. Richard Niebuhr y Daniel Day Williams (Nueva York: Harper & Bros., 1952), p. 112.

[2] Elton Trueblood, *Your Other Vocation* (Nueva York: Harper & Bros., 1952), p. 30.

[3] William Dallmann, "Justificación por la Fe" en Phillip Shaff, *Luther as a Reformer: Four Hundred Years* (San Luis: Concordia, 1917), p. 70.

[4] C. Abbermeyer, "Formación—Deformación—Reforma", en *Luther as a Reformer: Four Hundred Years,* p. 3.

[5] T. F. Torrance, *Royal Priesthood* (Londres: Oliver & Boyd, 1955), p. 35, nota 1.

[6] T. W. Manson, *Ministry and Priesthood: Christ's and Ours* (Londres: The Epworth Press, 1955) pp. 64.

[7] Hendrick Kraemer, *A Theology of the Laity* (Filadelfia: Westminster Press, 1955), pp. 13-14.

[8] Paul S. Minear, *Images of the Church in the New Testament* (Filadelfia: Westminster Press, 1960), p. 100.

[9] William Robinson, *Completing the Reformation* (Lexington: The College of the Bible, 1955), pp. 19-20.

[10] *Ibid.*, p. 17.

[11] J. B. Lightfoot, *The Christian Ministry* (Londres: Macmillan & Co., 1901), p. 6.

[12] T. W. Manson, *The Church's Ministry* (Filadelfia: Westminster Press, 1940), p. 44.

[13] *Ibid.*, p. 68.

[14] Williston Walker. *A History of the Christian Church* (Edimburgo: T. & Clark, 1918), p. 91.

[15] Tertuliano, *Apology,* 39:1.

[16] Tertuliano, *De Exhortatione Castitatis,* 7.

[17] Tertuliano, *Apology,* 39:3, 8.

[18] *Constitution of the Holy Apostles,* 16, 21.

[19] *Ibid.*, p. 410.

[20] Ver Ernst Troeltsch, *The Social Teaching of the Christian Church* (Nueva York: Macmillan Co., 1939) t. 1, p. 350.

[21] Ver J. Foxe, *Acts and Monuments* (ed. Pratt), IV, pp. 607, 685, 764.

[22] Guggisherg, *Bern. Kirchenges,* p. 68.

[23] J. Bradford, *Works* (ed. Parker Society). II, p. 386.

[24] J. Knox, *Works* (ed. Laing), IV, p. 526.

[25] *Ibid.*, p. 32 y ss.

[26] Martín Lutero, *Works of Martin Luther,* "Discurso a la Nobleza" (Filadelfia: A. J. Holman Co., 1925), vol. II, p. 66.

[27] Lutero, *opus cit.*, "Libertad Cristiana", II, 232, 235.

[28] Lutero, *Obras,* "Libertad Cristiana", II, 338, cf. 337.

[29] Martín Lutero, *Luther's Works,* "Concerniente al Ministerio" (American Ed.) ed. Conrad Bergendoff (Filadelfia: Muhlenberg Press, 1958) XL. 14.

[30] *Ibid., IV, p. 15.*

[31] Roland Bainton, *Here I Stand* (Nueva York: Mentor Books, 1955), p. 156.

[32] Lutero, *Works,* II, p. 69.

[33] *Ibid.*, "Respuesta a Goat Emser", III, 319 y ss.

[34] *Ibid.*, "Discurso a la Nobleza", II, 68 y ss.

[35] *Ibid.*

[36] *Ibid., "La Cautividad Babilónica",* On Ordination, II., 279.

[37] *Ibid.*, "Respuestas a Goat Emser", III, 321 y ss.

[38] Ibid.

[39] Lutero, *Works,* "Concerniente al Ministerio" XL, iv.

[40] Lutero, "Comentario Sobre Salmo 110" (1535), XIII, 294. Exposición completa (pp. 228-348) se refiere a la relación entre el oficio de Cristo como sumo sacerdote y el sacerdocio de la iglesia.

[41] *Works,* "Luz y Poder de una Congregación Cristiana o Comunidad para Juzgar Toda Enseñanza y Llamar, Designar y Despedir Maestros" (1523) IV, 79.

[42] *Obras.*

[43] *Ibid.*, "Cautividad Babilónica", II, 279.

[44] "Respuestas a Goat Emser", III, 326 y ss.

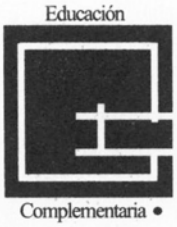
[45] *Ibid.*, "A la Nobleza", II, 75.

[46] *Ibid.*, "Tratado Concerniente a la Excomunión", II, 42.

[47] cf. John Calvin, *The Institutes of the Christian Religion,* trans. Henry Beveridge (Edimburgo: Calvin Translation Society, 1845-461), lb. 3.3.42; lb. 2.15.6; lb. 4.18.17.

[48] Elton Trueblood, *Your Other Vocation* (Nueva York: Harper & Bros., 1952), p. 32.

[49] Cyril Eastwood, *The Priesthood of All Believers* (Minneapolis: Augsburgo, 1962).
[50] J. B. Phillips, *The Young Church in Action* (Nueva York: Mcmillan, 1955), p. vii.
[51] H. H. Walz, "Cristianismo Adulto", *The Shane Quarterly,* octubre, 1954), p. 107.



Tarea

1 ¿Qué razón presentó Henrik Kraemer para predecir que "los movimientos laicos fracasarán"?

2. Identifique las referencias bíblicas que validan la doctrina del sacerdocio de los creyentes.

3. Explique la cuádruple enseñanza de Lutero sobre el sacerdocio de los creyentes. Explique la diferencia que establece entre la función de los "llamados" y de los "no llamados".

Capítulo 5

Para el Bien de los Demás

Escena 1

En algunos retiros espirituales de fin de semana se ha pedido a los miembros de iglesia que se identifiquen dibujando un "escudo de armas". El tema de cada dibujo responde a la pregunta: "¿Cuál es el lugar que ocupo en el cuerpo de Cristo?" Un miembro compartió su dibujo con los demás: una página llena con un número "2" de gran tamaño. Cuando se le pidió que explicara el sentido de su dibujo, contestó: "Sucede que soy un laico, ¿no es así?"

Escena 2

Un joven vino a platicar conmigo en mi oficina acerca de la posibilidad de cambiar la carrera que había pensado seguir, de electricista a "pastor, misionero o alguna otra cosa". "Ya es tiempo de que comience a servir con seriedad al Señor", anunció, revelando la frustración de una persona que es incapaz de relacionar su vida vocacional actual con el ministerio.

Escena 3

Un dentista de edad madura me llamó por teléfono para platicar acerca de su tesis favorita: "La escuela sabática no tiene nada que ver con el hecho de que yo sea un dentista". Los miembros de su clase se interesan en su ocupación, pero no logran proveer apoyo para sus esfuerzos por ministrar mediante su servicio dental.

El desafío del momento

Estos tres cristianos, y muchos otros como ellos, continúan demostrando que el tan ponderado "renacimiento laico" de la década de 1950 presenta, cuatro décadas más tarde, un agudo desafío a la iglesia. Todavía

tenemos dificultades para pasar del concepto a la práctica. Es indudable que durante los últimos 40 años se han restaurado algunos conceptos bíblicos en el pensamiento de la iglesia. Libros como *The Theology of the Laity* de Hendrik Kraemer, *The Ministry of the Laity* de Francis Ayres, y *Mission: Posible* de Gottfried Oosterwald han dejado sus huellas. Actualmente sería difícil iniciar una discusión sobre los temas que siguen:

1. El uso bíblico del término *laos* no tiene ninguna relación con la condición de aficionado o de dedicación parcial, sino que describe a la totalidad del pueblo de Dios (incluyendo a los pastores).

2. Todos los cristianos bautizados son ministros.

3. La dirección del ministerio es hacia el mundo, y en este ministerio los así llamados "laicos" constituyen el personal principal.

El problema es que aunque han sido aceptados tan ampliamente, algunos de estos conceptos acerca del ministerio de los laicos han ejercido poquísimo impacto sobre el miembro de la iglesia. Este no se considera un ministro ni sabe cómo llevar a cabo esta función dentro del contexto de su vida cotidiana. De alguna manera la práctica de la iglesia parece estar obrando contra estos conceptos del ministerio de los laicos. Dicho en forma más positiva, los intentos por aplicar tales conceptos nos han ayudado a identificar algunos problemas más profundos.

Problemas

Es posible que el problema principal del miembro de iglesia que procura comprender el ministerio, sea cómo aplicar realmente tales conceptos en su vida. El pastor predica que los miembros de iglesia son ministros en la vecindad, en el trabajo, entre sus amigos, en la oficina y en otros lugares. ¿Pero *cómo*? ¿Quiere decir que tiene que hablar de Cristo en toda oportunidad que se le presente? ¿Quiere decir que siempre debe ser honrado y respetar los principios éticos? El rol del pastor puede definirse con facilidad. Predica, visita a los enfermos, enseña, bautiza, dirige la Cena del Señor y participa en numerosas actividades similares. ¿Pero cuáles son los esquemas de otros ministerios?

Otra parte del problema que media entre el concepto del ministerio de los laicos y la práctica del mismo, es la naturaleza dispersa de cualquier ministerio fuera de la congregación. No vamos a trabajar a una compañía como un equipo de cristianos, ni compramos casas como clase de escuela sabática. Eberhard Mueller ha dicho que poner a una persona dentro de las estructuras de la sociedad como un cristiano individual es lo mismo que enviar a un solo soldado a enfrentarse solo con el enemigo. Los maes-

tros de la escuela sabática perciben la importancia de trabajar juntos, por lo que tienen reuniones de maestros periódicas. ¿Pero cuánta atención se da para apoyar a los miembros que se encuentran dispersos durante la semana?

Un tercer problema yace en las dinámicas de organización de la vida congregacional. Los dirigentes de congregaciones caen fácilmente en la trampa de erigirse como *controladores* del ministerio antes que *sostenedores* del ministerio. Por eso el concepto de que cada miembro es un ministro significa un desesperado esfuerzo realizado por los dirigentes para encontrar algo para que cada uno haga, lo cual resulta en una profusión de cuestionarios, nuevos trabajos y frustraciones. El lamento común de los miembros de junta: "Si tan sólo pudiéramos interesar a más miembros", traiciona la suposición de que el ministerio se lleva a cabo únicamente dentro de los confines de los programas de la congre-gación, o por lo menos que, de alguna manera, está determinado por los dirigentes de la congregación.

No existe una solución fácil para este problema. La naturaleza misma de la vida de la congregación tiende hacia la consolidación: los miembros se necesitan unos a otros, disfrutan trabajando juntos, y los esfuerzos comunes requieren la proximidad de unos con otros. El término mismo *congregación* denota a los que se han congregado. Sin embargo, defender la vida congregacional no elimina la necesidad de buscar formas de fortalecer las fuerzas centrífugas.

Posibilidades

Frente a dificultades tan formidables, ¿cómo podría llevarse a cabo el ministerio de los laicos? Si los esfuerzos recientes efectuados para aplicar el concepto han profundizado algunos de los problemas, también han ayudado a identificar algunos puntos de partida creativos.

Al comienzo de la lista, especialmente para quienes no son pastores, está el descubrimiento de que ¡uno *ya* es ministro! La impresión que suele darse en los sermones y en las publicaciones de la iglesia es que uno *podría* ser un ministro, o que uno *debiera* ser un ministro, y el resulta-do es que los miembros pasan mucho tiempo esforzándose para *alcanzar* el ministerio. Piensan que si realizan cierta acción o adoptan una posición particular, entonces serán ministros. El resultado usual de esta actitud legalista es una gran cantidad de culpa y un descontento constante.

En contraste con lo anterior, la enseñanza bíblica es que los cristianos *son* ministros. Francis Ayres señala que el Nuevo Testamento emplea la

palabra *debes* sólo 203 veces, y *debería* sólo 50 veces.[1] Por otro lado, las Escrituras tienen mucho que decir acerca de lo que los cristianos *son,* con frecuencia a pesar de algunas situaciones interesantes. A los miembros de la iglesia corintia, desgarrados por las facciones y por los que eran inmorales, orgullosos, hipócritas, deshonestos y egoístas, no se les dijo: "Ustedes *podrían* ser cartas de Cristo". Pablo escribe: "*Sois* cartas de Cristo" (2 Cor. 3:3).

Los cristianos comienzan a entusiasmarse cuando comprenden que la pregunta que más importa no es: "¿Cómo podemos ser ministros?" sino: "¿Cómo funcionó nuestro ministerio durante la semana pasada?" Comienzan a examinar sus vidas y a encontrar posibilidades de satisfacción, sectores en los cuales les agradaría colaborar, y ocasiones cuando fallaron. Ya no procuran obtener posiciones sino que sólo se ocupan de los asuntos que tienen que ver con la aplicación.

Cuando nosotros los cristianos descubrimos que somos ministros, también comprendemos la importancia de otro énfasis reciente: el ministerio comienza con la persona, y no con el trabajo. Puesto que usted es un ministro, encuentre la forma de usar "el don que ha recibido" y de "ministrarlo a los otros" (1 Ped. 4:10). El ministerio se ha estrechado con frecuencia porque se ha puesto énfasis en las necesidades y los dones han sido olvidados. Por ejemplo, un miembro es nombrado maestro de escuela sabática, porque la Junta de la Escuela Sabática insistió en la gran necesidad y nadie más quiso aceptar el cargo. En realidad el ministerio requiere una fórmula equilibrada entre necesidad y recurso. Si yo viera que una persona se está ahogando a cien metros de la playa, no saltaría al agua para ir a salvarla, porque no sé nadar. En cambio correría en busca de ayuda o me pondría a pedir auxilio a gritos. Numerosos intentos por desempeñarse en el ministerio resultan esfuerzos inútiles por hacer algo para lo cual no se cuenta con los talentos necesarios. Más bien habría que identificar los dones y las habilidades personales con el fin de ponerlos en acción.

Cuando Pedro dice: "Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros", es posible encontrar dos niveles de significado para la palabra "don". Por una parte, ese don es el Espíritu Santo, que hemos recibido. Por otra parte, el efecto del Espíritu Santo en nosotros provoca el pleno desenvolvimiento de la persona que Dios creó. Y ese desenvolvimiento tiene aplicación específica en cada vida.

Cada uno de nosotros representa una parte única en la creación de Dios. Cuando yo muera, no seré reemplazado. Soy un don y mi tarea

principal es identificar lo que tengo para ofrecer. En efecto, un resultado del pecado es que este don original queda confinado y distorsionado. Ser redimido es ser puesto en libertad para que se produzca el desenvolvimiento de esa persona que Dios concibió desde el principio.

Entonces, una forma de identificar y realizar el ministerio personal consiste en identificar nuestra propia unicidad o singularidad: lo que nos gusta hacer, lo que vemos en el mundo, lo que podemos ofrecer. Luego debemos comenzar a buscar situaciones en las cuales podamos concretar lo que tenemos para ofrecer. Gordon Cosby dice:

> *"Pienso que todos nosotros haríamos bien en encontrar lo que realmente queremos hacer, y en empezar a hacerlo con todo lo que incluya. Si tiene que abandonar su responsabilidad, hágalo; si la iglesia se desbarata, que así sea. Pero tenemos que encontrar lo que queremos hacer, realmente, porque ninguna otra cosa ayudará a nadie".*[2]

Implicaciones

Las congregaciones pueden servir como ambientes en que el cristiano identifica sus dones y los ofrece a otros. Quisiéramos sugerir dos formas como las congregaciones pueden prestar ayuda especial en este sentido.

En primer lugar, el descubrimiento de los talentos no se hace necesariamente con mayor facilidad estando solo. El cristiano individual, dentro de la comunidad de los creyentes, puede explorar mejor lo que realmente desea hacer. El grupo que lo rodea provee apoyo, información acerca del resultado de su actuación, explicación de lo que sea dudoso y discernimiento. Una congregación puede ser un lugar donde grupos reducidos de personas se reunan para identificar sus dones y encontrar la forma de ministrarlos "a los otros".

Esos grupos, al hacer esto, tendrán que resistir firmemente dos tentaciones. La primera tentación es buscar únicamente dentro de la estructura de la congregación las posibilidades de usar sus dones. Si nuestra misión es el mundo, entonces necesitamos ser especialmente imaginativos para encontrar la forma de colocarnos mutuamente, con nuestros dones, en situaciones de servicio fuera de la iglesia. Una segunda tentación consiste en el deseo de controlar el ofrecimiento o puesta en acción de los dones. Cuando la congregación determina el valor o el significado de un servicio, eso reduce la infinita variedad posible mediante la acción del Espíritu Santo.

Un segundo desafío para las congregaciones es crear sistemas de apoyo

para los ministros. El ministerio no es un problema que se debe resolver en una clase de Biblia; por el contrario, es toda una vida de discipulado constantemente compartido.

Las congregaciones necesitan dejar de formular esta pregunta: "¿Cómo podemos interesar a más gente para que participe?" Y a cambio de eso deben encontrar las clases de apoyo que sus miembros necesitan para llevar a cabo sus actividades semanales. Muchas personas sólo necesitan platicar con otras acerca de lo que está sucediendo. Para otros, es probable que sus necesidades no puedan ser satisfechas en la congre-gación. Me explico. Mark Gibbs ha señalado que la totalidad del pueblo de Dios (los laicos) incluye tres categorías generales de ministros. Cerca del uno por ciento es lo que normalmente llamamos el clero profesional. Alrededor de 10% podría denominarse "laicos de la iglesia" o "laicos eclesiásticos", y son las personas cuyos dones se desarrollan eficazmente dentro de la iglesia institucional. Son indispensables para la vida de la iglesia y deben ser animados a desempeñar su ministerio con gozo. Pero queda más del 80% (Gibbs los llama "laicos seculares") que no participan básicamente en la estructura de la iglesia institucional. Algunos son nada más que miembros de iglesia nominales, pero un número considerable de ellos "desea servir fielmente al Señor de un modo u otro; no lo harán primordialmente en organizaciones de la iglesia, pero sí en otras estructuras seculares de sus vidas".[3] El mejor apoyo para tales ministros probablemente incluirá establecer consultas y otras formas de diálogo con esas estructuras. La competencia profesional, el énfasis en el diálogo antes que en pronunciamientos, agendas establecidas por los miembros de la profesión antes que por la iglesia, formarán parte de esta clase de recursos. ¿Podrían estos miembros ser instados por la congregación a salir y llevar a cabo su ministerio en concierto con otros cristianos en la misma comunidad u ocupación?

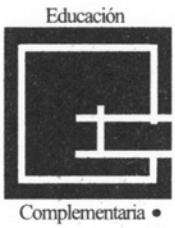
Se ha dicho que cuanto más competente sea el líder de un grupo, tanto menos el grupo dependerá de él. Tal vez se pueda decir que cuanto más fuerte sea el ministerio del pueblo de Dios, tanto menos el ministerio será controlado por los dirigentes de la iglesia y tanto más variado e irreconocible resultará. Porque cuando el concepto se convierta en práctica dejará de ser claro, uniforme o manejable. Cada hijo de Dios, único y especial, estará cumpliendo su ministerio.

---

[1] Francis O. Ayres, *The Ministry of the Laity* (Filadelfia: Westminster Press, 1962), p. 27.

[2] Gordon Cosby, "La Producción del Carisma", sermón predicado en la Iglesia del Salvador, Wáshington, D.C., 1963.

[3] Mark Gibbs, "La Estructura de la Iglesia y las Diferentes Clases de Laicos", Audenshaw Papers 26 (Fundación Audenshaw, 1 Lord Street, Denton, Manchester M34-2PF, Inglaterra, l974).



Tarea

1. *¿Por qué existe tensión entre la naturaleza de la vida de la congregación y la iglesia como comunidad que da testimonio?*

2. *¿Por qué el ministerio comienza con la persona y no con el trabajo?*

3. *Mark Gibbs identifica tres categorías representadas en la iglesia. Describa cómo haría usted para entrenar a los "laicos seculares" para que desempeñen su ministerio en el mundo.*

Capítulo 6

Me Seréis Testigos

Martín Lutero sugirió que su ciudad, Wittenberg, debía ser dividida en cuatro o cinco secciones, cada una con un ministro y varios diáconos investidos con la responsabilidad de predicar, distribuir ayuda material, visitar a los enfermos y socorrer a los necesitados; pero concluyó con la triste reflexión de que no había personas disponibles para hacerlo y que "por lo tanto, no me atrevo a comenzar hasta que el Señor haga cristianos".

Es evidente que si se desea tener un ministerio laico y una campaña de testimonio laico en gran escala, tiene que producirse un movimiento de conversión en gran escala dentro de la iglesia. El factor importante es la conversión.

No quiero decir con esto que debiera haber discusión de menudencias doctrinales sin valor. Me parece que existe un amplio acuerdo, por lo menos en teoría, de que la fe cristiana genuina es contagiosa. Cuando la hayamos adquirido, otros miembros de la iglesia se contagiarán con ella. Halverson, en su artículo "La Tragedia de los Desempleados", lo expresa en forma impactante;

> *"El auténtico impacto de Jesucristo en el mundo es la influencia colectiva cotidiana de los cristianos individuales en el lugar donde están. Los doctores, los comerciantes, los agricultores, los profesores, los contadores, los obreros, los estudiantes, los políticos, los atletas, los empleados de oficina, los ejecutivos... en forma sosegada, firme, continua y consecuente infectando al mundo en el lugar donde viven, con un testimonio contagioso del Cristo contemporáneo y de su relevancia para la vida de cada uno".*[1]

La conversión puede producirse, de una feligresía no regenerada y nominal, a una experiencia personal de la gracia. O bien puede ser de una vida cristiana tibia y derrotada a una vida de poder y victoria. En ambos casos, una transformación radical es imperiosa.

Durante los días de Oliverio Cromwell, Inglaterra pasó por una

crisis financiera grave. Para tratar de resolver el problema, Cromwell y su equipo de consejeros financieros pensaron en las estatuas de los santos que adornaban las iglesias. Enviaron este mensaje a todas partes. "Fundid los santos y ponedlos en circulación". Esta misma transformación radical es necesaria en la iglesia de hoy.

Los cristianos creyentes han sido agrupados en cinco grupos:

1. El grupo firme y silencioso. Dice que sólo le interesa vivir su fe.
2. El grupo de la "observación casual". Dice que menciona casualmente que ha estado en la iglesia o dicho sus oraciones.
3. El grupo de los "¿Quisiera usted asistir?" Invitan gente a un servicio religioso para que escuchen a otros decir lo que ellos mismos no se atreven a decir personalmente.
4. El grupo de los que hablan en público. Hablan en clases, reuniones y servicios directa y claramente, pero no pueden hablar ante desconocidos.
5. El grupo que comparte su fe a modo de conversación.

Una parte considerable de las exhortaciones modernas que instan a dar testimonio son ineficaces y hasta podrían ser perjudiciales. Si los hombres y las mujeres no tienen una relación vital y cotidiana con Cristo, el testimonio puede convertirse en un acto religioso farisaico y de proselitización que permite colgar más trofeos de nuestros cinturones eclesiásticos o inflar nuestro orgullo religioso con el número de personas visitadas.

Jean de Joinville, en una de sus biografías, cuenta la historia de un monje que vio a una mujer sarracena que transitaba por una calle de Damasco con un brasero con fuego en una mano y una tetera con agua en la otra. Cuando el monje le preguntó qué pensaba hacer con eso, ella replicó que se proponía "pegarle fuego al Paraíso y apagar las llamas del Infierno para que la gente pueda hacer el bien únicamente por amor a Dios".

Aunque disintamos con la teología de esta mujer, concordamos plenamente con ella en que los motivos son sumamente importantes en nuestro servicio a Dios. ¿Qué motiva los comportamientos religiosos, como el esfuerzo misionero? ¿Qué yace detrás de nuestra abnegación y de nuestro servicio desinteresado?

Si alguien no logra dedicarse a alguna actividad de testificación de alta presión, puede acumular capas de culpa religiosa por no dar testimonio. En consecuencia, cuando hablamos a otros de Cristo, nuestro temor y culpa superan nuestra fe y dirección. ¿El resultado? ¡No conseguiremos mucho! El testimonio compulsivo puede mantener la trilladora funcionando a máxima velocidad, pero saldrá poco trigo.

La respuesta se encuentra en nuestra relación con CRISTO. Si estamos totalmente comprometidos con Cristo, y su vida es vivida *en nosotros, él asume la responsabilidad de nuestra eficacia.*

> *"Pero cuando nos entregamos completamente a Dios y en nuestra obra seguimos sus instrucciones, él mismo se hace responsable de su realización".*[2]

A los apóstoles se les hizo esta promesa: "Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos" (Hech. 1:8). Cristo dice que el testimonio cristiano no es opcional. Pero tampoco es mandatorio. Simplemente, es inevitable.

Debo confesar mi prolongada confusión acerca de la naturaleza de un testigo cristiano. Pensaba que dar testimonio era algo que nosotros debemos *hacer.* De modo que traté de hacerlo, y exhorté a otros a hacerlo también. "Vamos allá y demos testimonio", era el meollo del pregón, juntamente con urgentes instancias a ser consecuentes en comportamiento para igualar el esfuerzo hablado. Las grandes profesiones exigen conducirse en forma correpondiente. Insté a mis congregaciones, y con razón, a hacer lo que se indica en el párrafo que sigue:

> *"Recordad que una vida semejante a la de Cristo es el argumento más poderoso que pueda aducirse en favor del cristianismo, y que un carácter cristiano inferior produce más perjuicio en el mundo que el carácter mundano... La gente creerá, no lo que el ministro predica, sino lo que la iglesia vive".*[3]

Ahora comprendo que es posible que haya estado equivocado. El testimonio cristiano no es algo que *hacemos*; sino que es algo que *somos.* Es una relación con Cristo mediante el Espíritu que produce el fruto del carácter cristiano. Y esto, inconscientemente, más que conscientemente de nuestra parte, es lo único que atrae a la gente a Cristo. Es lo único que vence la terrible y estirada cohibición que sofoca nuestra auténtica santidad y eficacia.

Jesús dijo al describir la poderosa obra del Espíritu Santo en nuestra personalidad: "Me *seréis* testigos", y no: "*Haréis* testimonio".

Si lo hacemos, podemos sentirnos orgullosos de ello. Elena G. de White, presintiendo el peligro, advirtió:

> *"El firme progreso de nuestra obra y nuestros mayores recursos están llenando los corazones y las mentes de muchos de nuestros miembros*

con satisfacción y orgullo, los cuales tememos que ocupen el lugar del amor a Dios en el alma".[4]

Al igual que los necios cristianos gálatas, nosotros, habiendo comenzado en gracia, ahora creemos que debemos continuar por medio del esfuerzo humano. El siguiente recordativo llama a la cordura:

"Los hombres hacen la obra de promover la verdad diez veces más difícil que lo que realmente es, al tratar de sacar la obra de las manos de Dios, para colocarla en sus propias manos".[5]

Si nuestra promoción actual del evangelismo, forzada e intensa, es el método de Dios, entonces ¿por qué el Nuevo Testamento no manifiesta el mismo tono? ¿Procura el apóstol Pablo obligar a los cristianos de Roma a llevar a cabo actividades en favor de la ganancia de almas? No, sino que aclara la calidad de vida producida en Cristo cuando nosotros, rescatados de la muerte segura, presentamos nuestros "miembros a Dios como instrumentos de justicia" (Rom. 6:13).

En la vida que está llena de Dios existe un tranquilo y continuo flujo de testimonio. A veces se produce en el silencio de una visita amistosa cuando dedicamos tiempo a escuchar a los demás mientras exponen sus problemas. Otras veces damos testimonio en la sinceridad con que admitimos nuestras propias fallas, y decimos cómo Cristo ha obrado en nosotros. Con frecuencia ayudamos más a otros con nuestras debilidades y no con nuestros puntos fuertes. La gracia de Cristo se perfecciona en nuestras insuficiencias. Los santos poderosos no temen confesar sinceramente sus problemas.

Por cierto que se manifestarán en las relaciones personales para evangelismo y edificación. El servicio cristiano entonces desciende del estrado. El púlpito puede convertirse en el rincón de un cobarde. Igualmente puede serlo el puesto del maestro de escuela sabática. Si un hombre no es valiente, abierto, franco cuando habla frente a frente, efectúa una presentación fallada ya sea en el santuario o en la sala de clases. ¿Podemos hacer frente a la gente en la vida real, encuentros personales cara a cara, con el mismo valor que manifestamos en la plataforma? Sólo Cristo da esto, porque es asunto de relación y no de temple, valor, técnica ni personalidad dominante. La obra del Espíritu Santo se caracteriza por un valor sereno. Esto facilita nuestra conversación sobre las cosas de Dios, y hace que fluya en forma natural.

Sam Shoemaker describe así esta clase de testigos:

Han perdido totalmente toda timidez de hablar sobre estas cosas. La timidez generalmente significa que la persona es tímida acerca de la religión misma. Cuando su corazón se llena de ella, también sucede lo mismo con su plática. Usted no habla dogmáticamente ni con autojustificación, sino que mezcla su experiencia espiritual con su plática común, y eso intriga a la gente.

La vida llena de Cristo produce relaciones durables. La paciencia es indispensable, y no es fácil para el activista impetuoso. Con frecuencia la culminación del evangelismo ocurre sólo después del cultivo prolon-gado de una amistad. Esto es el nuevo nacimiento. Dios estableció que la gestación humana durara nueve meses. Que se nos perdonen las veces cuando hemos querido que todo el proceso espiritual ocurriera en sólo 19 minutos, desde la concepción hasta el nacimiento. El crecimiento realmente se inicia en la amistad.

De modo que el testigo debe ser un cristiano que participa en la vida de otras personas. Algunos pastores disfrutan al retraerse de su congregación. Esa es una forma segura de no producir nada con profundidad, crecimiento ni capacidad reproductiva. Esa posición logra promover una dicotomía entre los pastores y los laicos, y limitar el ministerio total de la iglesia al nivel de la capacidad del pastor. Cuando un teólogo noruego se fue de los Estados Unidos después de una prolongada visita, le preguntaron: "¿Cómo es la iglesia en los Estados Unidos?" El teólogo replicó: "Encontré que es una iglesia del pastor".[6] Sin embargo, debiera decirse que aun iglesias sin una estructura monárquica, y que se sienten próximas al ministerio de todos los creyentes, sin embargo han abdicado su tarea "sacerdotal" y la han encomendado a sus pastores. Numerosas iglesias se consideran sólo como instituciones que deben ser mantenidas, antes que hermandades de personas que trabajan personalmente en una misión.

Un profesor de historia eclesiástica que enseña en un seminario, escribe:

"A pesar de su afirmación del sacerdocio de todos los creyentes, es posible que no haya otra función más descuidada por el protestantismo. No sólo los laicos protestantes no han asumido la función sacerdotal, sino hasta recientemente aun el clero la ha rehuido. Una tarea muy importante para las iglesias protestantes actuales, y no solamente para el clero, sino para la totalidad de la iglesia, es comprender y aceptar su sacerdocio".[7]

Como ya se mencionó en otro capítulo, el *pastor* tiene la llave. Su liderazgo determina si la feligresía estará compuesta por meros miembros de iglesia, o por verdaderos miembros-ministros.

El Dr. Kenneth Cober dice:

> *"No existe tal cosa como ser miembro de iglesia sin ser un 'ministro' y un 'misionero'... Esencialmente, el laico y el clérigo no pertenecen a categorías diferentes. Sino que ambos han recibido y respondido al llamamiento de Cristo y han hecho con él un compromiso básico de sus vidas. Las diferencias principales yacen en el hecho de que el clérigo da su vida en servicio a la iglesia como su vocación ocupacional, pasa más tiempo preparándose para el ministerio y lleva a cabo ciertas funciones que la iglesia requiere de sus ministros pastores. Aparte de esto, el laico no tiene menos responsabilidad de cumplir su ministerio que la del pastor.*[8]

En la iglesia primitiva del primer siglo, la palabra "pagano" tenía la connotación no sólo de un aldeano, sino también de ciudadano. El bautismo, la condición del cristiano individual, si bien no lo alejaba de las responsabilidades civiles, lo promovía además a la condición de soldado "dedicado activamente a la batalla de Cristo en el mundo. El Nuevo Testamento y la iglesia primitiva nunca admitieron una distinción entre miembros activos y pasivos".[9] Cuando se efectúa ese compromiso con Dios, la persona ve que "Dios no desea 'algo' de nosotros, sino nuestra personalidad, nuestra voluntad y nuestro corazón.[10]

La iglesia será infiel a su misión en el mundo si continúa pensando de sí misma como una entidad estática mientras el clero realiza la obra "real" que le corresponde a la iglesia.

> *"El ministerio de los laicos como ministerio corporativo, debe dejar en claro que la iglesia en misión es una iglesia servidora. Actualmente el carácter de servicio de la iglesia está comprometido debido a la dicotomía entre el clero y el laicado. Por eso el término "ministerio", cuando se aplica al clero señala hacia el servicio en favor de Cristo, pero carece de contexto social en relación con las necesidades del mundo. Por otra parte, el término "ministerio" aplicado al laicado señala el servicio a los semejantes, pero no está clara la fuente ni la autoridad de este servicio. La integración de los dos aspectos del ministerio se centra en el laicado como el grupo de referencia para su misión, lo cual permite que la congregación misionera dé*

un claro testimonio de la autoridad para su ministerio y de la autenticidad del mismo".[11]

Idealmente, el servicio que Dios está recibiendo por medio de los ministros debiera ser precisamente el servicio que Dios está llevando a cabo mediante todos sus cristianos.

El ministerio primario del laicado debe llevarse a cabo en el mundo. Esto no significa que habrá un descuido o una disminución de la iglesia y su ministerio. Significa simplemente que la doctrina del sacerdocio de los creyentes "implica una relación de la iglesia con el mundo, la cual es de la más grande significación".[12]

La pérdida de este énfasis en el ministerio del laicado es una razón importante por la cual el ataque de la iglesia ha sido mitigado, porque el laicado es la punta de lanza de la iglesia en el mundo. Esto fue así en el Nuevo Testamento: "Pero los que fueron esparcidos iban por todas partes anunciando el evangelio" (Hech. 8:4). También era verdad, como lo hemos visto, en la iglesia primitiva:

"Los primeros pensadores teológicos prominentes en beneficio de la iglesia, eran laicos de gran habilidad. Algunos de los más destacados fueron: Tertuliano, Cipriano y Agustín. Cipriano y Agustín, que habían llegado a ser obispos casi casualmente, eran laicos esencialmente, por la totalidad de su educación y su larga 'carrera secular'. La razón por la cual un hecho tan obvio tiene que exponerse expresamente es que su posición como Padres de la Iglesia los ha colocado tan definidamente en la categoría teológica, es decir, no laica, que la simple verdad de que ellos eran pensadores laicos cristianos ha sido enteramente olvidada o ignorada".[13]

Como se expresó enfáticamente en el Capítulo 1, el término del Nuevo Testamento "laicado" y el término moderno "laicos" tienen un significado muy diferente. En la terminología moderna un "laico" es alguien que no es profesional en una vocación particular. Es decir, un "laico" en medicina significa alguien que no tiene entrenamiento médico ni es un profesional de la medicina. La implicación está siempre presente de que el profesional es el que tiene la responsabilidad principal para realizar el trabajo. Pero éste no es el caso en religión o en la enseñanza del Nuevo Testamento. En ninguna parte en el Nuevo Testamento dice que la responsabilidad principal en la realización del propósito de Dios en el mundo está en las manos del "ministerio oficial". La responsabilidad

principal recae siempre en los hombros de aquellos que son "llamados a ser santos", "el pueblo de Dios". Entonces, en religión es el laico quien debe hacer la mayor parte de la obra en el mundo.

Esto es cierto, en primer lugar, porque, tal como lo hemos dicho, es la enseñanza de la Biblia. En segundo lugar, es verdad porque es en el mundo donde el ministerio del cristiano puede expresarse mejor. Esto es, ése es su campo de trabajo y ahí es donde pasa la mayor parte de su tiempo. Por lo tanto, la responsabilidad principal del laico debe ser dar testimonio de Dios en el mundo. En tercer lugar, el ministro, debido a que es una sola persona, sólo puede ir a un número limitado de lugares en el mundo. Hay que dar testimonio en el taller, en la gasolinera, en el hogar, en la oficina, en la granja y en tantas otras partes. Es humanamente imposible para el ministro estar en todos esos lugares. Pero en ellos hay laicos cristianos. Por lo tanto, contrariamente a la opinión prevaleciente, son los laicos los que tienen la responsabilidad principal de efectuar la mayor parte del trabajo en el mundo, y no el clero. Esto no tiene el propósito de rebajar ni de excusar al clero, sino que es simplemente un intento de ubicar al laicado en la perspectiva debida.

En cuarto lugar, es en el mundo donde se necesita con más urgencia el testimonio que debe revelar a Dios. "Es la universalidad del pecado y la corrupción humanos lo que hace necesario que exista en medio del mundo un cuerpo sacerdotal capaz de 'mantenerse del lado de Dios' para beneficio de los hombres".[14] Aquí es donde está la gente. Aun con los mejores programas de reclutamiento y los métodos más eficaces de evangelismo para las masas que se hayan inventado, la iglesia ha podido alcanzar con un ministerio continuado sólo un porcentaje relativamente reducido de la población total de cualquier comunidad (especialmente en los centros urbanos densamente poblados). La iglesia, cada vez más, simplemente está ministrando a sus propios miembros, y las masas quedan sin ser afectadas por lo que sucede dentro de las paredes del templo. Es en el mundo, y únicamente en el mundo donde la mayor cantidad de gente podrá ser alcanzada con el testimonio cristiano. En relación con esto, la observación de Walz concerniente a "la iglesia congregada" es más fascinante en su poder sugestivo.

> *"Me he preguntado con frecuencia en años recientes si acaso no habrá sido un error haber insistido tanto en la doctrina de que la Iglesia debe mantenerse congregada. Pienso que la Iglesia será congregada de los cuatro vientos de la tierra únicamente al final de*

la historia terrena. Pero en el tiempo presente la Iglesia no es una comunidad congregada, sino que es, para usar una frase paradójica de uno de los reformadores (Melanchton), 'la comunidad de los dispersos'. Sin dispersión no hay sabor. Son los laicos no reunidos en el edificio de la iglesia, sino ocupados en todas partes en el mundo, quienes deben verdaderamente representar la Iglesia como un elemento de estimulación, de creatividad y de crítica, como un desafío que exige una respuesta que significa vida para el mundo".[15]

Dentro de este énfasis particular, la doctrina del sacerdocio de los creyentes se relaciona estrechamente con la doctrina cristiana de la vocación, lo cual significa que la totalidad de la vida de una persona debe vivirse bajo Dios, y para eso, la totalidad de la vida está unida en Cristo. Su trabajo y su tiempo libre debe estar "en Cristo". Esto significa que la forma como gana su dinero y como gasta su dinero es una obligación tan sagrada y un ministerio tan espiritual como el diezmo que da a la iglesia. El testimonio que da mientras vive es una obligación tan espiritual como el testimonio que da en el sábado.

Cuando una iglesia no está efectuando un progreso satisfactorio, los miembros usualmente sienten que se necesita un cambio de predi-cador. A veces lo que se necesita es un cambio radical en la congregación. La "Palabra" debe hacerse carne en el ministro, pero debe estar revestida por las vidas de la congregación si es que debe ser llevada a los vecindarios necesitados, a las tiendas, a la oficina, al mundo que necesita desesperadamente una "Palabra" de Dios.

"El gran corazón del mundo está dolorido, fuerte dolor en la noche; y solamente Dios puede sanarlo y sólo Dios puede darle luz. Y los hombres que deben llevar ese mensaje y compartir la Palabra Viviente, somos tú y yo, mi hermano, y todos los demás que han oído.

"¿Podemos cerrar los ojos al deber? ¿Podemos cruzarnos de brazos tranquilos, mientras las puertas de la noche permanecen abiertas hacia los caminos de los mares? ¿Podemos suprimir nuestra compasión? ¿Podemos dejar una sola oración sin decir, hasta que las tierras que el infierno ha asolado hayan sido reavivadas de los muertos?

"Nos arrastramos entre cosas sin valor y nuestros espíritus se impacientan y se agitan, mientras sobre nosotros refulge la visión

de Cristo en la cruz, y la sangre de Cristo mana de su costado y de sus manos; mientras los labios de Cristo dicen: 'Decid a los pobres pecadores que yo he muerto'.

"Oh, voz de Dios, te escuchamos; por encima de los desastres del tiempo, tus ecos retumban a nuestro alrededor, y el mensaje es sublime. Ningún poder humano debiera estorbarnos, ningún baluarte debiera desmayar, porque Dios ordena obediencia, y el amor nos ha mostrado el camino".

La plática acerca del "amor de Dios" puede ser únicamente palabras vacías, a menos que los miembros de la congregación expresen su amor a Dios no sólo en la iglesia sino también en su trabajo, en la comunidad, en el mundo.

"Cantamos '¡Firmes y adelante, huestes de la fe!'
y esperamos que alguien nos reclute para su servicio.
Cantamos '¡Oh, si tuviera mil lenguas!'
y ni siquiera usamos la única que tenemos.
Cantamos 'Sirvamos al Señor con gozo',
pero nos quejamos por todo lo que tenemos que hacer.
Cantamos 'Amigo fiel es Cristo, alivio él me da',
pero se pasa el año sin que hablemos de él a los demás.
Cantamos 'Todo el ancho mundo para Cristo',
pero nunca invitamos a nuestros vecinos a ir a la iglesia.
Cantamos 'Lanzad la cuerda del salvavidas',
pero sólo nos conformamos con lanzar la lienza cuando vamos a pescar.

Existen dos grandes barreras que tienden a interponerse entre la iglesia moderna organizada y el mundo del cual forma parte. Una de ellas es sociológica, y la otra es psicológica. Desde la perspectiva sociológica, nuestras iglesias se van identificando cada vez más con las actitudes, normas y valores de la clase media. Por cierto que hay excepciones. Pero el grupo económico más bajo ha quedado mayormente sin tocar. Además, en el extremo opuesto, los ejecutivos principales y la gente adinerada también han quedado sin ser contactados.[16] La iglesia tiene que trascender la clase media en su preocupación por ministrar a la gente de todas las clases.

Quedan dos asuntos que es necesario analizar. ¿Cuán bien está la iglesia cumpliendo su ministerio en el mundo? ¿Cuán bien calificados están los laicos para llevar a cabo su ministerio? Concerniente a la primera

pregunta, es indudable que la mayoría concuerda en que la iglesia moderna de ningún modo está "en el mundo" por medio de sus laicos en los sectores del mundo (fábricas, tiendas, reparticiones del gobierno, etc.), en los que se enseñan en la actualidad los asuntos reales de la fe.

> *"El campo no es la iglesia, sino el mundo... Existen matices prácticos en relación con esta verdad en la mortífera lucha entre el cristianismo y el comunismo. El comunismo comenzó y deriva su poder de un cristianismo de barrio pobre. Cuando Karl Marx dijo que la religión era el opio de los pueblos, quiso decir que la religión, al envolver las mentes en la niebla de la mundanalidad, aislaba a los hombres de las luchas y problemas de nuestra vida común en el mundo. Cuando la gente dice: "La religión debe mantenerse separada de la política", "La religión debe quedar fuera de todo, excepto un rinconcito de cosas que con gusto le asignaremos", "La religión debe mantenerse fuera de los negocios", entonces la gente que dice tales cosas está expresando la interpretación comunista de la función de la religión en la sociedad. Constreñir la función de la fe cristiana en el mundo de este modo, perjudicará fatalmente nuestro testimonio y falsificará la misión que se nos ha dado".*[18]

Sin embargo, lamentablemente, esto es lo que está sucediendo en la iglesia moderna. Hay quienes sostienen que la iglesia debiera preocuparse únicamente con los asuntos "espirituales", y con esto quieren decir que la iglesia debe preocuparse sólo de la relación del hombre con Dios. La religión debe expresarse únicamente en la iglesia. Los que son más dedicados deben asumir ciertas responsabilidades de liderazgo en la iglesia. Por cierto que se espera que los cristianos sean "buenos" en el mundo. Pero el hecho de que tengan un ministerio que deben desempeñar en el mundo como parte fundamental de la fe cristiana, es casi totalmente extraño a la comprensión del miembro común de la iglesia. El modelo del ministerio de Jesús no debiera dejar ninguna duda en cuanto a los alcances del testimonio del cristiano.

> *"El Salvador trataba con los hombres como quien deseaba hacerles bien. Les mostraba simpatía, atendía a sus necesidades y se ganaba su confianza... Es necesario acercarse a la gente por medio del esfuerzo personal. Si se dedicara menos tiempo a sermonear y más al servicio personal, se conseguirían mayores resultados. Hay que aliviar a los pobres, atender a los enfermos, consolar a los afligidos y dolientes, instruir a los ignorantes y aconsejar a los inexpertos".*[19]

En cuanto a la segunda pregunta, no sería una aseveración exagerada decir que el miembro común de iglesia es un iliterato espiritual e incapaz de dar su testimonio cristiano en los ambientes en los cuales pasa su vida. Por lo tanto, en los programas de nuestras iglesias debe colocarse un énfasis mucho más específico, en la enseñanza y en la práctica, sobre el ministerio de los laicos en el mundo. El programa de enseñanza que se conciba debe mantener muy en claro este énfasis. Debe comenzar en nuestras escuelas. Elena G. de White aconsejó:

> *"Es un error peligroso imaginar que a menos que un joven haya decidido dedicarse al ministerio, no se requiere ningún esfuerzo especial para capacitarlo para la obra de Dios.* No importa cuál sea su vocación, *es esencial... es importante que llegue a ser colaborador con él, que salga a salvar a los que perecen... Cada uno que se ha comprometido con la causa de Cristo, que se ha ofrecido como soldado en el ejército del Señor, debiera colocarse donde pueda tener un* fiel adiestramiento".[20]

Los adventistas que tienen la doctrina del sacerdocio de los creyentes como una de sus creencias distintivas, deben comprender que la enseñanza del Nuevo Testamento concerniente a esta doctrina es que cada cristiano tiene un ministerio, el cual debe cumplir bajo Dios. No puede pagar a otro para que lo lleve a cabo en su lugar, ya sea comprando indulgencias o dando el diezmo. "A cada uno se le ha asignado su obra, y nadie puede ser un substituto para otro".[21] "A todo aquel que llega a ser participante de su gracia, el Señor le señala su obra que hacer en favor de los demás... Al ministro de la Palabra, al enfermero misionero, al médico creyente, al simple cristiano, sea negociante o agricultor, profesional o mecánico, a todos incumbe la responsabilidad".[22] Por lo tanto, cada persona que es llamada por Dios a unirse a la comunidad cristiana y a la feligresía de la iglesia, debiera comprender que como cristiano tiene que desempeñar su ministerio, y que al unirse a la feligresía debe comprender que de ese modo está estableciendo un pacto con Dios según el cual acepta y lleva a cabo este ministerio. Es necesario que cada uno comprenda y acepte su responsabilidad de realizar este ministerio *antes* de unirse a la iglesia.

Si el énfasis en este sentido es correcto, entonces el énfasis en el programa de las iglesias modernas está gravemente equivocado. Es decir, casi todo lo que se hace en el programa actual apunta hacia lo que se hace *en la iglesia el sábado* como su culminación. El pastor y su junta de

iglesia hacen sus planes, se promueve un programa de visitación, los maestros y otros dirigentes de la iglesia efectúan sus preparativos, todo lo cual apunta al sábado como su culminación. Todo esto es bueno y conveniente. Por cierto que la adoración de Dios y el estudio de la Biblia son importantes. Pero la doctrina del sacerdocio de los creyentes indica que para el cristiano el *punto culminante* ¡es lo que se hace *en el mundo durante la semana!* Lo que sucede en el sábado es para preparar al miembro para este ministerio en el mundo durante la semana. Se reconoce que esto es lo que el programa actual de la iglesia tiene la intención de hacer. Pero el hecho es que se requerirá una revolución bastante importante para que este concepto se practique seriamente en la vida y la obra de las iglesias. La semilla de esta revolución fue sembrada hace casi un siglo cuando la iglesia recibió este consejo:

> *"La mejor ayuda que los ministros pueden dar a los miembros de nuestras iglesias no es llenarlos de sermones,* sino hacer planes de trabajo para ellos. *Dad a cada uno algo que hacer por los demás".*[23]
>
> *"Los miembros de la iglesia, entrenados para que dependan de la predicación, hacen muy poco por Cristo... Esta condición de debilidad no debe continuar. Hay que llevar a cabo una obra bien organizada en la iglesia, para que sus miembros puedan comprender cómo impartir la luz a otros... La idea de que el ministro debe llevar todas las cargas y efectuar toda la obra es un grave error".*[24]
>
> *"La mayor ayuda que podamos dar a nuestro pueblo es enseñarles a trabajar para Dios, y a depender de él, y no de los ministros... Los miembros de iglesia no deben esperar un sermón cada sábado".*[25]

Es evidente que la actitud mental actual de los pastores y los dirigentes de la iglesia tendrá que cambiar drásticamente si el consejo que hemos visto se considera con seriedad. Tendremos que cambiar nuestro método de evaluar el "éxito" y la eficacia de nuestra obra. En vez de contar cuántos "asistieron" el sábado, ver qué hicieron en el mundo los que asistieron el sábado. Los miembros de la iglesia tendrán que cambiar su comprensión de su responsabilidad por el mundo, su relación con el mundo y su ministerio en el mundo. También necesitarán cambiar la forma de evaluar su lealtad y devoción a Cristo a partir del número de reuniones a las que asisten en el sábado, para hacerlo en base a lo que hacen en el mundo durante la semana. Sin embargo, éstos son precisamente los cambios que deben efectuarse si es que nuestra iglesia ha de

vivir conforme al significado práctico de la doctrina del sacerdocio de los creyentes enunciada en el Nuevo Testamento.

Pero no basta que los creyentes comprendan mejor su ministerio. También deben recibir preparación para realizarlo. Para proveer ese entrenamiento en forma adecuada se requerirá un nuevo plan de estudio. Los cristianos necesitarán la oportunidad de estudiar específicamente y en profundidad las relaciones que mantienen en el mundo. El obrero de fábrica debiera tener el estímulo y la oportunidad de estudiar en qué consiste su ministerio y cómo debiera llevarlo a cabo en las relaciones normales: en el hogar, en la sociedad, en la fábrica, etc. El médico, el contador, el abogado, el agricultor, la secretaria, todos debieran ser provistos con la misma oportunidad. Esto no quiere decir que el ministerio de una persona se expresará únicamente por medio de su vocación particular. Con frecuencia el ministerio de un cristiano se expresa en forma muy diferente de su vocación. En un momento dado puede dedicarse a un esfuerzo intensivo para alcanzar a la gente que no conoce a Cristo mediante la visitación; o bien podría desear estudiar en forma especial la tarea misionera mundial de la iglesia y trabajar para contribuir a ella; o podría dedicarse a la eliminación de ciertos problemas sociales en el lugar donde vive.

> *Cada seguidor de Jesús tiene una obra que hacer como misionero de Cristo, en la familia, en la vecindad y en el pueblo o ciudad donde habita".*[26]

Por lo tanto, el objetivo de la iglesia y el énfasis de su programa deben cambiarse en el grado que sea necesario para ayudar a la feligresía a comprender la misión esencial que Dios ha confiado a los que ha llamado a ser su pueblo, y a guiarla para que acepte y realice este ministerio *en el mundo.*

Las categorías en las que se puede clasificar a los miembros de iglesia como testigos, son análogas a las de los testigos que presencian un accidente grave en el que el vehículo queda destrozado. Un testigo estaba en la acera y vio cómo ocurrió el choque. Era un observador objetivo. El segundo testigo estaba en el vehículo destrozado y resultó herido aunque no de gravedad. Se recuperó pero quedó muy nervioso. Su testimonio es directo y subjetivo. El tercer testigo también estaba en el vehículo destrozado, pero resultó muerto. Era *realmente* un testigo y eso le costó la vida.

Cristo choca con nuestras vidas. Nosotros comunicamos lo que ha sucedido. Llamamos a eso testificar.

1. El Testigo de la Acera. Algunos de nosotros vimos lo que sucedió. Nos encanta platicar acerca de la conversión de otros. Lo comentamos en forma objetiva, pero el impacto es remoto, porque estamos descri-biendo el accidente de otra persona.

2. El Testigo Herido. Es probable que la mayor parte de nosotros pertenezcamos a esta categoría. Sabemos que sucedió porque estuvimos en el accidente y tenemos las cicatrices para probarlo. El destrozo del vehículo fue tan real que caminamos con una "cojera cristiana" como resultado. Tuvimos suficiente contacto con Dios para perder interés en las cosas superfluas. Trabajamos intensamente y avanzamos penosamente por la vida en el servicio cristiano.

3. El Testigo Cambiado. Hay un número reducido de esta clase de testigo. Murió en el choque. Y su vida antigua quedó sepultada como resultado. Pero de ese choque surgió una nueva identidad, lo que en realidad se parece más a una resurrección. Esta persona demuestra en la actualidad lo que el apóstol Pablo describió: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí" (Gál. 2:20). Este cris-tiano no sólo está testificando; parece muerto a toda actividad religiosa. Pero está dejando que Cristo testifique a través de él. Vive una vida cambiada.

Cuando por intermedio nuestro, Cristo ministra en favor de la gente, con su honradez calmada pero quebrantadora, con su inagotable compasión y su poder transformador, podemos esperar que suceda cualquier cosa. Y sucederá. Porque "cuando manifestamos una consagración total y sincera al servicio de Cristo, Dios lo reconocerá derramando su Espíritu sin medida".[27] La tierra será iluminada con *su gloria;* la obra será terminada. ¡Lo que parecía "imposible" se habrá convertido en "posible"!

---

[1] R. C. Halverson, "La Tragedia de los Desempleados", *Christianity Today,* sept. 12, 1960.

[2] Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro,* t. 9, p. 297.

[3] White, *Testimonies,* t. 9, p. 21.

[4] Id., t. 4, p. 535.

[5] White, *Testimonies to ministers,* p. 191.

[6] Ole Christian Hallesby (ed. 1961), Noruega. Profesor del Seminario Teológico Independiente por 40 años.

[7] E. Glenn Hinson, *The Church Design for Survival* (Nashville, Tenn.: Broadman Press, 1967, p. 95.

[8] Kenneth L. Cober, *The Church's Teaching Ministry,* (Valley Forge, Pa.; Judson Press, 1964), p. 31.

[9] World Council of Churches, *The Renewal of the Church,* informe de la Consulta de Yale, julio de 1957, p. 10.

[10] Emil Brunner, *The Divine Imperative,* trad. de Olive Wyon (Londres: Unwin brothers, Ltd., 1951), p. 188.

[11] William R. Forrester, *Christian Vocation* (Londres: Luttenworth Press, 1951), p. 197.

[12] E. G. Selwyn, *The First Epistle of Saint Peter* (Londres: McMillan & Co. Ltd., 1952), p. 292.

[13] Hendrick Kraemer, *A Theology of the Layman,* p. 139.

[14] E. G. Selwyn, *The First epistle of St. Peter,* p. 293.

[15] H. Walz, "Cristianismo Adulto", *the Shane Quarterly,* oct. 1954, p. 192.

[16] Ver Robert G. Wearner, "Misión para los Privilegiados", *Review and Herald,* abril 29, mayo 6, 13, 20, 1976.

[17] H. H. Walz, "Cristianismo Adulto", *The Shane Quarterly,* oct. 1954, p. 189.

[18] Culbert C. Rutenber, *The Reconciling Gospel* (Filadelfia: The Judson Press, 1961), p. 114.

[19] Elena G. de White, *El ministerio de curación,* p. 102.

[20] White, *Fundamentals of Christian Education,* pp. 216-217.

[21] White, *Review and Herald,* dic. 12, 1893.

[22] White, *El ministerio de curación,* p. 106.

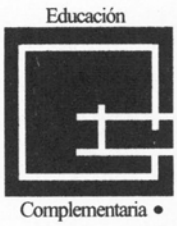
[23] White, *Testimonies,* t. 6, p. 49.

[24] *Id.*, pp.434-435.

[25] *Id.*, t. 7, p. 19.

[26] *Id.*, t. 2, p. 632.

[27] White, *Review and Herald,* julio 21, 1896.



Tarea

1. *Describa lo que crea que significa ser "testigo" en la comunidad cristiana.*

2. *Explique cómo la doctrina del sacerdocio de los creyentes se relaciona estrechamente con la doctrina cristiana de la vocación.*

3. *El apostolado de los laicos es claramente una doctrina de la Escritura. Describa cómo propondría aplicar este concepto y hacerlo una realidad en su iglesia.*

Solicitud de Registro de UEC

MCM 7469

Cada Creyente, un Ministro

Certifico por esta declaración que he leído esta obra y he completado todas las lecturas y ejercicios asignados al fin de cada capítulo. He invertido un total de veinte horas o más en estas asignaturas, y por lo tanto solicito que se me concedan dos Unidades de Educación Complementaria.*

Nombre_____

Dirección_____

_____

Fecha_____ No. de Seguro Social o Identificación _____

Firma_____

EVALUACION

Por favor, responda estas tres preguntas:

1. ¿Cuál fue el aspecto más sólido de este ejercicio de lectura?

2. ¿En qué consiste su mayor debilidad?

3. ¿Cómo planea usted usar en su ministerio lo que ha aprendido?

Instrucciones:
A los Participantes: Envíe esta solicitud a su Director Ministerial para que registre sus UEP.
A los Directores Ministeriales: Después de aplicar las UEP al Registro de Servicio del participante, favor de enviar esta solicitud al Centro de Educación Progresiva de su División.

* Las Unidades de Educación Complementaria no confieren crédito académico; por lo tanto, no se las puede aplicar para completar una carrera.

Títulos adicionales de la colección **Publicaciones Ministeriales,** disponibles en castellano a través del Centro de Recursos Ministeriales:

Principios Bíblicos de la Generosidad y la Vida, por Mel Rees
Peligros del Poder, por Richard Exley
Para Ud. que Quiere Ser Dirigente, por Roberto Pierson

Para ordenar, escriba a:

Ministerial Supply Center/Seminars Unlimited
P.O. Box 66, Keene, TX 76059

Teléfonos:

Información (817) 641-3643
Ordenar (800) 982-3344

Rex D. Edwards, D. Min., director de Educación Complementaria de la Asociación Ministerial de la Asociación General de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, es reconocido como el proveedor por excelencia de recursos para el fortalecimiento del ministerio. Su labor con ministros de todas las denominaciones lo ha llevado a presentar seminarios de desarrollo profesional en prácticamente todos los continentes. En sus libros y artículos, el pastor Edwards enfatiza constantemente su entrega personal a la tarea de capacitar a los laicos para el ministerio.